



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SAL 1707.1.3

Harvard College Library



FROM THE

BRIGHT LEGACY.

One half the income from this Legacy, which was received in 1880 under the will of

JONATHAN BROWN BRIGHT

of Waltham, Massachusetts, is to be expended for books for the College Library. The other half of the income is devoted to scholarships in Harvard University for the benefit of descendants of

HENRY BRIGHT, JR.,

who died at Watertown, Massachusetts, in 1686. In the absence of such descendants, other persons are eligible to the scholarships. The will requires that this announcement shall be made in every book added to the Library under its provisions.

50



EL ESPAÑOL EN AMERICA.

o
EL ESPAÑOL
EN AMÉRICA

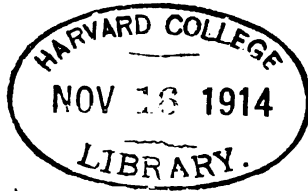
POEMA SOCIAL
POR
MANUEL PEREZ DIAZ.

OBRA
PROTEGIDA Y RECOMENDADA POR EL CASINO ESPAÑOL
DE MÉXICO.



MÉXICO
—
IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUMERO 1.
—
1875.

SAL1707.1.3



Bright fund

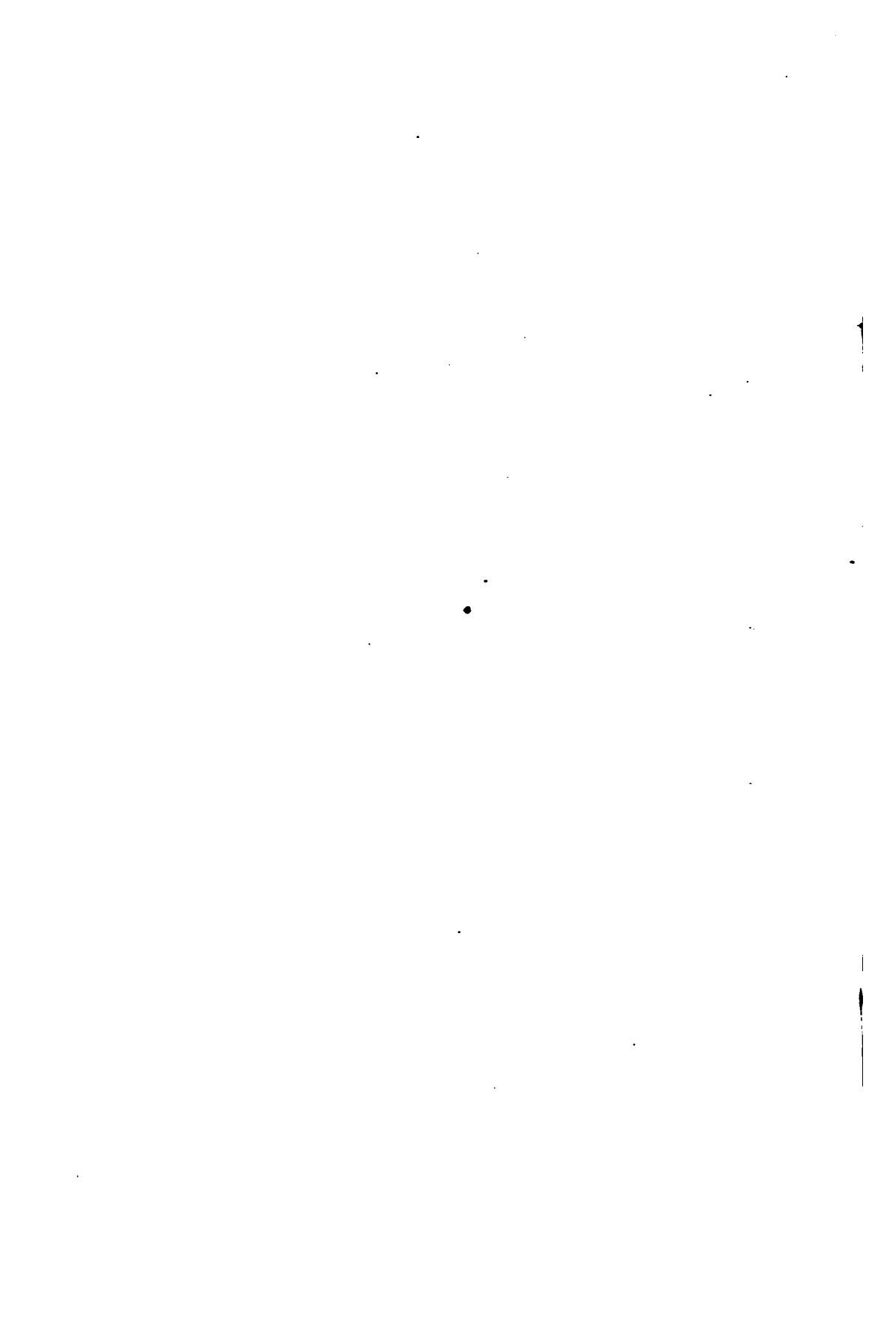
AL LECTOR.



ANTES de empezar las entregas del *Español en América*, he querido dar, como trabajo preliminar, un cuadro en que pretendo representar en la mejor forma posible, las escenas á que da lugar la partida de un jóven para América. Este cuadro era necesario para la buena inteligencia del Poema, por que ahí nace *mi héroe* á la vida en que lo represento, y porque muchos de nosotros, si no todos, podriamos servir de protagonistas con una historia real, á la que pudiera llamarse equivocadamente hija de la imaginacion del poeta.

De todos modos procuraré que no tenga una gran extension.

El Autor.





¡A LAS INDIAS!

Al Sr. D. Ricardo Sainz, en prenda de amistad.

PRIMERA PARTE.



I.

EL HOGAR.

En un pueblo ruin de la Montaña,
Cuyo nombre en el mapa se olvidaron
De escribir los geógrafos de España,
Aunque no se libraron
Jamás por esa causa sus vecinos
De derrama, subsidio ni gabela;

Que en esto, y no en honores y destinos,
El paternal Gobierno los nivela
Con todo aquel que en suelo hispano nace;
Ni de verle lucir la escarapela
Al *quinto* que cada año al pueblo toca;
Porque en esto tambien se satisface,
Pese á quien esa ley de sangre apoca,
Cuanta igualdad é inmunidad exige
El código inmortal que á España rige.

Allí pasa la accion. La escena pasa
En el portal inmenso de una casa
De ancho corral, que portalada cierra
De macizos sillares,
Donde un escudo luce que en la guerra
Ganó su fundador, segun la historia,
Allá en el tiempo de los *Doce pares*.
Sus descendientes, limpia ejecutoria
Por los cuatro costados heredaron;
Y aunque pobres quedaron,
Pues no respeta el tiempo cosa alguna,
Por restos de su gloria y su fortuna,
El caseron aquel salvar lograron;

Y unas á su dominio anexas hazas
En que á fuerza de abono se aprovecha
Todos los años regular cosecha
De alúbias y maíz y calabazas:
Tambien le pertenecen diez castaños,
Seis prados y un helguero,
Aunque pagan por censos en dinero,
Más que aquello que dan, todos los años.

Decoran el portal de teja vana,
Por postes de quejigo sostenido,
En término primero una lozana
Parra, cuyos ramales ha extendido
Al borde del alero del tejado
A modo de larguísimas serpientes,
Formando un cortinaje
Simétrico, tupido y prolongado
Los sarmientos pendientes,
A la sazón, cubiertos de follaje.
A derecha y á izquierda, á ver se alcanza
Por el suelo esparcidos, y en el techo
Y paredes colgando, gran pertrecho
De herramientas y objetos de labranza.

Grande puerta en el fondo,
 De arco liso y redondo,
 Del *ástrego** y viviendas es la entrada
 Que deja percibir, aún desde fuera,
 La lucida espetera
 En el fondo del *ástrego* colgada;
 Y á un lado la escalera
 Del sobrado, que es donde se amontona
 La cosecha del año, suficiente
 Para dar en alúbias y borona,
 Patatas, frutas secas y tocinos,
 Que se curan al humo,
 El abasto corriente
 Con arreglo al consumo
 Que hacen de aquella casa los vecinos.

Otra puerta, á un extremo,
 Es del establo ó *corte*, como llama
 La gente allí, y por cierto que me temo
 Si será nombre tal un epigrama
 ¡Llamar corte al establo! En rico porte
 Van á rumiarse lisonjas á otra Corte
 Excelencias venales,

* Corrupcion de *atrio*.

Que más que de intencion, de necios yerran...
¿Por qué llamarle *corte* adonde encierran
Por la noche á rumiarse los animales. . . . ?
Sobre esta puerta hay otra siempre abierta
Que más parece boqueron que puerta:
Es del pajar la boca, y bien se aviene
Al que en suerte le toca
Tener grande la boca,
Decir que de pajar la boca tiene.
Otras dos, laterales,
Simétricas, iguales,
Dan á dos cuartos pulcros y aseados
Donde el lujo se encierra
De los que llaman en aquella tierra
Pobres acomodados:
Son estos cuartos siempre reservados
Para visita ó huésped distinguido;
Y el tálamo nupcial allí se fija,
(Que es ganga, ¡vive Dios! para un marido,)
Cuando los dueños casan una hija.

Por último, en el centro de la escena,
Viejos en estructura más que en años,

Hay ancha mesa de molduras llena
Entre dos pesadísimos escaños:
Un enorme tintero
De loza de Sevilla,
Que parece de América plumero
Segun ostenta plumas en la orilla,
Y otra no ménos grande salvadera;
Unos cuantos legajos
Que son, segun la página primera,
Locales estadísticos trabajos;
Un cortaplumas, reglas, y una caja
De anteojos en la mesa, todo indica
Que allí el Alcalde del lugar trabaja,
Y su tiempo al bien público dedica.

Y allí el Alcalde está, mas no de extraño
Asunto se ocupaba en el momento
Que principia este cuento,
Que no ha de ser del pueblo todo el año:
El, de autoridad propia, en este dia
Concedióse licencia,
Porque tratar con libertad queria
Asuntos de su propia conveniencia. . . .

Grave será el negocio que le apura,
Cuando á porton cerrado
Está con su mujer y el señor Cura
En consejo privado:
Algo se trata en torno á aquella mesa
Donde los tres están puestos de bruces,
El enojado, triste la alcaldesa,
Y el Cura al bostezar haciendo cruces,
Que el interes comun no concertaba;
No obstante que allí habia
Una jarra de vino de la Nava,
Con el que cada cual cuando queria
La palabra á menudo remojaba;
Y sabe todo el mundo que ese vino
Para recobrar calma y alegría
Es remedio eficaz y peregrino.

En tal postura, y con aquel talante,
Del que nada pacífico se espera,
De un invisible público delante
Tratando está de historia lastimera
El alcalde Pascual de la Coterá
Con su mujer María Bustamante,

Y el Cura que de sabio goza fama,
Y el licenciado Mantecon se llama.
Montañeses los tres de sangre pura
En genio, propension y catadura:
Hidalgos, por supuesto,
De tan antigua historia,
Que el que ménos, del rey Alfonso sexto
Data su ejecutoria.
A los reyes sirvieron sus mayores
Con honra siempre, y alta prez ganaron;
Aunque jamás en bienes sus favores
Los reyes les pagaron. . . .
Pero tal su lealtad fué acrisolada,
Que siempre que á la guerra los llamaron,
Iban, y el mundo los miraba absorto,
Por su pobreza ser tan extremada,
A falta de tahalí, llevar la espada
Pendiente á la cintura, de un *velorto* *

* Vara verde torcida de quejigo ú otra madera fibrosa.

II.

RETRATOS DE FAMILIA.

Es Pascual como un roble de fornido,
Y aunque robusto, es ágil y cenceño;
De talla regular, rostro encendido,
De aguileña nariz y ojo pequeño;
Descomunal patilla como endrina,
Puños que pueden derribar á un toro
Cual derriban á hachazos una encina;
Pierna estevada, y gesto que el decoro
Hace á todos guardar donde domina.
Viste medio andaluz, medio aldeano;
Faja, zamarra y calañés no falta,
Pues fué catorce meses *sevillano*:
Tambien usa el sombrero de copa-alta
Cuando le llama su oficial empleo
A concejo, funcion ó besamano,
Con el restante señoril arreo.

* Montañés que va á Andalucía.

Respecto á su moral, él, aunque rudo,
Pues se puso á estudiar y nunca pudo
Aprenderse el Nebrija,
Es hombre á quien la gente comarcana,
En la ciencia prolija
De la árgucia sutil y la chicana,
Le tiene envidia y miedo;
Porque es capaz Pascual, por un cualquiera
Quítame allá esas pajas, que un enredo
Al lucero del alba le moviera.
Nunca, malos ó buenos,
Han de faltarle pleitos, que es manía;
Si no los tiene propios, los ajenos
Su bien sentada fama le confía:
Así y todo es vecino laborioso;
Y segun dice su mujer María,
Es buen padre, aunque terco, y buen esposo.

María, su mujer, por el contrario
De su marido, aunque como él robusta,
Y además buena moza, á su rosario
Tansolo cuentas ajustar le gusta:
Es mujer de su casa solamente;

Hacendosa, prudente,
Y es la primera vez, quizá en su vida,
Que opuesta á su mandato y desabrida
Su marido la encuentra, la presente. . . .
Bien que el motivo es tal, que bien pudiera
Convertir en leona á una cordera.

El cura Mantecon, alto, huesudo,
De cetrino color, gesto ceñudo,
Descomunal nariz, voz estridente;
Grandes boca y oreja, alto pescuezo,
Desgarbado y no pulcro continente;
Con la espina dorsal en curvatura,
Solo cuando le viene un esperezo
La talla natural da su estatura:
Melancólico siempre y distraído,
Oyendo conversar, tras un bostezo
Y otro bostezo, y cruces y más cruces,
Suele quedar dormido
Sobre sí mismo echándose de bruces. . .
No por eso se crea
Que duerme á todas horas en la aldea;
Léjos de eso, es activo, infatigable

En el trabajo rudo en que se emplea:
Buen cazador y labrador notable,
Sus siembras, su hortaliza y sus ganados,
Son siempre los mejores;
Y no solo es debido á sus cuidados,
Que tambien se lo debe á sus sudores.
Terminado el oficio cotidiano
Que el ministerio exige,
A la azada ó la esteva pone mano,
Que una yunta dirige
Como el mejor labriego;
Y el hacha, la guadaña, y aun la azuela,
“Para quitarse el frío,” dice grave
Lo mismo cuando el sol derrama fuego
Que cuando escarcha y hiela,
Con igual perfeccion manejar sabe.
Otras veces, tomando la escopeta,
Al oso y jabalí sigue en los cerros,
O en el llano á la liebre y la cerceta
Que levantan sus perros.
No desdeña un domingo por la tarde,
Despues que reza en público el rosario,
En la plaza del pueblo, entre el alarde

Tan pintoresco y vario
Que hace de buen humor el vecindario,
Alternar con partido ó con cuadrilla
En el juego de bolos ó malilla;
Y hasta beber con ellos una azumbre
De chacolí ó de vino,
Que en público jugar tienen costumbre
Allí, desde el más rústico al más fino.

Ya tenemos carácter y estructura
Pintados á manera de paisaje,
Que más lo que al pintor se le figura
Es, que la realidad: nos falta el traje
Y la ciencia pintar del señor Cura.
Usa en toda estacion, verano ó invierno,
Alto sombrero en hules aforrado;
Un leviton eterno,
Negro, y hasta las corvas prolongado,
Nada más deja ver del traje externo,
Pues lleva el leviton siempre abrochado,
Que un alzacuello inmenso que se afana
Por cubrir la mitad tan solamente
De un cuello que parece cerbatana;

Y unas, negras tambien, médias de lana
 Que ciñen ampliamente
 Sus zancas ó canillas,
 Largas, lisas é iguales,
 Especie de puntales;
 Porque de todo y no de pantorrillas
 Tienen aquellas piernas las señales.
 Es de la vestimenta complemento,
 Un zapato mayor de lo que mide
 El pié que en él reside,
 Que es casi, si no miento,
 Doble de lo que pide
 El armazon aquel para cimientto.

Aun cuando en su parroquia le respeta
 Todo el mundo bastante,
 Cuando le ve pasar algun tunante,
 (Que en todas partes hay gente indiscreta
 De la cáscara amarga,)
 Decir suele: “¡ahí va el Cura *paja-larga!*”
 Tratando de su ciencia, aventurado
 No será asegurar su competencia,
 Pues por Valladolid es licenciado:
 Ello, que nunca máxima ó sentencia

Virtió que diese á conocer su ciencia.
El concepto que tiene, y es el credo,
Entre sus feligreses
Es, que nunca en materia de intereses
El cura Mantecon se mama el dedo.
Bien que esa cualidad en montañeses
No falta en el licurgo ni el pacato;
Y hasta un refran, por testimonio grave,
Dice del montañés que siempre sabe
Muy bien donde le aprieta su zapato.

III.

CUESTION DOMÉSTICA.

Dejamos á Pascual en tal postura
Indicando entre enojo y pesadumbre;
Bostezando cual siempre al señor Cura
Y haciendo los santíguos de costumbre;
A la pobre María en su amargura

Sublevándose ya su mansedumbre.
Oigamos lo que dicen, y sepamos
Lo que al fin resolvieron,
O lo que decretaron, mejor dicho,
Pascual y Mantecon; que son los amos
Los hombres siempre, y siempre atribuyeron
La opinion de mujeres á capricho.

PASCUAL.

Fuerte cosa es, señor Cura,
Que un marido ha de tener,
A más del cargo y procura,
Que aguantar de su mujer
El capricho ó la locura.
¡Al diablo se le ocurriera
Solo, el estorbar á un padre
Que dé á sus hijos carrera!
¿Cómo esperarse pudiera
Tal estorbo de una madre?
Bien, que el diablo á las mujeres
Buscó para tentacion
Del hombre siempre: ellas son
De todos su padeceres

El principio y la ocasion. . . .
Cuando de un hijo bigardo,
Que en nada ocuparse intenta,
La dicha y fortuna aguardo. . . .
¡Puede, si en dársela tardo,
Que Dios me lo pida en cuenta!
Porque, mire, señor Cura,
Lo que esta carta asegura,
Bien, y diga si de fijo,
No es la mejor coyuntura
De dar carrera á mi hijo
Lo que esa carta me ofrece:
“Mándame al chico, Pascual,
“Que ha cumplido ya los trece,
“Antes que en esa se avece
“A flojo y á mazorrall:
“Aquí, si se logra, puedo
“Hacer algo por el chico;
“Y si él no se mama el dedo
“Ni tiene al trabajo miedo,
“Podrá llegar á ser rico.”
Pues ya usted ve que esto es llano:
Me lo escribe un primo hermano

Que está en las Indias muy bien;
Y cuando voy muy ufano
A pedirle el parabien,
Da mi mujer en la flor,
Con su llanto y jerigonza,
De que está el chico mejor
Jugando aquí á la peonza
Que detrás de un mostrador.

CURA.

¿Qué dices de eso, María?

MARIA.

¡Qué he de decir, señor Cura,
Si á capricho y á manía
Se atribuye todavía
La causa de mi amargura!
Yo sé que á nuestro Ramon
Perdemos si condesciendo
A que marche: . . . la razon
No sé; me lo está diciendo
A gritos mi corazon. . . .
Cuando falta ya á deshora

De casa, nada fatal
Temo, que aunque pecadora,
Le pido á Nuestra Señora
Que me le libre de mal. . . .
Y esa fé que aquí me alienta,
¡Más allá no halla esperanza. . . !
Y si mi Ramon se ausenta,
Temo que el peligro sienta
Donde mi ruego no alcanza.

CURA.

¡Blasfemia, supersticion. . . !
Dios donde quiera domina
É imparte su proteccion. . . .

PASCUAL.

No tansolo á la razon
Falta, sino á la doctrina.

MARIA.

Teneis razon: mas yo sé
Que aunque está en todo lugar
Dios, y que todo lo vé;

¿Si no nos inspira fé
Cómo le hemos de rogar?
Pues bien, mi fé desfallece
Ante el pensamiento fijo
Que Dios, sin duda, me ofrece. . . .
El que sacrifica á un hijo,
Su proteccion no merece.

PASCUAL.

¿Pero quién le sacrifica,
Mujer de Dios?

MARIA.

Tu ambicion,
Tu codicia, y bien lo explica
Que solo la gente rica
Te merece estimacion.
Ya puedes ver, ¡con qué agrado
Te ha de oír Dios, en su alto juicio,
Aunque ruegues humillado,
Si en el nombre de un pecado
Le pides un beneficio!
Desengáñate, Pascual,

Que no sin causa porfío
Contra tu empeño fatal;
¿Preguntaste al hijo mio
Su voluntad?

PASCUAL.

¡Voto á tal!
¡Estás loca, y de remate. . . !
¿Dónde has visto y cuántas veces,
Que haga un padre el disparate,
De á un mocoso. . . ? Hija, mereces
Que te deje ó que te mate.
Yo de esos mimos no gasto:
Pedir su opinion á un trasto. . .
Pues no nos faltaba más. . . .
¡No diéramos mal abasto
De risas á Satanás!
La culpa yo me la tengo
Porque ando en contemplaciones
Tontas, y si voy ó vengo
Te digo, y no me sostengo
Solo, en mis resoluciones.
Iré á las Indias Ramon,

Y tres más; yo te lo fio. . . .
¿Entiendes? Sin remision
En la primera ocasion
Que se presente, le envio.
Allá mi primo le espera,
Como me dice, empeñado
En ponérmele en carrera.

MARIA.

Pero, Pascual, considera. . . .

PASCUAL.

Nada: es asunto arreglado.
¿Considera! Lo que yo
Miro y lo que considero,
Es, que allá se hace primero
La fortuna, y que aquí no. . . .

MARIA.

¡Mal año para el dinero,
Amén! ¿Y sabes si está
De Dios, que sin duda alguna
Tenga suerte?

PASCUAL.

Él la hallará:

Siempre viene con fortuna
Todo el que vuelve de allá.

MARIA.

¡El que vuelve...! Tú lo dices....
¿Y si no vuelve?

PASCUAL.

Razon

Con que tú te contradices:
Los que no vuelven, felices
Sin duda por allá son.
De eso no estamos seguros:
Pero en fin, te irán calmando
La pena, los pesos duros
Que mande de cuando en cuando
Para sacarnos de apuros.

MARIA.

Eso es lo que te interesa,
Eso....

PASCUAL.

Ya se ve que sí;
Al sentarnos á la mesa,
Si comer bien no me pesa
Tampoco te pesa á tí.

MARIA.

¡Pero si el hijo del alma
Se nos muere... ?

PASCUAL.

¡Majadera!
Si está de Dios que con palma
Se vaya, de igual manera
Será aquí que allá....

CURA.

Con calma,
Pascual, que eso es herejía:
Echa por otro camino;
Con tal razonar por guía,
¡No ves que hasta un desatino
Justificarse podría?

Bueno es en Dios confiar
En todo apuro ó emergencia
Que un buen fin pueda encontrar,
Sin perjuicio de agotar
Nuestro esfuerzo é inteligencia
Para evitarlos primero,
O en combatirlos despues
Hasta el aliento postrero,
Si obra el azar lastimero
De nuestros errores es.
Así á Dios se halla propicio;
Mas quien del peligro en pos
Va, y encuentra un precipicio,
No se dirá con buen juicio
Que aquello estaba de Dios.

MARIA.

Aplica el cuento, Pascual.

PASCUAL.

No te subas á las vigas,
Porque aunque saliera mal
Mi empeño, por más que digas,

Bueno es el fin, voto á tal. . . .
No soy yo quien ha inventado
La excelencia del dinero;
Y si buscarlo es pecado,
Ninguno de él se ha librado
Desde el rico al pordiosero.
Sus excelencias por buenas
El mundo tiene prescritas:
Con dinero, hámpas y estrenas;
Sin él, no salen de penas
Ni las ánimas benditas;
Ni. . . .

CURA.

¡Pascual, Pascual! ¿qué es eso?

PASCUAL.

Perdone usted, señor Cura,
Si se me calienta el seso;
Mas si no me tengo tieso
Con ésta, hace una diablura:
No conoce usted la alhaja. . . .
Con su modo mojigato

De quien nunca rompió un plato,
Si la deajo, nos encaja
A usted y á mí en un zapato:
Ya me ha trastornado al chico,
A toda la parentela,
Y á Don Crisóstomo el rico;
A todos me los rebela
Con su llanto y con su pico.
Del hombre mas inhumano
Hago por ella el papel;
Rico, pobre, niño, anciano,
Dicen que soy tan tirano
Como Don Pedro el Cruel.
Ya usted verá, señor Cura,
Que esto saca á uno de quicio:
¿Qué tiranía ó locura
Hay en quien el beneficio
De un hijo, solo procura?
¿Es nuevo lo que yo intento?
¿No es lo que hacen cada dia
Otros padres, más de ciento?
¿Pues por qué á mi pensamiento
Se le llama tiranía?

¿En dónde está el disparate?
Paréceme á mí mejor
De quien estorbarme trate,
Que más que cuerdo un orate
Es, y de marca mayor.

MARIA.

Sí, pero es porque tú cuentas
Sin la huéspedada tu gloria. . . .
¿Y el vómito? ¿y las tormentas
Del mar? ¿No te representas
Jamás esto en tu memoria?

PASCUAL.

Sí, y hartó pesar me dan. . . .
Pero. . . . ¿y las quintas?

MARIA.

No á todos
Toca en suerte. . . .

PASCUAL.

Vano afán. . . .

Tu hijo aquí, de todos modos
Será siempre un holgazan. . . .

MARIA.

Será. . . . lo que has sido tú,
Y no más.

PASCUAL.

¡Mujer!

MARIA.

¡Marido!

PASCUAL.

¡Yo he sido un hombre cumplido!
Por vida de Belcebú. . . .

MARIA.

Pues será lo que tú has sido;
No te enojés.

PASCUAL.

Ya quisiera. . . !

Es muy señorito.

MARIA.

Sí;

Como tú, de igual manera. . . .

Bien se te parece.

PASCUAL.

¿A mí?

MARIA.

Nó, sino al cura.

CURA.

¡Parlera!

Hablen en paz ó me voy,
Que para pleitos no estoy,
Y ya me tienen molesto;
¡Pues, por Dios, que parece esto
Un partido de rentoy!

IV.

LA CUESTION SE HACE PUBLICA.

CURA.

Tengan juicio, y cada cual
Hable á su vez.

PASCUAL.

Yo á lo dicho
Me atengo, que bien ó mal,
Mi opinion es racional,
Y la de ésta es un capricho.
Ya dije, pues, mi intencion
Y el motivo en que la fundo:
Quiero que mi hijo Ramon
Vaya á conocer el mundo
Muy léjos de este rincon.
¿Qué suerte es la que aquí espera,
Él, tan listo y delicado,

Sin poder darle carrera?
¿Qué he de hacer? yo bien quisiera
Tenerle siempre á mi lado;
Pero quizás algun dia,
Él mismo, y no lo extrañara,
En cara echarme podría
Que mi falta de energía
Su desventura labrara.
Quiérole, además, librar
De quintas, que tengo miedo
Vaya una bala á enfriar. . . ;
Y, en fin, no le he de quitar
Yo, lo que darle no puedo.
Sé que el viaje es riesgoso
A América, y bien colijo
Que aunque se logre dichoso,
En aquel clima ardoroso
Perecer puede mi hijo
De fiebres, vómito, ó alguna
Otra epidemia que mata;
Mas sé que el que se aclimata
Hace pronto una fortuna,
Porque allí se náda en plata:

No es como aquí: si excelente
Clima, á Dios gracias, nos toca,
Para tantos es muy poca
La que hay; por eso la gente
Se quita el pan de la boca.
Pues bien, logrando Ramon
En el mar una bonanza,
Y allá su aclimatacion,
Yo no pierdo la esperanza
De verle con un millon.
Mira al hijo de Argumales,
Y eso que era un animal,
A los quince años cabales
Volvió con un capital
De más de un millon de reales:
Mira al Manteco, á Campó,
Al Poyano y á Cantolla,
Y á otros muchos que sé yo. . . ;
¿De dónde viene si nó
De las Indias su bambolla?
Desengáñate, María:
Tú podrás tener razones;
Para la gente de hoy dia,

Es quien no tiene doblones
Cero á la izquierda, hija mia.
Conque vete conformando
Con ver indiano á Ramon:
Yo no soy quien te lo mando,
Es tu juicio y tu razon
Quien te lo está aconsejando.
¿Qué es mejor, que nuestro chico
Vegete entre estos terrones
Hecho un patán, un borrico,
O hacerle feliz y rico?
Vaya, ¿qué razon me opones. . . ?
Habla, mujer, que formar
Pueda el señor Cura bien
Su juicio, dí. . . .

MARIA.

¿Qué he de hablar!

PASCUAL.

Porque el señor Cura es quien
Nos tiene que aconsejar.

MARIA.

Pascual, yo nunca he creído
Que para vivir sirviendo
A Dios, como hemos vivido
Tú y yo hasta aquí, recibiendo
Lo que Él darnos ha querido;
Y como, aunque pecadores,
Nos socorre con largueza
Premiando nuestros sudores,
Que pudiera la riqueza
Mejorar esos favores:
Y si Él al fin nos la diera
Sin violencia y sin disgusto,
Pase, y se lo agradeciera;
Porque agradecerle es justo
Todo lo que darnos quiera,
Aunque una peste nos mande;
Mas si abandonar queremos
Su proteccion que es tan grande,
Por la ambicion que tenemos. . . . ,
¡Mira no nos lo demande!
Bueno y loable es tu error

Si, como creo, no es
Tu provecho y tu favor
La causa, y sí el interés
Del hijo de nuestro amor:
Mas, Pascual, mucho cuidado,
Que á veces hasta uno mismo
Se engaña. . . . ¡es tan delicado!
Muy bien puede el egoismo
Estar de amor disfrazado. . . .
Y al ver las comparaciones
Que para animarme pones,
Temo que halagues, Pascual,
Más á tus aspiraciones
Que á tu deber paternal.
Cítasme de esos indios
Y sus familias, la gloria
Y los placeres mundanos. . . . ;
Bien sabes, Pascual, su historia,
Y que esos goces son vanos. . . .
El pobre Cantolla, es cierto
Que volvió, pero más muerto
Que vivo: dizque enfermó
De un susto que recibió

Atravesando un desierto. . . .
Y se muere lentamente. . . !
¿De qué le sirve el caudal
Que trajo? ¡Ah! seguramente,
Para hacerle más decente
Su entierro y su funeral.
Su pobre madre daría
Por verle robusto y sano,
Como partir le vió un día,
No solo su oro, ¡el que cria
Todo el suelo americano. . . !
Argumales ha venido
A ser de su parentela
Un tirano aborrecido. . . .
Campó, nunca se consuela
De los padres que ha perdido.
Pudo felices hacerlos
Con una carta, y rehusó
Escribir y socorrerlos. . . .
Y ¡ay! cuando al fin vino á verlos,
Ni sus huesos encontró;
Porque con otros mezclados
Allí, en la fosa comun

De pobres necesitados
Donde yacen enterrados,
No logra hallarlos aún!
Y cual si restituyera
Lo que á sus padres, injusto
Negó, de mala manera
Gasta el caudal que trajera,
Sin lucimiento y sin gusto.
Más felices los Poyanos,
Porque honra y provecho da
Pepe á sus padres ancianos,
Que un padre de sus paisanos
Dicen que era Pepe allá
En Indias; tales razones
De él siempre, y buenas libranzas
Vinieron; satisfacciones
Que hoy cobra aquí en alabanzas,
En amor y en bendiciones. . . .
Pero, no obstante, el pecado,
Dios de sus padres no absuelve. . . .
Pepe es en Indias casado,
Y de su mujer al lado
Dentro de un año se vuelve. . . !

Lo que sufren considera
Esos padres al perder
Tal hijo, pues nadie espera
Que vuelva más. . . . mejor fuera
No haberlos venido á ver!
Estos, Pascual, los dichosos
Son, los que vuelven al fin
Ricos; los más amorosos,
Los que no hallan desdeñosos
Su origen pobre, rüin:
Porque otros cuando acá vienen,
A correr córtés se van,
Y por rumbosos se tienen
Si á sus familias mantienen
Con un pedazo de pan. . . .
Estos vuelven tan hinchados,
Tan huecos y tan señores,
Que más á ser admirados
Vienen, que á ser protectores
De deudos necesitados.
Si hablan, pocos los entienden;
Si exigen, es de tal modo,
Que hasta suplicando ofenden,

Y dar á entender pretenden
Que se lo merecen todo.
Y no es el primer indiano
Que le ofende el trato llano
De quien con él fué á la escuela,
Y niegue su parentela,
Su pueblo, y hasta á su hermano.
Malos y buenos serán,
En regla de proporcion,
Diez los que acá volverán
Por cada cien que se van;
Y temo que muchos son.
¿Qué hacen los otros noventa?
No es preciso ser un sabio
Para hacer justa la cuenta;
Y no es hacerles agravio
Mostrarla cual se presenta,
No; es disculpar más bien
A los que allá se quedaron,
Por si no faltare quien
Presuma que, por desden,
De su patria se olvidaron.
De esos, quizá la mitad

Mueren en florida edad,
De muerte ignorada, oscura;
¡Y gracias si sepultura
Deben á la caridad. . . !
¡Cuánto deben padecer,
Tan triste muerte al sentir,
Con sus recuerdos, al ver
Que no los verá morir
El sol que les vió nacer!
Y si aquellos desgraciados
Fueron, tal vez, impulsados
A dejar su hogar paterno. . . .
Deben sentir un infierno
Al morir desamparados. . . !
Puede que ahogar no consigan
Su resentimiento fuerte;
Y al maldecir de su suerte,
¡Tal vez sin querer maldigan,
A quien les causó la muerte. . . !
.
Entre los que sobreviven,
Muchos que de la fortuna
Los favores no reciben,

Nunca, porque nunca escriben,
Dan de sí razon alguna:
Estos temen con justicia
Que atribuya su pobreza
En su tierra la malicia
A su abandono ó impericia,
A su deshonra ó pereza;
Porque tanto aquí al marchar
Oyeron del suelo indiano
Las riquezas ponderar,
Que piesan que fuera en vano
Su pobreza disculpar.
Otros, al contrario, obtienen
Gran caudal y son honrados
En Indias; mas nunca vienen
Esos, porque los detienen
Sus negocios complicados;
O porque familia crean
En quien el amor emplean
Tanto tiempo comprimido,
Y así reemplazar desean
El que aquí juzgan perdido.
Y no se pueden culpar;

Porque ellos deben pensar
Que poco debió quererlos
Quien tan tiernos, del azar
En brazos pudo exponerlos.
Aunque estos honran sin duda
La patria de que proceden,
Y á deudo y paisano ceden
Su proteccion y su ayuda
Siempre que dárselas pueden;
Y si no tornan quizás
Al lugar donde nacieron,
Sus favores le impartieron,
Sin olvidarse jamás
De aquellos que el sér les dieron,
Rémora no obstante son
Que abrir los ojos impide
A la insensata ambicion:
Su ejemplo es la tentacion
Que nuevas víctimas pide:
A la sombra de su amparo
Sin recelo el padre envia,
Ménos prudente que avaro,
El hijo quizá mas caro

Y útil entre los que cria;
Dando esta fatal cadena,
Pues nadie en cabeza ajena
Escarmienta, largos años
De tardíos desengaños
Y desgarradora pena.
Este es el cuadro leal
Del viaje á Indias, Pascual,
Cuadro de luto y dolor. . . .
¿Cómo Dios nuestro Señor
No lo ha de tomar á mal?

PASCUAL.

Por Dios que yo te creía
Mas boba, aunque no te cuadre. . . .
¿De dónde esa letanía
Fuistes á sacar, María?

MARIA.

Del corazon de una madre.

PASCUAL.

Dále con tu corazon:

Parece lego benito. . . !

MARIA.

¿Pues quién sino en mi afliccion
Me revela con su grito
La suerte de mi Ramon ?

PASCUAL.

Bah, dejémonos de cuentos,
Que tú sólo cuando rezas
Digna eres de sacramentos.

MARIA.

Serán cuentos ó simplezas;
Mas son mis presentimientos.

PASCUAL.

¿Qué sabes tú lo que dices?

MARIA.

La historia entera no es mia.

PASCUAL.

Y ¿qué perro de narices
Te descubrió las perdices
Tan á la mano, hija mia?

MARIA.

Don Crisóstomo es autor
Del cuadro; yo solo explico. . . .

PASCUAL.

Pues lo que dice es error.

MARIA.

Tú sostienes con calor
Que nunca se engaña un rico.

PASCUAL.

¡María!

MARIA.

¿Pues qué te pasa. . . ?

PASCUAL.

Te burlas, me estás faltando
Al respeto; y soy de casa
La cabeza.

CURA.

Estoy pensando
Que eres tú el que se propasa,
Y no María, Pascual:
Pero acabe la cuestion;
Yo he venido, bien ó mal,
Aquí á ser juez imparcial,
Mas juez sin apelacion;
Y pues lo bastante sé,
No es preciso más informes
Y el fallo pronunciaré:
¿Pasaréis por él?

PASCUAL, MARIA.

Sí, á fé.

CURA.

¿Quedais conformes?

PASCUAL Y MARIA.

Conformes.

V.

PRELIMINARES.

El Cura Paja-larga,
Como quien se dispone
A echar sobre sus hombros ruda carga,
O como el que de un salto se propone
Salvar un ancho foso;
O como púgil que á lidiar se apresta,
Por ganar una apuesta,
En medio de concurso numeroso,
Endereza su jiba,
Irgue el largo pescuezo
Y la mirada aviva;
Y haciendo alarde en súbito esperezo
De sus seis piés ingleses de estatura,

Se estira (se despliega,
Hablando propiamente);
Luego, de gladiador en la postura
Cuando sobre sí mismo se replega
Para herir ó quitar más fácilmente,
Profunda inspiracion pidió á su mente.

Para facilitarla, distraido
Saca su tabaquera,
Que es un calabacin de boj pulido,
Con agujeros cien cual salvadera:
Sacúdela en el codo; alza la mano,
Y en contacto nariz y calabaza,
Absorbe con delicia y con cachaza
Diez adarmes de polvo nicociano.

Viene por fin la inspiracion, y el Cura
Vuelve á plegar con pausa su estatura:
A la honda faltriquera
Vuelve la tabaquera;
Y pasando la mano por la frente,
Dice súbitamente:
“Esto es, y será lo que Dios quiera.”

Tal tésis por lo visto halló por norma;
Mas para que se esplaye el pensamiento
Y esté de acuerdo el fondo con la forma,
Es decir, para hacer en su sentencia,
Con la que su auditorio se conforma,
Brillar el fin moral por la elocuencia,
Tansolo necesita
Que la lengua que á veces se le traba
Quede ahora expedita;
Pero allí está del vino de la Nava
La jarra bienhechora,
Y no hay miedo que falte con tal vino
Locuacidad al tonto ni al ladino,
Cosa que el cura Mantecon no ignora. . . .
Toma á pulso la jarra, y en dos sorbos,
Moderno Ciceron, halla á su alcance
En latin y en romance,
No solo una, dos lenguas sin estorbos,
Para salir airoso de aquel lance.
Hipa despues, regüelda y estornuda,
Con lo que el hipo aborta;
Y la frente inspirada que le suda
Limpia con su pañuelo de retorta.

Cuando ya su elocuencia juzga á punto,
Despejada de esputos su garganta
Que limpia hace sonar su voz de trueno,
Para en aquel asunto
Con mas autoridad entrar de lleno,
De su asiento, solemne se levanta.

Miéntras, Pascual habia,
Lo mismo que María,
Guardado tal silencio, que á un oráculo
Consultar, más que á un hombre parecia;
Mas cuando conociera que el obstáculo
De Mantecon en el magin cedia,
Segun en su actitud se demostraba,
En albricias al jarro de la Nava
Le recetó tambien una sangría.
Pascual pensó que al apelar al vino
El Cura Mantecon, era seguro
Que á ser inexorable se previno;
Porque aquel vino puro,
Para grandes y heróicas decisiones,
Brazos, cabezas templa, y corazones.
Y tomado á tal grado

Aunque filosofía
Nunca estudió María,
Ni menos diplomacia,
Tal modo de pensar tiene su gracia,
Que más de un *esprit fort* le envidiaria.

Volvamos, pues, al Cura.
Preparada la arenga,
Y la idea en su mente bien madura,
Nada hay que le detenga:
Reclama la atención de su auditorio,
Que á oírle se prepara atentamente,
Y en estilo oratorio
Dice, ni más ni menos, lo siguiente:

VI.

PRÁMBULO DE SENTENCIA.

Pascual, María, oid, estadme atentos:
Nihil novum sub sole se decia

Con buenos fundamentos
Tal vez, cuando no habia
Indias occidentales todavía;
Mas desde que Colon mostró aquel huevo
Que cuentan, á su gente,
De Norte á Sur, del Este al Occidente,
Hay debajo del sol mucho de nuevo.
Además de la tierra descubierta,
De islas, rios y mares,
Nueva ambicion en hombres se despierta,
Y por motivo tal nuevos pesares:
Nuevo afan de cruzar la mar incierta
Y marcharse á habitar nuevas regiones,
Donde el oro á montones
Causa es voraz de nuevos apetitos
Y de nuevas pasiones
Que suelen producir nuevos delitos:
Por esta causa, á asegurar me atrevo
Que necesitan nueva teología
Casos como el presente, que á fe mia
Es por las causas antedichas, nuevo.

En tan buenas razones apoyado

Habeis uno como otra vuestra idea:
Tú has hablado, Pascual, como un letrado,
Y como un libro tu mujer ha hablado;
De paso en vuestro elogio dicho sea.
Si me atengo al derecho,
Pascual está en el suyo, eso es sabido;
Tú, María, has dejado satisfecho
Cuanto al amor de madre le es debido;
Que si Pascual en honra y en provecho
Para su hijo piensa,
Tú de tus aprensiones maternas
Has hecho como nadie la defensa.
Por tal motivo, en mí pesan iguales
Derecho y reflexion, lo que me obliga
A prescindir de leyes generales
Que para todo caso están dispuestas:
Os dispenso de textos la fatiga,
Porque además de oscuros, sus conceptos
Precisan conclusiones manifiestas.
Lo que necesitais no son preceptos;
El ejemplo más bien, la alegoría
Representando fiel á la memoria
En sustancia moral vuestra porfía,

Es lo que ha de ilustrar vuestra conciencia.
Oid, pues, una historia
Que de vuestra cuestion es la sentencia.

VII.

SENTENCIA PARABOLICA.

CURA.

Yendo de Efren á Betania
Jesucristo Señor Nuestro,
En union de sus discípulos
Juan Evangelista y Pedro,
A las hermanas de Lázaro
Vió que, esparcido el cabello
Y demudado el semblante,
Le salian al encuentro.
“Señor, le dijo María,
“Huye de estas tierras luego,
“Porque afanosos te buscan

“Escribas y Fariseos.—

“Resuelta está tu prision

“Y tu sacrificio cruento:

“Busca, Señor, en la huida

“De tal peligro el remedio.”

Hízole Marta tambien

El mismo piadoso ruego,

Y Jesus les reveló

Este inefable secreto:

“Dios, mi Padre, me destina

“Una mision en el suelo;

“Él es justo, y pues lo manda,

“Dejar que se cumpla debo:

“Es mi Padre, y Él sabrá,

“Pues que de su amor dependo,

“Lo que está bien á su hijo

“Para su gloria y provecho:

“Que no puede presumirse,

“Y ménos del Rey del Cielo,

“Que haya padres que á sus hijos

“Den mal destino ó consejo.

PASCUAL.

Aplica el cuento, María.

MARIA.

Veamos en qué pára el cuento.

CURA (*siguiendo.*)

“Si carece del segundo
“Y duda sobre el primero,
“Porque el saber no es un don
“Que es dado á todos tenerlo,
“Consultar á otro le mandan
“Amor y deber á un tiempo.
“Quien esto excusa, y pagado
“De su opinion hace un yerro,
“Profana su autoridad
“Y abusa de sus derechos.
“Los padres son á los hijos
“Lo que la vid al sarmiento:
“Si hasta el vicio le alimenta
“Irá sin fruto creciendo;
“Mas si le alimenta poco,
“Estéril le hará y enfermo,
“Y es fuerza que la prudencia
“Evite vicio y desmedro.

“Con la edad, los desengaños,
“La experiencia, el juicio recto
“Y la fortaleza adquieren
“Los padres, como elementos
“Que Dios les da porque puedan
“Ser de sus hijos con ellos
“En la ciencia de la vida
“Apoyos, guías y espejos.
“Por eso los padres tienen
“Unida á tan grandes fueros
“De autoridad, que en la tierra
“Son de los de Dios remedo,
“Tal responsabilidad,
“Cargo tan grande y tremendo,
“Que á haber de dar buena cuenta
“Gracia es preciso del Cielo.

MARIA.

¿Qué dices, Pascual?

PASCUAL.

Que nadie

Cante victoria.

CURA.

¡Silencio!

Distrayendo mi atencion
Están esos cuchicheos.

PASCUAL.

Si es esta que.

MARIA.

Si eres tú .
Quien me provoca.

CURA (*siguiendo.*)

Queriendo
Pedro interponer su influjo
Con su Divino Maestro,
Y ayudar á las hermanas
De Lázaro en sus intentos,
Que era salvar á Jesus
De aquel peligro tan cierto,
“Señor, le dijo, muy justo
“Hallo, sin duda, y muy bueno

“Que el hijo con su obediencia
“Premie de un padre el desvelo;
“Mas como las Escrituras,
“Las leyes, y los preceptos
“Llaman padres de igual modo
“A hembra y varon, si no miento,
“¿Cómo ha de portarse un hijo
“Estrechado hácia un objeto
“Por el padre, si la madre
“Se opone con fundamento?
“Paréceme que en tí mismo
“Tienes, Señor, un ejemplo:
“Mientras que tu Eterno Padre
“Tu sacrificio ha dispuesto,
“Tu Santa Madre daría
“Su sangre toda primero
“Que consentir que el peligro
“Te tocara ni un cabello.
“¿Por qué, Señor, no dolerte
“De ella, pues justo es su anhelo,
“Rogando á tu padre que
“Ponga á sus ansias remedio?
Y el Señor le respondió:—

“No hay mas que una gloria, Pedro,
“Y muchos son y espinosos,
“De conseguirla los medios.
“La compensacion en todo
“Trabajo se encuentra, créelo:
“Segun las atribuciones
“Los cargos están dispuestos.
“La mujer es al marido
“Lo que á la cabeza el cuerpo,
“Cuando acepta sus deberes
“Con fé y vocacion á un tiempo:
“Debe obediencia pasiva
“A su esposo, que es su dueño,
“Como el cuerpo á la cabeza
“Obedece hasta sufriendo;
“Si algo una vez que oponerle
“Se le ofreciere, al hacerlo,
“Sus armas serán las súplicas,
“Sus amenazas los ruegos;
“Y si no fueren oidos,
“Sufra su pena en silencio,
“Que en sufrir, para con Dios
“Está su merecimiento.

“Su consorte debe ser
“Su guía, su consejero,
“No su tirano: él la cuenta
“Dará, si lo fuere, de ello.
“Cuando el amor de sus hijos
“Subleve su pensamiento,
“Porque es delirio en las madres
“El afan de poseerlos,
“Recuerde que los destinos
“De todo sér, son dispuestos
“Por Dios, y que á pesar de ella
“Deben quedar satisfechos:
“Quien los impone en el mundo,
“Solo es de Dios instrumento;
“Y nada habrá de cumplirse
“Sin su permiso supremo.
“Recuerde á mi Santa Madre,
“De madres tiernas modelo,
“Bendiciendo resignada
“A quien mi muerte ha resuelto:
“Y el ser mi mision divina
“No mitiga su tormento;
“Antes bien ha de sentirse

“Más, lo que tiene más precio.
“Solo del hijo le toca
“La sumision y el respeto
“Que á su débil sér rodean
“De fuerza y prestigio excelso,
“Para afrontar sinsabores,
“Peligros, y sufrimientos
“Precursores de la gloria
“Del maternal ministerio.
“El hijo aprende á ser padre
“Callando y obedeciendo;
“Porque, aunque temporalmente,
“Es su deber tan estrecho
“Que ni suplicar le es dado,
“Ni replicar mucho ménos,
“Como si desconociera
“De su padre el privilegio;
“Tenga fé en lo que le mande,
“Su voluntad siga ciego,
“Y haga cuenta miéntras viva
“A su voluntad sujeto,
“Que de su padre la voz
“De la de Dios es el eco;

“Cuando ejerza emancipado
“Despues el cargo de serlo,
“Sus hijos, de su conducta
“Serán el castigo ó el premio.

.
.

Callaron Marta y María,
Calló Juan, y calló Pedro,
Y desde entónces, cristiano
No es quien no calla como ellos.

|| A LAS INDIAS !!

SEGUNDA PARTE.

I.

LA PROMESA.

Seis meses trascurrieron desde el día
En que el fallo tremendo
El Cura pronunciara. En su porfia
Victorioso Pascual, siempre insistiendo
Hace impune sentir su tiranía
A la infeliz María,
Que de oculto dolor vive muriendo.
El obstinado esposo en su impaciencia,

Armado con el fallo inapelable,
Exige de su esposa inconsolable
Silencio y obediencia.
Lentos, pero seguros, los aprestos
Hácense de la marcha decretada,
Y la madre cuitada
Sin valerle sus ayes de pretextos,
A ayudar á Pascual en sus apuros,
Tambien se ve obligada:
Éste, que solo en sus proyectos sueña,
En dos cientos de duros
Lo más granado de su hacienda empeña.
Brusca transformacion, con pesadumbres
Ya ha sufrido Ramon; desde su traje,
Sus gustos y costumbres,
Hasta sus movimientos y lenguaje,
No sin sufrir durísimos reproches,
El preceptor regulariza y tasa,
Cuando va á repararle por las noches
Las olvidadas cuentas á su casa.
Terminaron los juegos infantiles
Para el pobre Ramon, y retraido
Se halla al entrar en los catorce abriles

Casi en hombre formal ya convertido.
¡Tanto puede la inmensa
Contemplacion ante el destino incierto
Que á una lucha de afan nos precipita!
Ella obliga á pensar á quien no piensa,
Ella hace suspicaz al inexperto;
Y ante la suerte echada y fé prescrita,
El que no sabe meditar, medita.
Bien pronto ¡ay! demasiado
Pronto, para la madre que le llora,
El viaje preparado
De aquel hijo que adora
Quedó, y fijada la tremenda hora.
¡Solo para esperar nuestra ventura
El tiempo perezoso se dilata;
Mas parece que vuela y se apresura,
Cuando nos vuelve llanto y amargura
Por la dicha que infiel nos arrebató!
.
Era una tarde. La empinada cumbre
Del Monte de las Nieves, se doraba
De un sol de otoño con la triste lumbre
Que de entre espesas nubes se escapaba.

En la oriental vertiente,
Cual nidos en las rocas, se escalonan
Aldeas, caseríos, santuarios,
Destacando á lucir al sol poniente,
De entre arboledas mustias que abandonan
Las hojas secas ya, sus campanarios.
Aun guardan los cercados esparcidos
Acá y allá por la pendiente falda,
Bajo el helecho pálido y sin brillo
Y el rastrojo amarillo,
En menudos retoños de esmeralda,
Fresca, escondida yerba
Que al abrigo del cierzo se conserva.
Aun en aquellos árboles desnudos,
Hay un resto de vida: en himnos suaves
Desde sus copas las pintadas aves
Mandan al sol que espira, sus saludos.
Aun murmuran las brisas dulcemente,
Aun no se enturbian los cristales puros
De la escondida fuente,
Que al despeñarse en caprichosos giros
En antros inseguros,
Hace saltar en chispas un torrente

De perlas, de topacios y zafiros.
Aun halla el manso buey pasto sabroso;
Aun canta el labrador en sus faenas,
Y aun arrullan amantes las palomas;
No pierde el firmamento aun su reposo,
Ni esparce el ancho Saja sus arenas,
Ni ha perdido el ambiente sus aromas.
Aunque fugaz y perentoria, hay vida
Para aquella region amenazada
Del huracan y el rayo,
En que bajo la nieve comprimida,
La sávia de las plantas enterrada
Duerme en noviembre y se despierta en mayo.

Empero, un sér existe
En aquella aún feliz naturaleza,
Para quien el invierno árido, triste,
Antes que en toda la comarca empieza.
Es la pobre María,
Que al comparar con su mortal tristeza,
El cuadro de quietud y de armonía
Que allí su vista á dominar alcanza,
Comprende que aquel cuadro moriría

Si cuando va á faltarle la alegría
Le faltase como á ella la esperanza.

En el pórtico humilde y solitario
De un templecillo tosco que se asoma
Por entre espeso bosque centenario
Como entre verdes ramas la paloma,
Yace la triste madre. Al santuario
Donde la Vírgen de las Nieves tiene
Culto de adoracion, con fé sencilla
Santa promesa á tributarle viene.
Del sepulcro á la orilla
Hallándose Ramon, de fiebre aguda,
Ofrecióle á la Vírgen aquel viaje
A pié descalzo, si le daba ayuda.
Y al ver al hijo sano, fuera ultraje
No venirle á cumplir tan santos votos,
Cuando á climas remotos
Tiene Ramon cercano su pasaje.
A su lado suspira el pobre niño,
Que cuanto más se afana el sentimiento
De su madre en calmar, más su cariño
Exaltando le aumenta el sufrimiento.

Viéndola ensimismada
Permanecer allí, siendo tan tarde,
Y larga y peligrosa la jornada,
Teme, aunque no es cobarde,
Que si la noche oscura
Les llega á sorprender en la espesura
De aquel quebrado monte, les aguarde
Alguna desventura;
Y con cierta entereza,
Más afectada que sentida, dice:
—Señora madre, á oscurecer empieza,
Y vamos á tener un accidente,
Como al volver, un pié se nos deslice.
En la bajada rápida y pendiente.
Y aunque bien escapemos
De quiebras y barrancos, nos espera
De algun lobo emboscada traicionera,
De que escapar acaso no podremos;
O si no, no olvideis, señora madre,
Que si á casa llegamos á deshora
Nos aguarda un disgusto,
Pues tiene malas pulgas señor padre,
E incomodarle no parece justo.

Vámonos.—¡Ay de mí! por fin responde
Volviendo en sí María;
—Como ese sol que tras del mar se esconde
Se lleva de los campos la alegría,
Cuando pierda de vista estos lugares,
Cuando la Virgen ya no me sonría,
¡Ay! para no volver se irá la mia
Tras del sol de mi vida á ignotos mares.
Ven, hijo mio, y el adios postrero
Reciba de tus labios inocentes
La que oyendo con rostro placentero
Mis súplicas fervientes
Ha velado por tí desde la cuna:
Ofrécele tu amor con fé y constancia,
Que ella te ha de amparar, si eres sincero,
Protegiendo tu dicha y tu fortuna,
Como á mi lado protegió tu infancia.

.
Entráronse en la capilla
Hijo y madre reverentes,
Y ante el altar posternados
De la Virgen de las Nieves,
Cada cual, muda plegaria

Del fondo del alma vierte;
Ella pidiendo consuelos,
Y él dulzuras prometiéndose.
Ella le dice: "Señora,
Pues madre como yo eres,
Comprenderás la amargura
Que tiene en mi pecho albergue.
El hijo de mis entrañas
A partir va para siempre,
Pues mi corazón me anuncia
Que ya no volveré á verle.
Mi amparo que va á faltarle
En lejano continente,
Huérfano y solo le entrego
Al capricho de la suerte;
Y si tú, Señora mía,
Con tu amor no le proteges,
¿Qué será del pobrecito
Niño, abandonado y débil?
A tu amoroso cuidado
Desde su infancia le tienes;
Por tí vive, y para tí
Fueron las primeras preces

Que en este mundo salieron
De sus lábios inocentes,
Y ante tu imágen reía
Como un angelito siempre.
Ah! como no le abandone
Tu maternal ascendiente,
¿Qué importa que yo le pierda
Y léjos de él aquí pene?
Pues vivir para él no puedo,
Viviré para ofrecerte
Mis lágrimas, por su dicha,
Mis penas, por sus placeres.
Dícenme que adonde va
La fé del alma se pierde,
Que los afectos se olvidan
Y los recuerdos perecen;
Haz, Señora, que tu amor
En su corazon conserve,
Y como él viva contigo,
Aunque de mí no se acuerde.”
Mientras la afligida madre
Así sus votos fervientes
A la Vírgen dirigia

Entre sollozos crueles,
Ramon, tambien á la Vírgen
Fervoroso le promete
Lo que si á cumplirse llega,
Le hará entre indianos, el Fénix.
“Milagrosa Vírgen pura,
Le dice el adolescente
Comprimiendo los suspiros
Que se le escapan á veces;
“Aunque la mar nos separe
Y á extrañas tierras me lleve,
Estará mi pensamiento
En tí y en mis padres siempre:
No han de faltaros jamás,
Donde quiera que me encuentre,
A ellos mi amor y socorros,
Ni á tí, Señora, mis preces.
Con tu ayuda y mi trabajo
He de lograr, si Dios quiere,
Ser rico pronto, y entónces
Vendré presuroso á verles.
A tí te haré una capilla
Más grande que la que tienes,

Y á mis padres un palacio
Con otra para que recen.
Te compraré una corona
Con rayos de piedras verdes,
Como la Vírgen del Brezo
Y la de la Peña tienen.
No volverán ya mis padres
A reventar en las mieses,
Pues tendrán para pagar
Quien se las labre y las siembre.
No habrá á la mesa borona
Ni berzas que mal se cuecen,
Ni más chacolí de Liébana
Ni en cuaresma mas arenques;
Sino pan blanco del de Álaga,
Guisos sanos que aprovechen,
Y besugos de Comillas,
Y vino del que más cueste;
Además que ya achacosos
Podrán mis padres los viérnes
Comer de carne, merced
A las bulas que les merque.
En vez del puerco que hoy matan

Y nunca alcanza á Setiembre,
Muy gordos, y de *buen lazo*,
Se matarán seis ó siete.
Al mercado con mi madre
Iré yo todos los juéves,
A comprar de las viandas
Mas exquisitas que venden;
Y tambien á Santander
Irémos frecuentemente
A comprar lo que nos guste
En sus ricos almacenes.
Pasarémos los veranos
En romerías alegres,
Donde irémos tan lujosos
Que nos envidien las gentes.
Carro con toldo tendrémos,
Que á todas partes nos lleve,
Tirado en malas *camberas*
Por dos parejas de bueyes.
En el estío, magostos
Harémos, y allá en Noviembre
Llenarémos el sobrado
De castañas y de nueces;

El invierno, cuando cubra
Campos y calles la nieve,
Le pasarémos en casa
Sin que el frío nos moleste;
Y allí al humor de la lumbre,
En pláticas que deleiten,
En lecturas que distraigan,
Y oraciones que consuelen;
Y haciendo bien á los pobres
Que á pedir asilo lleguen,
Las horas divertirémos
Mientras el buen tiempo vuelve.
Así, merced al amparo
Y á la ayuda que me prestes,
Vivirémos siempre amándote,
Y hasta el morir, bendiciéndote.”

Cuando acabó la plegaria;
Por los toscos ajimeces
Llegó á alumbrar á la Vírgen
Un rayo del sol poniente,
Proyectando en su semblante
Una sonrisa celeste,

Cual si aceptase los votos
De aquellas almas tan fieles.

.

Poco despues, madre é hijo
Dicen tornando á su albergue:
“ Bienaventurados somos,
Pues la Vírgen nos protege.”



II.

A SANTANDER.

Santander, rico venero
Que en vez de aguas oro manas,
Porque fundes en dinero
El portentoso granero
De las mieses castellanas:
Pueblo que al patrio gemir
Su preponderancia debe; . . .
Y que intrépido se atreve

Dentro de España á vivir
En el siglo diez y nueve!
Cosmopolita ciudad,
Que á todo extraño prohija
Con franca hospitalidad. . . .
Tú, de la casualidad,
No de la historia, eres hija!
Por eso en tráfico igual
Exportas al extranjero,
Indiferente y glacial,
Entre el vino y el cereal
La sangre del pueblo ibero. . . !
Por eso á la transaccion
Y al cálculo, tu atencion
Sensible no más se presta;
Y es la española aficcion
Para tí sola una fiesta. . . .
Bien tu pereza de ayer
Con tu actividad castigas,
Pues has conseguido hacer
Que tus hijos en hormigas
Se conviertan, Santander!
¿Quién te perdona jamás

El insolente egoismo
Con que un frio adios le das
Al extranjero, lo mismo
Que al hijo que á perder vas?

.

¡Ah, si juntar se pudiera
El llanto que han derramado
Las madres en tu ribera
Por el hijo idolatrado
Que páрте á tierra extranjera
Y que jamás han de ver;
Si ese llanto reúnidó
La mar pudiera volver. . . .
Ya estuvieras sumergido
En lágrimas, Santander!

.

Eres mi patria, y te quiero;
Mas á la suerte le plugo
Que diezmes al pueblo ibero,
Y en tu oficio considero
Que hay algo del del verdugo!
Sí; la desgracia sentencia
Esa emigracion que muere:

Tú la ejecutas, tu agencia
Te pagan; así, en conciencia,
Es como el verdugo hiere. . . .
Portal de una noble casa
En mercado convertido,
Por donde el hidalgo pasa
Con el semblante encendido,
Porque el rubor se lo abrasa. . . .
Y tú le has hecho, no obstante,
Con tu ejemplo apechugar:
Y al fin pondrá en adelante
Los tirsos del comerciante
Por armas en su solar!
.
¡Ah, Santander, Santander,
La de estériles terrenos,
Árida montaña ayer. . . .
Cuánto tus hidalgos buenos
Te tienen que agradecer. . . !
Ellos pobres, fatigados
De escasa borona en pos
Vivian. . . cierto es que honrados
Y felices, confiados

En la proteccion de Dios. . . .
Verdad es que ántes su hogar
Cierta santidad tenia. . .
Robo, adulterio, herejía
Ni homicidio, que llorar.
¡Cuán rara vez allí habia!
Cierto es que en tus celebradas
Romerías, el romero
Halló fiestas animadas,
Si no al ruido del dinero,
Al son de las carjadas;
Que el principio de igualdad,
Que hoy ensalzar es manía,
Solo allí era una verdad;
Pues fuero, en la ancianidad
Y en la ley, solo allí habia;
Y que el tiempo iba pasando,
En los trabajos, riendo;
En los asuetos, bailando
La gente jóven; durmiendo
La gente anciana, ó rezando.
Cierto es que á la senectud
La mocedad veneraba,

Y entre la dulce quietud
De quien siempre la virtud
Practicó, se prolongaba;
Y que la moza garrida
No hizo de su amor misterio;
Antes por él bendecida,
Resbaló sin vituperio
Como un espejo, su vida;
Que ni emancipado osó
Terciar el jóven bizarro
Con quien la vida le dió,
Y ni hombre formal, fumó
En su presencia un cigarro. . . .
Cierto es tambien. . . . ¿mas qué vale
Lo que gozaron ayer
Tus hijos. . . ? nada equivale
Al lujo en que hoy sobresale
Tu grandeza, Santander. . . .
No hay, es verdad, la quietud,
La sencillez, la ignorancia
Que ántes llamaban virtud:
Hoy hay talento, aptitud,
Riqueza, gusto, elegancia. . . .

No van ya á la romería
Solo el hidalgo y pechero
Con su ofrenda y su alegría;
Hoy van con su mercancía
Para volverla dinero. . . .
Hoy no se reza, se adula;
No se duerme, se calcula,
Ni se rie trabajando. . . .
Y en los bailes, ¡aun bailando
Se contrata y se especula. . . !
Antes fué la ancianidad
Título en casa de gefe:
Hoy, labia y procacidad
Dan á cualquier mequetrefe
La suprema autoridad. . . .
Viejos cual Matusalem
Y fornida gente moza
Como ántes, hoy no se ven;
¡Mas cómo vivir hoy, quien
Tanto de placeres goza?
Hoy un chico colegial
Sin que al padre apesadumbre,
Le reprende si habla mal,

Y aun le pide muy formal
Para un cigarro la lumbre. . . !
La moza ya no defiende
De su integridad el fuero:
Si no se luce y se prende
Honrada, sus gracias vende
A quien le dé mas dinero.
Antes, ruda confianza
De todo el mundo se hacia,
Y las promesas, fianza
Eran. . . ; hoy esa es teoría
Que á practicar nadie alcanza.
Con solo alcaldes patanes
Y curas medio cerriles,
No hubo que temer desmanes;
Hoy, ni los guardias civiles
Los evitan sin afanes.
Cuéntase que ántes la puerta,
Aunque la casa desierta
Quedase, no se cerraba,
Y que nadie la robaba
A pesar de estar abierta:
Debe juzgarse hoy en dia

Eso, cuentos, trapantojos;
Pues hoy no se librería
Con llaves ni con cerrojos
Si no hubiese policía.
Cierto es que en otras edades
Había menores vicios
Que hoy llaman necesidades,
Y en pueblos como en ciudades
No hubo de goces ni indicios. . . .
¡Y así se vivía! ¡Y larga
Era la vida en exceso. . . !
Hoy, abrumara esa carga;
Pues corta y todo la amarga
De la aspiración el peso.
Vivir para desear
Largo tiempo, es penitencia:
Vívase para gozar. . . .
Muerto el goce, la existencia
Más que placer es pesar. . . .
Santander, tú has comprendido
Lo que es vivir, sí; tú sola
Vivir gozando has podido,
Dando por necia al olvido

Tu sobriedad española.
La agitacion, la sorpresa,
Esa emocion del milano
Cuando asegura su presa,
Tener corazon britano
Y vestido á la francesa;
Y ser del cosmopolismo
Apóstol; del agio ser
Columna, y del egoismo,
Llamado utilitarismo,
Las prácticas comprender:
Reir del necio pasado
Con su fé y sus tradiciones;
Comprar con oro al contado
Cuanto exquisito han soñado
Del rico las ilusiones. . . .
Con todo afecto romper,
Tronar con toda creencia,
Y rica, muy rica ser. . . .
¡Ese es el fin, Santander,
De tu envidiada existencia!

.
.

¡Ah, si para ser así
Te bastases á tí sola!
Pero es triste, triste, sí,
Que haya de alegrarte á tí
Siempre la pena española. . . !
Cuando no es la odiosa guerra
Que hace el vasco tu vecino,
Tal vez por librar su tierra
Del ascendiente asesino
Que dentro de tí se encierra,
Es el triste contingente
Que de tus nobles lugares
Entra en tu foco, inocente,
Y sirve por tu ascendiente
De abasto á tus lupanares;
O es el padre deslumbrado
Por tu esplendor fementido
Que manda á tí al hijo honrado,
Y cuando le has *ilustrado*
Se lo vuelves corrompido. . . !
“Fama de despreocupada,
“Dijiste, anhelo tener;
“Y miéntras me halle cercada

“De esta pobre gente honrada,
“Lograrla no he de poder;
“Pues perviértola, y mi idea
“Triunfará: presa el hogar
“En la villa y en la aldea
“De mi escepticismo sea. . . .
“¿Qué importa? el caso es medrar.
“Diré á aquella pobre gente
“Que su actitud indolente
“Abandone; mi decoro
“Le mostraré en lujo y oro,
“Y ese será el aliciente. . . .
“Logrado así lo que espero,
“Hallará en mí el extranjero
“Lacayos, párias, mujeres. . . .
“Con todos esos placeres
“Que se compran por dinero.
“Escrúpulos ya no habrá
“Que ahuyenten de aquí al extraño:
“La moral, cierto es, se irá; . . .
“Mas quien la pierda, su daño
“Con oro remediará. . . .
Y lo lograste sin duda;

No quedará descontento
El que tus playas saluda,
Si es el vicio el elemento
Que á buscar á ellas acuda.
Tu fama tienes sentada
De rica y *despreocupada*;
Tu moral. . . ya, bien ó mal,
Se encuentra por la moral
Del oro representada:
El Gobierno te prodiga
Por eso su proteccion,
Siquiera porque se diga
Que es su política amiga
De la civilizacion;
Y para tus transacciones
Proteger y fomentar,
Tú sola, enteras, supones
Las más graves atenciones
Del Ministro de ultramar!
.
Sigue, sigue, Santander,
Tu rumbo; tal vez es grande
Tu porvenir: . . . puede ser

Que el cielo no te demande
El llanto que haces verter. . . .
Sigue impávida en tu empresa
Explotando la sorpresa
Que causa en el pueblo hispano
Ver tu corazón britano
Y tu traje á la francesa. . . .
Mas. . . . si alguna vez en graves
Ecos de guerra, tremola
Tu enseña ante extrañas naves,
Verémos si guardar sabes
Tu decoro, á la española. . . .
Verémos si ahora la espada
De rico tahalí colgada,
Deja á tu enemigo absorto
Como cuando de un *velorto*
Iba á la guerra colgada. . . .

III.

EL AUTOR POR SU CUENTA.

Corre veloz evocacion sagrada
De mi recuerdo amante:
Vén á mí, de mi patria idolatrada,
Sombra, voz ó ilusion por un instante,
Porque ser pueda quien sin tí no es nada!
¿Qué es el hombre sin patria? Átomo triste
Que errante va: si á extraño hogar se adhiere,
Porque el aura natal ya no le asiste
Y de la extraña guarecerse quiere,
Al fin si el aura en vendaval se torna,
Como su impulso, solo, no resiste,
Vuelve á vagar hasta que aislado muere.
¿Qué es el hombre sin patria? Hablad, decid,
Párias, cosmopolitas, francmasones:
¿Por quién sin ella morirá en la lid?
Quitarle pretendeis sus ilusiones,
Su tradicion, la fé de su creencia,

Y amor inmaterial al hombre inflama. . . !
¿Quereis sustituirle con la ciencia?
Pues la ciencia tambien busca la fama. . . .
¿A quién, si la lograis, falsos doctores,
Ilusos soñadores,
Dejaréis al morir tan rica herencia?

Yo asiento con vosotros, lo confieso,
En que la raza humana
Es mi amiga, mi hermana. . . .
Y bien, ¿qué estorba á mis recuerdos eso?
Manet ergo voluntas, dijo un santo,*
Semper aliquid amans quo sé, agrega:
Pues bien, mi voluntad halla su encanto
En el amor de patria que la anega:
Pero ese sentimiento fijo, estable,
Al amor de mi raza no se niega,
Ni abriga antisocial disentimiento
Contra la ley del mundo, perdurable,
Cual le abriga esa utopia impracticable
Que inventásteis con cálculo profundo

* San Próspero.

Para halagar al vano sentimiento,
¡Y que ofrece por patria al hombre, el mundo!
Y le exige por fé. . . . su pensamiento!

¡Oh, cuánto error! Sin patria no se vive,
Sin religion, tampoco;
Y que pueda existir no se concibe
De buena fé creyendo, á no estar loco,
Un mortal en el suelo
Sin tales afecciones,
Que basta en el dolor para consuelo
El raciocinio infiel de las pasiones. . . !
Que en la exasperacion, en el abismo
De la duda mortal, de la impotencia,
Llame el hombre á la ciencia. . . .
¡Sin saber ni la ciencia de sí mismo!
Que pueda artificial crearse el hombre
El amor de la patria y la familia. . . .
Y esas dulzuras íntimas, sin nombre,
Que lo sublime y lo pueril concilia,
Gozadas del hogar en el secreto,
¡Creer posible hallar en otro objeto!

Mentira; eso se dice
Por cálculo ó ficcion, mas no se siente:
El corazon más frío
Patria y familia con afan bendice;
Y un alma indiferente
A todo goce ya, con desvarío
Ama á su patria si la mira ausente.
El que apoyado en necias teorías
Condenare severo
Estas de amor debilidades mias,
O no ha sufrido nunca, ó no es sincero;
O no sintió jamás esa amargura
Que en tierra extraña apura
El mísero extranjero. . . !
.
.
Pero hablaba. . . . ¿de qué? Ah, sí, invocaba
Mi dulce patria. . . . á Santander se entiende,
Por ver si su recuerdo mitigaba
Un juicio que la ofende,
Y que en mí se fijó con insistencia.
¿Habré dicho quizás un disparate,
Porque no me asistia

**Mi evocacion sagrada todavía?
Mas fuerza es que yo trate
De ese modo á la ilustre patria mia;
Porque aquí, en confianza,
Diré que montañés soy de remate,
Y no consentiré que á mi excelencia
Le robe Santander medio quilate:
Su civilizacion y su opulencia,
Su corazon inglés, su *vis* de Francia,
Su mercantil centrífuga importancia,
No valen para mí medio cornado
Si al montañés sencillo, pero honrado,
Su sobriedad le quita y su fé rancia;
Y valen mucho ménos
Si á sus hidalgos pobres, pero buenos,
Cerriles, mas valientes,
Me los convierte en gentes
De poco más ó ménos:
Y valen mucho ménos todavía
Si á aquellas de tus campos la alegría,
Especie de amazonas,
Autoras de potajes y boronas,
Fecundas aldeanas,**

Convertirme ambicionas,
Oh Santander, en viles cortesanas.
.
Pero en fin, Santander, dáme un asiento
Donde tiene cimientto
Tu espléndida Atalaya en que tremola
La enseña patria al viento,
Mientras llega á enmendar mi pensamiento
Tu imágen española:
Déjame contemplar cómodamente
De tus muelles el rico panorama,
Que allí entre el movimiento de la gente
Un triste cuadro la atencion me llama.

IV.

LA PARTIDA.

Al páiro, y encendidas sus calderas
Estaba el *Saint-Nazaire* ¡dura desgracia!

¡Que para todo empresas extranjeras
Ha de necesitar la patria mia!)
En medio de la espléndida bahía,
Una helada mañana de Diciembre.
Por la alta chimenea,
Blanca columna de humo el buque lanza,
Y (el ancla á medio alzar) se balancea
Pronto á desaparecer con la esperanza
Del que en la playa está y hondo suspira,
Agitando un pañuelo á otro que mira
Agitarse por él en lontananza.
Una densa neblina
Que no osan penetrar los resplandores
Del sol naciente aún, y la ilumina
Como á través de un vidrio de colores,
La ancha ensenada cierra:
Y el verde mar en calma, salpicado
De negros masteleros,
Parece un cementerio desde tierra
De movibles sepulcros adornado,
Y elevados cipreses lastimeros:
A través de la bruma,
Como surgiendo én borrascosa espuma,

Las gigantes siluetas
De mástiles, escalas y crucetas,
En balances inquietos,
Remedan una danza de esqueletos,
Horribles, descarnados;
Que dijera un augur ser convocados
Para befar el duelo en que se afana
La pobre gente que los muelles cruza,
Celebrando el botin de sangre humana
Que el *Saint-Nazaire* encierra,
Y arrebatado á la española tierra
Va á fecundar la tierra americana.

La línea de los muelles caprichosa
Que va desde Maliaño al Sardinero
Ciñendo á Santander, y en que reposa
De palacios un lujo verdadero,
Pasmo desde la mar del navegante;
Porque más bella aquella perspectiva
Es cuanto mas distante,
Causando pena viva
Al que de ella se aleja,
Y el adios que le manda tristemente

Se parece á una queja:
Porque ese adios en lengua castellana
Es casi siempre amargo;
Un reproche parece, acaso un cargo
Que á la miseria humana,
El labio ántes riñente,
Hace del afligido adolescente:
“¡Por qué á tierra lejana,
“Quizás, dice en su mente,
“Para no volver más se me destierra?
“¡Tanto sobra la gente
“Que estoy de más en la española tierra?
Y ha de pensar tambien, sin duda alguna,
Que si una vez allí volver le es dado
Ha de ser portador de una fortuna,
Pena de ser mal visto y despreciado. . . .
Si volviese sin ella, excusa vana
Su falta de salud fuera, y de suerte.
¡El que marcha á la tierra americana,
Que oro dicen que mana,
Va sentenciado á capital ó muerte!
.
Los muelles, repetimos,

A pesar de ser hora tan temprana,
Apiñadas en grupos cual racimos,
Poblaban varias gentes
Que eran sin duda amigas ó parientes,
A juzgar por sus rostros lastimeros,
De los desconsolados pasajeros
Que lleva el Saint-Nazaire al suelo indiano:
Agitaban pañuelos y sombreros,
Y besos enviaban con la mano
En que el alma mandarles pretendian,
Al hijo, y al amigo, y al hermano.
A bordo del vapor se percibian,
Confusos y distantes,
Adioses y saludos semejantes
Que á los de aquellos grupos respondian;
Y en las brisas del mar, ecos errantes
De sollozos oirse parecian. . . !

Cuando el orgullo vano
Del hombre que adquirió saber profundo
Pretende muy ufano
Definir las pasiones de este mundo
Y conocer el corazon humano,

Entre el barco y la tierra
De buena gana á ese hombre colocara,
Para que me explicara
Lo que ese adios desgarrador encierra,
Por la madre mandado
Al hijo de su amor idolatrado
Que va á perder de vista sus montañas;
Y el adios con que el hijo corresponde,
Que aunque en el seno de la mar se esconde,
Llega á repercutir en sus entrañas! . . .
¿Qué sienten esas gentes,
Sabios *omnisapientes*,
Que la vida os pasais analizando
Causas, esencias, móviles y agentes
Que están la humanidad atormentando?
¿Sabéislo por ventura?
¿Qué lo habeis de saber! Si yo que cedo
Al afan de imitar vuestra locura,
De desbarrar sobre ello tengo miedo:
Y de ese *adios* el ansia, la amargura,
Sin embargo, me ha herido. . . .
¿Cómo si yo explicármelo no puedo,
Lo explicaré quien nunca lo ha sentido?

V.

¡YA SE VA!

Las ocho dan por fin, de la mañana,
Y á bordo del vapor, una campana
Escúchase agitar en són violento;
Percíbese de gente en la cubierta
Activo movimiento. . . .
La válvula al vapor un punto abierta
Para evitar que henchidos
Los calderos estallen
A impulso de los gases comprimidos,
De acorralada fiera
La voz entre irritada y lastimera
Parece remedar con sus bramidos:
La columna blanquizca de humo lento
Es ora negra, espesa y agitada,
Y con fragor lanzada,
Entre chispas flamígeras, al viento.
El hélice á azotar el agua empieza,

Y á las lanchas descenden con presteza
Amigos ó curiosos,
Más tiernos, y quizá mas animosos,
Que no viendo en sus penas embarazo
Fueron á dar allí su último abrazo. . . .
El estridente són del molinete
Que leva el ancla, suena
Embebiendo en sus dientes la cadena.
La cangreja al bauprés, desde el trinquete
Suelta, y la escandalosa del mesana,
Y alguna que otra vela de juanete,
La brisa empieza á henchir de la mañana.
Crujen los aparejos
Al peso de los botes que retiran,
Y en confuso rumor se oyen de léjos
Llevados por las auras que suspiran,
Voces de mando, gritos de alborozo,
Imprecaciones, cantos, que llegaban
Juntos á tierra, y al llegar formaban
El eco prolongado de un sollozo. . . .
Causaban tal rumor los marineros,
Gente curtida y dura,
Que al gemir de los tristes pasajeros

En sarcástico coro canta y jura,
Lo mismo en los adioses lastimeros
Que en alta mar si la tormenta apura:
Y ¡ay! de los pasajeros sin ventura,
Si horrible la tormenta se levanta,
Y ven que el marinero silencioso
No jura ya ni canta. . . !
¡Solo el cielo piadoso
Mudar podrá su suerte;
Porque al esfuerzo humano
Pretender ahuyentar ¡ay! fuera en vano
La imágen de la muerte!

Cuando un buque zarpaba
En tiempos, dizque, de honda servidumbre,
El "Santo Dios," de hinojos se cantaba;
Y olvidándose ha ido esa costumbre
Que aseguran que al hombre degradaba,
Para que ni eso quede por vislumbre
De cuando fué la humanidad esclava!

Por eso en alta mar y ante el naufragio,
Hoy se debe morir más dulcemente

Escuchando del alma por sufragio
Un párrafo elocuente
Del *derecho del hombre* independiente. . . .
Que más que el *Miserere* y el *Trisagio*
Eso debe valer seguramente. . . !
¿Cómo no ha de valer? Cuando en madero
O en tabla, caballero
Se mire entre el frenético oleaje
Un *espíritu fuerte*, pasajero,
Libre de servidumbre y vasallaje
Que la preocupación da á la conciencia:
¿Qué mejor ocasión anhelaría
De ostentar su sublime omnipotencia,
Y gozar de su amada autonomía?
¡Oh! Si tuviera el *código* en la mano
Y sus derechos de hombre le leyera,
Lograra convencer al Océano
De que en *toda ocasión y donde quiera*
De su destino el hombre es soberano! . . .
¡Y puede que la mar se decidiera,
Pues brillan sus tendencias socialistas,
A respetar del siglo las conquistas. . . !

¡Mísero alarde de soberbia humana!
¿Quién será quien no sienta
La voz de Dios terrible y soberana
En el rudo estridor de la tormenta?
¿Quién ante el espectáculo tremendo,
Precursor de un naufragio, habrá tan fuerte
Que ose afrontar, dudando ó sonriendo,
Con vida material, tan cruda muerte? . . .

¡La mar! la mar! Dios mio!
¿Qué es el hombre en la mar? Cuando se agita
En ímpetu bravío,
Si cual átomo eleva y precipita
Al que juzgamos colosal navío,
De movibles montañas
Subiéndole á la cumbre,
O de horroroso abismo en las entrañas
Arrojándole luego
Como juguete vil sin pesadumbre
En infantil y bullicioso juego. . . .
¿Qué será el hombre aislado en su materia,
Solo consigo mismo?
Si grande con su fé, de su miseria

Logra sobreponerse ante el abismo.
No es nunca sin esfuerzo y ruda lucha;
Que la carne mortal es egoista
Y al miedo más que al raciocinio escucha!...
¿Pues si es preciso fé que lo resista
Porque el impulso es uno, uno el deseo
Que siente del peligro ante la vista,
Cómo domarla logrará el ateo?

Hay cosas que confunden ó sublevan,
Pues faltando á la lógica inflexible,
De la ficcion los atributos llevan
Más allá de lo humano y lo posible. . . !
¡Que lo divino á remedar se atrevan
Los que hallan lo divino inadmisibile. . . !
Si no es delirio, oh Dios, del que eso quiere,
Fuerza es que mucho en tu piedad espere.

VI.

¡YA SE FUÉ!

Zarpa al fin el *Saint-Nazaire*
Que ya virando ha mostrado
La popa hácia Santander,
En gruesas letras pintado
Su nombre dejando ver.
Como un adios que consuela,
Hacen sus huellas marcar
El humo que al aire vuela,
Y la reluciente estela
Que va dejando en la mar.
¡Qué bello es el tal vapor!
¡Cuán esbelto y ágil vira!
El que ve tanto primor.
Ha de pensar que es mentira
Que allí se encierre el dolor.
Como un andaluz corcel
Que á diestra mano se aviene,

Gallardea el barco aquel;
Gira, arranca ó se contiene,
Al gusto del timonel.
Cuando vira, y rumbo cierto
Toma á la larga por fin,
Con su penacho cubierto,
Es el corcel del desierto
Suelta á los aires la crin. . . .
Y si mar contrária enfrena
Su marcha, ó recio aquilon,
Trepida, ruge y atruena
Sacudiendo la melena
Como africano leon. . . .
Por fin, con fija derrota,
Próximo á desaparecer
Entre la bruma remota,
Parece blanca gaviota
Sobre un lago, el *Saint-Nazaire*.
.
Cuando al virar, su costado
Mostró, partiendo, el vapor,
Se oyó un adios prolongado
Del buque á tierra cambiado

Con eco desgarrador;
Y cada vez que viraba
Y sus bordas enseñaba
El buque, el adios aquel,
Más doliente se escuchaba,
Más prolongado y cruel.
Y ya del habla alejados
La tierra y barco veloz,
Los adioses figurados
De pañuelos agitados
Al aire, suplen la voz.
Una expectacion ansiosa
Entre los que en tierra están,
Y una actitud lastimosa,
Solo á distancia enojosa
Pueden ver los que se van.
Luego, esa actitud inerte
Tórnase en muda atencion,
Y entre un silencio de muerte
Solo el murmurio se advierte
De entrecortada oracion!

.
.

¡Pobre gente, pobre gente!
Cuando el vapor impaciente
Era ya un punto en la mar,
Más perceptible y ferviente
Su oracion hizo escuchar;
Mas cuando el humo y la entena
Del barco perderse ve,
¡Ay! cuán terrible su pena
Estalla, y el grito suena,
De ¡ya se fué! ¡¡ya se fué!!

CONCLUSION.

Tras del mas animoso, indiferente,
O el más sensible acaso,
Que no siempre el primero
Se marcha ante el dolor quien ménos siente,
Fuéronse dispersando á lento paso,
Turbios los ojos y aire lastimero,

Los grupos que formaba aquella gente.
Solo uno al fin quedaba, y se diría,
Segun el dolor mudo que mostraba
Y la actitud inerte en que yacia,
Que el alma el *Saint-Nazaire* le arrebatava.
Tres personas el grupo aquel contaba:
Una de pié, con negra vestidura,
Ligeramente encorva
Su delgada cerviz y alta estatura. . . .
Otra, de un recio montañés fornido:
Baja la frente y la mirada torva,
Del muelle sobre el bordo
Más que sentado, está medio tendido,
A cuanto pasa, en apariencia, sordo,
Indiferente, mudo y distraído;
Mas de disimular en vano trata
La pena que su pecho desbarata;
Que si la frente baja retraído
Es por no demostrar húmedos, rojos,
E hinchados de llorar los turbios ojos.

A su lado sentada,
Contra un guardacanton la faz apoya,

En lágrimas bañada,
Y en actitud del que implorando gime
Un consuelo que el mundo no le presta,
Y que la fé tansolo le redime
De la exasperacion que el pecho oprime
Cuando en el mundo yá nada le resta,
Está una labradora,
Que de hidalgo solar, aunque señora,
El traje de la aldea vestir gusta
Más que el de ciudadana:
Negro corpiño de velludo ajusta
Su talle de matrona castellana,
Comprimiendo su seno levantado
Merced á la cotilla que se cierra
Con un cordon de herretes adornado,
Y que un honesto chal de seda cubre;
Pendiente de su cuello, circundado
De rojas gargantillas de corales,
Un relicario de oro se descubre
Que un *Lignum crucis* guarda, y muy cabales
De siete dieces prende el relicario
Un brillante rosario
Que sobre el seno á relucir destaca

Una pequeña cruz de Caravaca.
El *zurito*, ó blanquísimo pañuelo
Que anuda á su cabeza,
Deja colgar con gracia y gentileza
Las dos hermosas trenzas de su pelo
Prendidas con desgaire á la cintura,
Porque si nó arrastraran por el suelo:
Una estrecha chaqueta,
Que es de invierno tansolo vestidura,
Y de alepin de lana oscura saya
Sobre otro par de sayas de bayeta,
El vestido completa
Capaz allá en la aldea de hacer raya;
Pero que en Santander no está de moda,
Y nadie al que le viste da importancia,
Porque allí ya mas traje no acomoda
Que aquel que visten en la culta Francia.

El que estaba de pié, de alta estatura
Y en cuyo traje se revela un Cura,

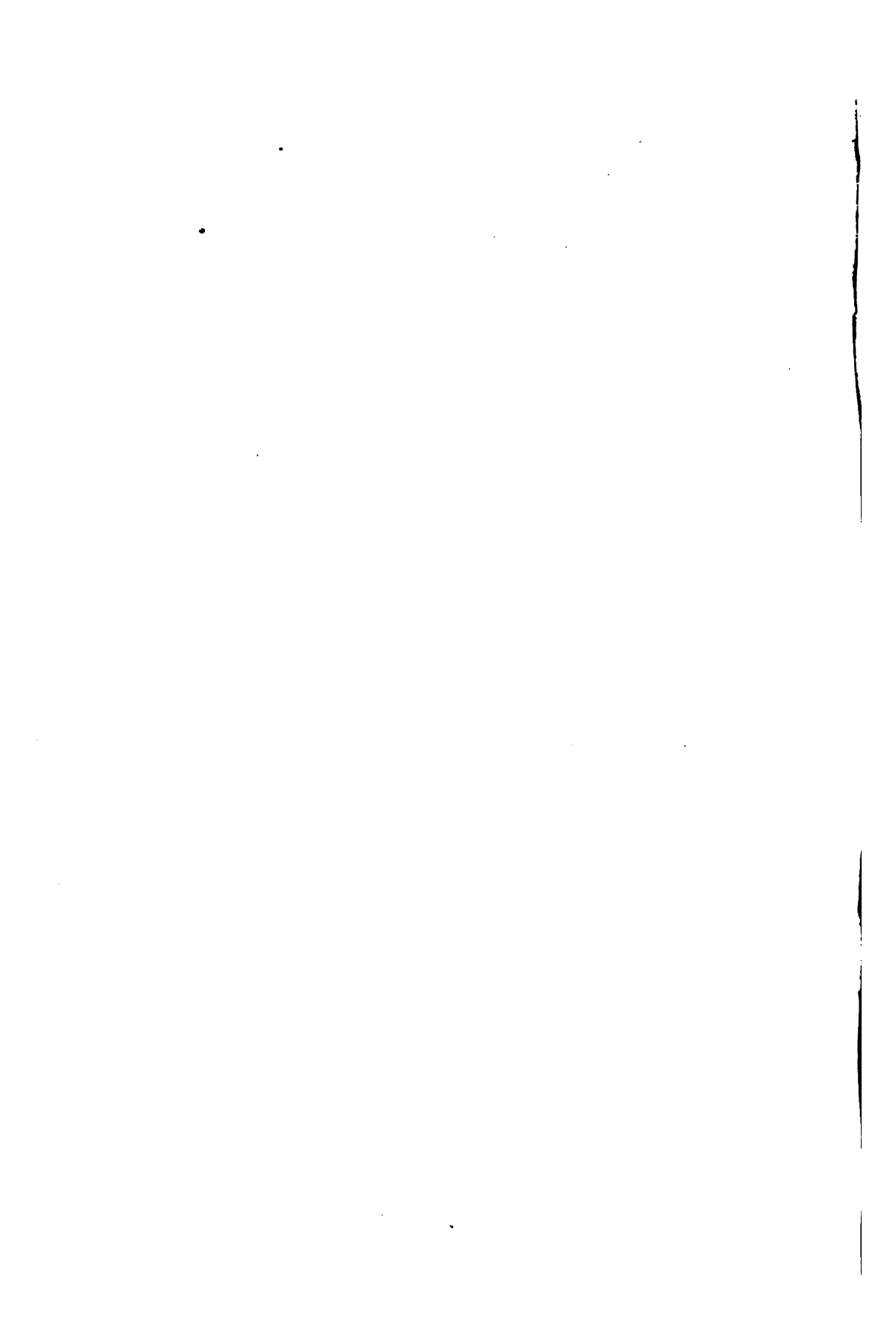
Con estridente voz así decía
A los dos afligidos aldeanos:
“¡Alma fuerte, Pascual! Calma, María!
“Basta de llanto ya ¿no sois cristianos?
“Pues por amor de Dios sufrid la pena,
“Ya que Dios hecho Hombre,
“Por nuestra redencion sufrió la ajena:
“Venid, pues, á invocar su augusto nombre;
“Y ya que del embarque con la prisa
“Se nos marchó Ramon sin oir antes
“El Santo Sacrificio de la Misa,
“Venid por él á oirle, y suplicantes,
“Más que de vuestra pena preocupados,
“Que Dios al fin os manda,
“Quizá por vuestras culpas y pecados,
“Pedidle al cielo amparo y patrocinio
“Que es lo que ya Ramon solo os demanda,
“Lanzado del azar bajo el dominio
“En el mar proceloso,
“Para que libre y salvo de tormentas
“Toque el suelo de América dichoso. . . .
“Por lo que toca á ustedes, serán cuentas
“Que arreglarán con Dios más largamente:

“Pedidle que os perdone, sin embargo,
“Los cargos que le haceis injustamente;
“Que el que en su mal influye
“Y se queja despues en duelo amargo,
“Hace muy mal si el cargo
“De su dolor al Cielo le atribuye.

Contrito el corazon, baja la frente,
Levantóse Pascual, y al noble Cura
Fuéle á besar la mano, reverente,
Con religiosa, humilde compostura.
María, del dolor la copa apura,
Pero á la invitacion cede obediente:
Se trata de pedir á Dios amparo
Para aquel hijo de su amor ausente,
Más que su vida caro;
¿Cómo á esa invitacion poner reparo?

Poco rato despues, con fé sincera,
Y en un templo de allí poco distante,
La plegaria más tierna y lastimera
Elevaban con voz agonizante,
El alcalde Pascual de la Coterá
Y su mujer María Bustamante;
Y el Cura Mantecon les repetía:
“¡Alma fuerte, Pascual! Calma, María!”

FIN DEL CUADRO PRELIMINAR



EL ESPAÑOL EN AMERICA.

POEMA SOCIAL

POR MANUEL PEREZ DIAZ.

**Esta obra y el cuadro preliminar que antecede, son propiedad del autor,
y no pueden reimprimirse sin su permiso.**

PRÓLOGO.



A historia de España en America es una historia de prodigios. Desde la inmortal hazaña de Cristóbal Colon hasta la mas oscura empresa del español más humilde en el Nuevo Mundo, todo tiene un sello indefinible de grandeza, todo parece obra de un destino asombroso. Los grandes hechos del mundo antiguo, conquistas, colonizaciones, fundacion de imperios, creacion de sociedades; todo aquello que parece colosal y maravilloso, puesto que para ejecutarlo no bastaron los héroes, sino que fué preciso inventar los dioses; todo es pequeño comparado con lo que hicieron los españoles en America. De aquello no queda apénas

memoria ni vestigio, y esto es eterno como el mundo que le sirvió de teatro. Pueden cegarse las fuentes de nuestra historia en estas regiones; pueden quemarse los archivos de Madrid y Sevilla, de México y del Perú; pueden venir cataclismos que destruyan sus páginas de piedra y reduzcan á polvo los monumentos hispano-americanos: mientras duren los pueblos de America que hablan el idioma y tienen las costumbres de España, ellos serán páginas vivas é inmortales de aquella magnífica historia.

Ábrese con un hecho y un nombre que llenan el mundo con sus resplandores perdurables, y prosigue con otros nombres y otros hechos que serán por siempre hechizos de la fama y preseas de la gloria: el descubrimiento y el descubridor, los conquistadores y las conquistas, Cristóbal Colon y los Pinzones, Alonso de Ojeda y Nuñez de Balboa, Ponce de Leon y Hernando de Soto, Hernan Cortés y Francisco Pizarro. . . . ¿Dónde está la historia que cuente proezas tan colosales, ni la fábula que se adorne con tales maravillas? Las leyendas orientales, los cuentos mitológicos, los viajes de los fenicios, la expedición de los argonautas, las más increíbles invenciones de la fantasía griega, se quedan muy atrás de aquellos héroes de valor sublime y de aquellas expediciones de audacia y grandeza inconmensura-

PRÓLOGO.

bles. Seguidlos con la imaginacion, y el asombro os fatigará el cuerpo y el espíritu como si realmente los acompañárais en sus titánicas empresas. Adivina Colon el Nuevo Mundo y le descubre; y en seguida sus compañeros y sucesores lánzanse impávidos á la inmensidad del Océano, luchan con sus tempestades, arriban á playas desiertas, penetran en regiones desconocidas, y plantan la cruz al pié del Ohimborazo y del Popocatepetl, á orillas del Amazonas y del Misisipi, en las pirámides de los aztecas y en los templos de los incas; y en pocos años no queda un palmo de tierra, desde el Oregon hasta el Cabo de Hornos, donde no flote el símbolo de la civilizacion cristiana.

Menos brillantes y menos épicos que las hazañas de las conquistas, pero no menos dignos de admiracion para los hombres pensadores, fueron los trabajos de colonizacion y organizacion que siguieron á ellas. Medio siglo les bastó á aquellos hombres para crear en el mundo recién descubierto, todas las industrias y todas las artes que en lo moral y material constituían la grandeza y esplendor de la vieja Europa; para levantar ciudades, hacer caminos, abrir escuelas y colegios; para perfeccionar la agricultura y la minería, asentar las bases del comercio, dar principio á la cria de ganados; para establecer en fin

el orden civil y religioso, económico y administrativo de las nuevas tierras. Dos siglos después, ya era la América Española la admiración y la envidia del mundo por sus ciudades de palacios, por sus colosales monumentos, por sus establecimientos científicos, literarios y artísticos, por la explotación, en fin, de sus inagotables riquezas agrícolas y minerales. Pocos años más tarde pudieron las magníficas colonias ser pueblos independientes.

Los hombres de Estado, los legisladores, los fundadores de colonias, los creadores de sociedades en grande y en pequeño, hasta los simples oficinistas, podrán comprender cuánto tuvieron que trabajar en España y en América, los hombres de la metrópoli y los de las colonias, para hacer lo que hicieron en el espacio de tres siglos. Lo dicen los archivos de los vireinatos y gobiernos, que hoy son archivos nacionales de las respectivas Repúblicas, y de ello han dado testimonio Humboldt y otros sabios viajeros que visitaron la América Española poco antes de su independencia.

Hecha esta, no por eso perdieron estas espléndidas comarcas el mágico atractivo que siempre tuvieron para los españoles, y estos han venido y siguen viniendo á ellas en busca de aventuras. No son ya las aventuras caballerescas que fueron el encan-

PRÓLOGO.

to y la gloria de nuestros padres, sino otras más conformes con el espíritu del siglo, con las necesidades de estos pueblos, y con los designios providenciales, que quieren que la Europa siga ministrando todavía su contingente de inteligencias y de brazos á la America, para que esta alcance sus grandes destinos. Buscan en ella los españoles la fortuna por medio del trabajo, de la honradez y de la perseverancia, desmontando bosques, limpiando eriales, cultivando tierras, beneficiando minas, montando fábricas, abriendo y explotando, en fin, todos los ramos del comercio y de la industria, y todas las fuentes de riqueza: y de este modo realizan, sin apercibirse de ello y sin plan preconcebido, una de las más fervientes aspiraciones de los pueblos americanos: su engrandecimiento y sus progresos por medio de la inmigracion.

Así pues, la historia de España y de los españoles en America, despues de haber sido una historia magnífica, una historia de milagros, es ahora y siempre una bella y honrosa y ejemplar historia.

A pesar de esto, no ha habido otra mas duramente censurada, ni mas impianamente combatida, ni mas malignamente tergiversada; y lo peor es que lo ha sido por los que mas inmediatamente gozan el fruto de los hechos que en ella se refieren y participan de la gloria de sus autores.

En efecto, los hijos y descendientes de los españoles; los que por ellos, y solo por ellos, nacen y crecen en tierra americana; los que se enorgullecen de poseer los grandes monumentos de la civilización que son su gloria y que manos españolas construyeron; los que tienen á dicha ser americanos, y no lo son sino porque los españoles sus padres vinieron á darles el sér en estas regiones; esos son precisamente los que más se han ensañado en aquella obra, los que por una contradicción monstruosa y por una aberración inaudita, maldicen el hecho y denigran á los autores de aquello mismo que forma su dicha y su orgullo.

Aunque la luz del siglo, los progresos de la civilización y otras circunstancias, han disipado ya gran parte de esas preocupaciones, todavía quedan algunas reliquias de ellas: todavía la historia de la civilización de estos países no es en ellos bien comprendida y apreciada, ni se hace plena justicia al gran pueblo que trajo la civilización al Nuevo Mundo; ni se tributa el homenaje que es debido á los hombres extraordinarios que en alas del genio y de la gloria vinieron un día á estas regiones y dejaron impreso en ellas el sello de las virtudes de su poderosa raza al lado de todas las magnificencias de la naturaleza. ¡Todavía, aunque pocos y muy contados los que

maldicen y desprecian á España, hay algunos en la America Española!

Por esta razon, todo lo que se escriba, todo lo que se diga y haga para vindicar la verdad y volver por los fueros de la justicia, merece los aplausos de los españoles y es digno de la gratitud de los americanos, pues tiene por objeto poner á sus padres y colocar su claro origen en el lugar que les corresponde.

Tal es el fin que se ha propuesto el Sr. D. Manuel Perez Diaz escribiendo el poema que hoy sale á luz con el título de **EL ESPAÑOL EN AMERICA**. En él describe, con la profundidad de filósofo y la galanura de poeta, la grandeza inmortal de la conquista, los trabajos colonizadores de tres centurias, los prodigios de inteligencia, de energía y perseverancia que desplegaron los españoles para crearlo todo en estas vastísimas comarcas; y deteniéndose principalmente en lo que pasa en el dia por ser este el objeto especial de la obra, pinta con admirable exactitud los esfuerzos modestos, oscuros, ignorados, y muchas veces mal correspondidos, con que los hijos de España prosiguen todavía hoy en este Nuevo Mundo la obra de sus padres.

Los lectores han visto ya el cuadro que precede al poema; cuadro palpitante de interes y de verdad,

que no sé yo por qué no habria de formar parte del poema mismo, puesto que en él nace realmente el protagonista, dándose á conocer los primeros pasos del ente imaginario, copiado no obstante del natural, que ha de ser *español en America*. Tendria, pues, ese cuadro un derecho tanto mas indudable á ser el primer capítulo de la obra, cuanto que no hay en ésta un plan fijo, ni una accion concreta ni un desenlace, sino que es una serie de otros cuadros donde aparece el protagonista en diferentes situaciones, pintadas todas con gran verdad y abundante colorido. El autor, sin embargo, ha querido que eso no sea sino un simple preliminar; y yo respeto su determinacion con tanto mayor gusto, cuanto que ella ha venido á simplificar mi trabajo en este prólogo, ahorrándome la tarea, muy grata para mí por otro lado, pero har-to incompatible con mis tareas cotidianas, de señalar los puntos que dieran cabal idea de la obra.

El prólogo verdadero, el incitante manjar que produce ansia irresistible de devorar el poema, es el cuadro preliminar. ¡Le habeis leído? ¡Habeis visto esa aldea, esa casa, ese cura y esa familia de nuestras montañas? ¡Habeis visto á ese muchacho arrancado del hogar para enviarle á las Indias? ¡Habeis contemplado la obstinacion del padre alucinado, las lágrimas de la madre desolada, aquella partida

PRÓLOGO.

dolorosa, aquel barco que se aleja, aquel adiós que parece eterno? ¿Os habeis conmovido con aquellas escenas desgarradoras, y han palpitado vuestros corazones de entusiasmo con los dulces recuerdos de la patria y de la familia, tiernamente evocados por los mágicos acentos del poeta?

Pues no tengo más que deciros. El mismo pincel que ha pintado eso, va á presentar ante vuestros ojos en otros cuadros llenos tambien de vigor, de movimiento y de vida, las tristezas, las angustias, las tribulaciones sin fin que torturan el alma del español en America.

El cuadro preliminar es la bella portada del edificio en que van á entrar los lectores.

Da principio el poema con una tierna dedicatoria del autor á su hijo Gonzalo, con quien habla constantemente en todo el curso de la obra; y con decir esto, excusado es añadir que no hay en ella una palabra, ni una frase, ni una idea, que no sean dignas del amor de un padre á su hijo.

En esta forma que adoptó el poeta, están netamente revelados los sentimientos de España para los pueblos del Nuevo Mundo que le deben el sér, y los de los españoles para los hijos de estos pueblos.

Estos sentimientos, que al lado de muy sentidas y justificadas quejas constituyen el fondo de la obra,

están de varias maneras expresados en muchos lugares de ella. Dice, por ejemplo, en uno:

¿A qué padre desagrada
La grandeza de sus hijos?

y este mismo concepto se encuentra repetido con otras palabras en diferentes pasajes del poema, sin duda para impedir que se interpreten mal los gritos de dolor y aun de despecho que arrancan al corazón del poeta las decepciones y las ingratitudes que atormentan sin cesar á su protagonista.

En la bellísima Invocación á México, hay pensamientos deliciosos expresados con formas hechiceras. Dice el poeta que aquí encuentra en todo y por todas partes la imagen de la patria ausente, y que además de esto, es el país

“Donde me amó mi María,
Donde nació mi Isabel.”

Tiernas y dulcísimas frases del padre y del esposo, que pueden repetir con el autor del poema, miles de compatriotas suyos que han creado una familia en esta República ó en las demás de la América Española.

PRÓLOGO.

En esta America, donde se ven por todas partes

“Las pisadas de Cortés
Y las huellas de Pizarro,”

como dice en otro lugar nuestro poeta, hay para el español recuerdos magníficos que no pueden menos de halagarle, aunque no deban desvanecerle. Píntalos con mano maestra el Sr. Perez Diaz; y al pensar que esos recuerdos de gloria debian serlo tambien para los hijos de America, puesto que proceden de hechos heróicos de sus mismos padres, pregunta con viveza:

¿Cómo olvidarse de España?
¿En qué su recuerdo daña?
¿En qué su memoria hiere?

La mayor parte del poema está consagrada á pintar la tristísima situacion, la situacion verdaderamente desesperada del español en America, oyendo sin cesar injurias á su patria y á su nombre, siendo objeto de odio y escarnio en pago de sus afanes generosos, y temiendo que sus mismos hijos le miren con desprecio. Vivísimos son los colores de esa pintura, y á veces pueden parecer exagerados, como sugeridos por una imaginacion exaltada, y propios,

además, del lenguaje ardoroso de la poesía. Por lo demás, todo eso se refiere sin duda al pasado, no pudiendo ser al presente, porque ya esas preocupaciones han desaparecido. Hubo un tiempo en que fueron generales en la América Española, y aun pasaron por señales de patriotismo, de amor á la libertad y á la independencia. Ellas invadieron al principio á todas las clases sociales; refugiáronse despues en ciertos bandos políticos que hasta las pusieron por lema en sus banderas. Hoy no se dejan ver, y eso de tarde en tarde, sino en algunos individuos aislados, que no conocen la historia ni el espíritu del siglo en que vivimos. La luz de este siglo ha disipado esas preocupaciones como dije ántes.

Volviendo al asunto principal del poema, hay en él un pasaje verdaderamente conmovedor á propósito de las penas que amargan la vida del español en el Nuevo Mundo. Casi siempre se empeña en que sus hijos sean mas ilustrados que él; hace esfuerzos y sacrificios por darles una educacion esmerada; los mima, los ensalza, los adula; y aludiendo el poeta al pago que suelen darle, dice entre otras cosas:

“ Puede ser que el hijo impío
 A quien dió, necio, importancia,
 (Tú no eres así, hijo mio)
 Le afrente con su desvío,
 Le humille con su arrogancia.”

PRÓLOGO.

Ese paréntesis (tú no eres así, hijo mio,) es bellísimo por su sencillez y por su ternura, y es además la revelación de una idea que puede servir de lección provechosa. Todos los españoles que tienen hijos en América, deben portarse de modo que puedan decirles lo mismo, so pena de ser unos padres abandonados é imbéciles.

Para concluir con el pensamiento del poema, conviene tener presente, que si acaso puede ser en algunos puntos mal interpretado, no es la intención del autor, sino la exaltación del lenguaje poético lo que daría lugar á malas interpretaciones. Así, por ejemplo, cuando habla de las luchas de los partidos en México, no lo hace por tomar parte en ellas, ni para que la tomen sus paisanos, sino para lamentarse de que en esas luchas se haya hecho representar muchas veces al nombre español un papel inconveniente. Así también, cuando lamenta el desdén con que algunos han visto el elemento español en estos países, no es que pretenda para él una influencia injustificada, sino que aspira á que no sea denigrado en ellos el elemento que los civilizó y echó los cimientos de su grandeza. El autor del poema no quiere ni puede querer para los españoles de México y del resto de la América Española, un papel que no sea digno y propio de huéspedes pacíficos,

honrados y trabajadores, que continúan aquí individualmente y en pequeño la grande obra de sus padres, en provecho propio, es verdad, pero realmente más en provecho de los pueblos en que viven y trabajan.

Debo advertir que en los pasajes citados del poema, no ha sido mi ánimo presentar ejemplos de las bellezas literarias que le adornan, sino algunos testimonios del pensamiento que en él domina. En cuanto á las bellezas literarias, sobre ser difícil elegir entre las infinitas que encierra, ya indiqué que la publicacion anticipada del cuadro preliminar, me eximia de hacerlo, puesto que él es la revelacion de las formas gallardas de la obra. No pueden serlo más las que se encuentran en la Invocacion ya citada á México, en el canto á España, en la erudita excursion por su historia, y en todos los capítulos del poema, donde el autor ha derramado los tesoros de su rica y exuberante fantasía. Todo él revela un excelso núnmen poético, una facilidad admirable para versificar (perjudicial á veces para la correccion), un asombróso poder descriptivo, y esa gracia en el decir, que solo es dada á los que tienen inspiracion verdadera. Todo él rebosa, ademas, en pensamientos nobles y generosos, en afectos dulces y tiernos, en arranques de un corazon honrado y

PRÓLOGO.

en explosiones del más puro y acendrado patriotismo.

Con tales condiciones de pensamiento y de forma, con tener un título tan simpático para los españoles que viven en America, y con estar éste admirablemente bien desempeñado, era de esperarse que el poema del Sr. Perez Diaz, encontrara, como ha encontrado ya, la más entusiasta acogida entre los que residen en esta república. Es un tributo de justicia al mérito de la obra, que seguramente será imitado en otras partes.

He llegado (puesto que debo apresurarme á concluir para no fastidiar á los que esto lean), he llegado al trance fatal que tiene para mí este prólogo. Quisiera evitarle como un cáliz de amargura, pero no puedo, porque la conciencia no me lo permite. Tengo que decir algo que no es conformidad, sino disentimiento, y esto me acongoja. He pedido ya perdon al autor del poema, y él con su característica bondad me le ha concedido. Se le pido ahora á sus innumerables lectores, y espero que tambien me le concederán en gracia de la noticia que voy á darles, agradable sin duda para la mayor parte de ellos.

La noticia es que el poema del Sr. Perez Diaz tiene cosas con las cuales no puedo yo estar de acuerdo.

Todo el mundo sabe cuál es mi modo de pensar sobre las delicadas cuestiones que en él se tocan. Yo creo que para defender la historia de España en América y combatir las preocupaciones hostiles al nombre español, no solo no es necesario, sino contraproducente, lastimar y herir á los preocupados. Las palabras duras, los arrebatos, las violencias, pueden servir de desahogo á la indignacion que producen en nuestro ánimo esas preocupaciones; pero sirven tambien para enardecerlas, y nuestro fin debe ser extirparlas. El médico no se enoja con los enfermos á quienes cura, sino que los acaricia cuanto puede, y hasta les oculta el bisturí si tiene que hacerles operaciones dolorosas. Los preocupados no son sino enfermos del espíritu, que necesitan iguales miramientos.

No digo esto con la pretension de convencer á nadie: sé bien á qué atenerme en este punto, y resignado estoy á permanecer solo en él hasta la muerte, despues de haberle sacrificado cuanto hay de sacrificable en la vida. Lo digo únicamente para cumplir un deber de conciencia como indiqué antes, y para que nadie crea, viendo que hago justicia á la obra, que apruebo tambien lo que hay en ella contrario á mi modo de ver las cuestiones hispano-americanas. No lo apruebo; pero como al mismo tiempo respeto profundamente el criterio del autor y de los

PRÓLOGO.

que han de leer su obra, no creo pedir mucho al pedir que el mio sea tambien respetado.

Contiene ademas el poema (y aquí vienen otros reparos míos, que para muchos serán nuevas recomendaciones), contiene algunos hechos que me parecen inexactos, ideas y apreciaciones que en mi concepto no son acertadas ni justas. Hablando, por ejemplo, de los Estados-Unidos, dice que ellos fomentan en México la persecucion religiosa; y lejos de ser esto exacto, todo el mundo sabe que en aquel país el sentimiento religioso es tenido en profundísimo respeto, que la libertad de conciencia es allí una verdad, y que allí encuentran siempre amparo y refugio los perseguidos por causa de religion en otras partes. No son tampoco justas las durísimas calificaciones que del pueblo americano se hacen en el poema, considerándolo como enemigo implacable de España; porque la verdad es que aquel pueblo nos ha hecho casi siempre mas justicia que ningún otro, y que sus historiadores, sus literatos, sus novelistas y sus poetas, han hecho más que los españoles mismos para ilustrar algunos de los más brillantes periodos de nuestra historia patria, y especialmente el periodo brillantísimo de nuestra historia de America.

En otro orden de ideas, hay en el poema algunas

que debo tambien citar aquí, no para combatir las, ni siquiera rectificarlas, sino para decir simplemente que no son las mias. Hay, por ejemplo, duras invectivas contra la razon, y yo tengo para mí que Dios nos la ha dado para hacer buen uso de ella, no para maldecirla ni despreciarla. Hay algo contra la tolerancia, y creo yo que esta es una de las mas preciosas bendiciones del cielo. Hay, en fin, críticas acerbas del siglo en que vivimos; y yo, despues de meditar mucho sobre las revoluciones y mudanzas, providenciales todas, por que ha pasado la humanidad, tengo el convencimiento de que el siglo presente no es peor, sino mejor que ninguno de los siglos pasados, incluso aquellos que más brillan en la historia.

Voy á concluir con dos palabras, y gracias á Dios que concluyo.

A pesar de esto que acabo de decir, **EL ESPAÑOL EN AMERICA** es una produccion hermosa, que hace grande honor al talento y al corazon del Sr. Perez Diaz, á su vena de poeta y á sus sentimientos de patriota; y creo que nada se ha escrito hasta hoy en America, que mejor despierte en el corazon de los españoles la fé y el candor de sus años inocentes, la dulce memoria de sus hogares, los santos recuerdos de la patria y de la familia.

PRÓLOGO.

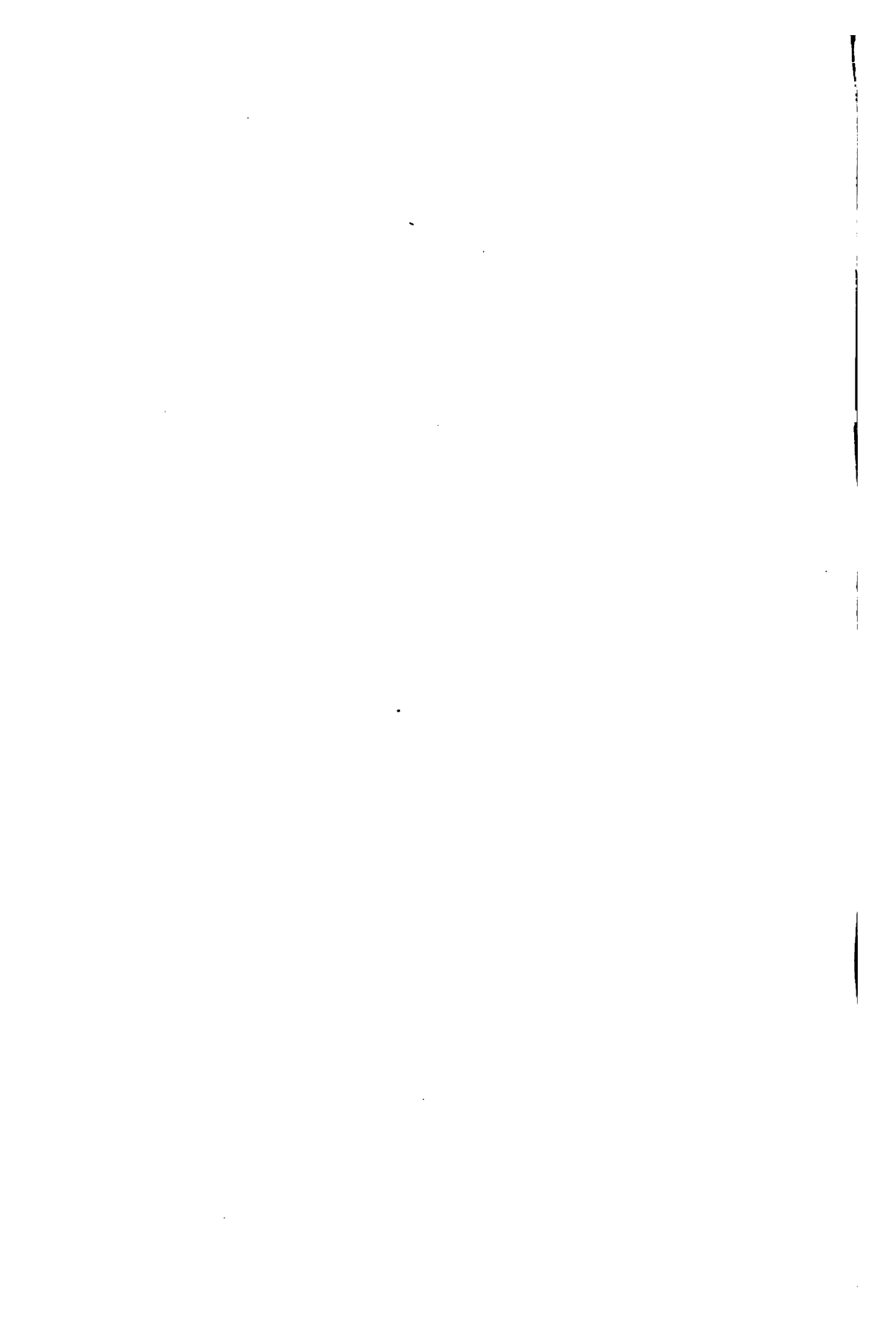
Cordialmente felicito por ello á mi amigo, que afortunadamente lo es para que pueda perdonarme la poca gracia de este prólogo.

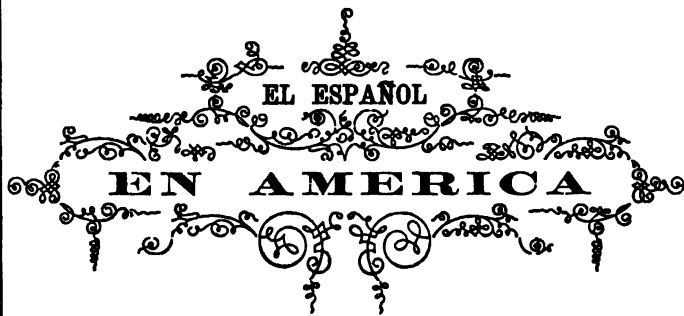
Y Dios bendiga su trabajo, como lo merece por la pura intencion y el indisputable talento con que está escrito.

México, Marzo 4 de 1875.

Anselmo de la Portilla.







EL ESPAÑOL
EN AMERICA

A MI NIÑO GONZALO.

INTRODUCCION.

Rapaz, estás hecho un mozo;
Y aunque eres de edad temprana
Ya apunta á tu labio el bozo,
Y en saber nadie te gana
Porque eres de ciencia un pozo;

Me gusta tu señorío,
Como hay Dios, y modo grave;
Mas no me gusta, hijo mio,
Ese que afectas desvío
Por quien ménos que tú sabe,

Porque, á la verdad, me igualo
A quienes eso provocan:
Yo sé bien poco, Gonzalo,
Y si no saber es malo,
Las generales me tocan.

Mi sociedad, mis amigos
De mi estofa y de mi laya,
Son de tu desden testigos:
Pues mira, esos enemigos
En otra escuela hacen raya.

No saben latin ni griego,
Ni frances, ni andan de moda,
Ni son cultos, ni es su juego
Ese estilo palaciego
Que á tí tanto te acomoda:

INTRODUCCION.

Ya se ve, si ellos la ciencia
No hubieron por privilegio:
Fué su mentor la experiencia,
Su estímulo la conciencia,
Y el trabajo su colegio.

Mas con tal traza y pelaje
Que seducir no pretende,
Se han provisto de un linaje,
De una ciencia y de un lenguaje
Que el mundo acata y comprende.

Filósofos sin manía
Y sin arte, si los llama
El arte á cuentas un día,
La misma filosofía
Tendrá que sellar su fama.

Su innata delicadeza,
Su instinto que nunca miente,
A través de su rudeza
Les indica con certeza
Lo justo y lo conveniente.

Gente es que dará á un letrado
Cartilla en la vida práctica:
Aunque su fondo es honrado,
Los desengaños le han dado
De saber vivir la táctica.

Y vive cual le compete,
Sin pretensiones banales
De aquel que el rango somete
Al cortesano ribete
O al lienzo de sus pañales.

No por ser así rehuye
A la social conveniencia;
Si del ridículo huye,
Por guardarla contribuye
Con su caudal y experiencia.

Ejemplo tú: cuando en tí
Aplauden los rasgos bellos
De la instrucción que te dí,
¿A quién lo debes? á mí,
Más topo que muchos de ellos.

INTRODUCCION.

Porque si materialmente
Yo no te dí esa instruccion,
Supe formar cuerdamente
Primero, tu corazon;
Despues, tu gusto naciente.

Y para sin traba alguna
Llevar tu instruccion al cabo,
Antes de verte en la cuna,
Trabajé como un esclavo
Por labrarte una fortuna:

Y te dí una posicion
Que honra y saber acreditan:
Aquí no hay otro blason,
Y esos solos expeditan
Cualquier noble aspiracion.

Bien conoces, hijo mio,
Esta verdad, pues la tocas;
Y así hacen todos, te fio,
Con excepciones muy pocas,
Los que sienten tu desvío.

No te culpo enteramente
Ni reprenderte pretendo,
Que tu criterio naciente,
Sin querer está en tu mente
A cierto influjo cediendo.

Hánte dicho, y no me espanto,
Tal vez cuando das abrigo
De patria al cariño santo,
Que el padre que te ama tanto
Es de tu patria enemigo. . . !

Que él y los suyos, ¡pardiez!
Con humos dominadores
E incorregible altivez,
De huéspedes á señores
Quieren pasar otra vez:

Que su influjo insoportable
Hace el progreso imposible
Y el retroceso inmutable:
Que su orgullo es insufrible,
Su carácter, insociable;

INTRODUCCION.

Su franqueza, vanidad
Con la que humillar pretenden
Al mérito en sociedad:
Que si hacen favor ofenden. . . !
Así te han dicho, ¿ es verdad . . . ?

Que habrán agregado infiero
La crónica ¡ audaz patraña!
Del atroz dominio ibero,
Y el atraso lastimero
Te habrán pintado de España. . . !

En fin, aunque tu cordura
Se resista á la certeza
De toda esa atroz pintura,
La duda que á obrar empieza,
Tu proceder asegura

Por tu cariño escudado
Gozo tu respeto yo,
Tu obediencia y tu cuidado:
Pues si eso yo te he inspirado,
¿ Por qué mis paisanos no ?

¿Qué observas de diferencia,
Cuando con ellos acudes
Y los tratas con frecuencia,
Si iguales son en conciencia
Nuestros vicios y virtudes. . . ?

¡Ay Gonzalo, que yo pienso
Que á la fatal descripcion
Sin querer has dado asenso,
Y estás en peligro inmenso
De perder tu corazon. . . !

Así la pasion empieza:
Se desconfia, y la duda
Asalta nuestra cabeza;
Y si al corazon no escuda
Poderosa fortaleza,

Y vana contrariedad
Por acaso se interpone,
La irritada vanidad,
Que incurre en debilidad
Si cede un punto, supone:

INTRODUCCION.

Y así con celo imprudente
Empeñado el corazon
En una lucha inclemente,
La duda que hubo en la mente
Llega á insensata pasion!

Ese dulce sentimiento
Que amor de patria se llama,
Si respira odio sangriento
E intolerante ardimiento,
Se prostituye, se infama. . . .

Y yo no quiero, hijo mio,
Que fatal inexperiencia
Te lleve á tal desvarío;
Por eso no contrarío
Con acritud tu creencia.

Tal vez si no interesara
Tanto á tu felicidad,
Prenda á mis ojos tan cara,
De tal cuestion te librara
Que es enojosa en verdad:

Pero ya en gérmen la idea
Te preocupa, y es malo
Que en tu edad el mundo vea
Que ya aborreces. . . . ¡Cuán fea
Es esa nota, Gonzalo!

A tu edad, solo ilusiones
De dicha sentirse deben:
A impulso de otras pasiones
Tan solamente se mueven
Los gastados corazones.

Y es triste en edad temprana
En que todo nos sonrío
Y el porvenir nos allana,
Sufrir que duda tirana
El corazon nos enfrío.

¡Es triste, triste en verdad,
Vida que así se inaugura
Presa de horrible ansiedad,
Sintiendo la adversidad
Sin conocer la ventura. . . !

INTRODUCCION.

Por librarte de esa suerte,
Amor y deber me imponen
De tí mismo defenderte. . . .
Los cielos me proporcionen
La ciencia de convencerte.

Es mi saber bien escaso
Y bien mezquinas mis luces;
Mas si bien en este caso
Mis sentimientos traduces,
Airoso saldré del paso.

Como Dios me dé á entender
Seré explícito contigo:
Vas, por fin, á conocer
Al padre que te dió el sér,
Que más que padre es tu amigo,

En todas las condiciones
De su vida y procedencia;
Su índole y aspiraciones,
Y lo que en estas regiones
Significa su presencia.

Por fortuna, yo he formado
Tu carácter, y el amor
A la verdad te he inspirado:
Voy, pues, á vencer tu error,
En la verdad apoyado.

Fiel narrador imparcial,
Más que en mi saber, confío
En mi franqueza, y leal
Diré cuanto bien y mal
De mí presumo, hijo mio

Y al conocerme, házte cuenta
De que, con rara excepcion,
Mi individuo representa
Toda esa grey que atormenta
Con dudas tu corazon:

Mi procedencia, mi historia,
Símil de las tuyas es;
Comun el baldon ó gloria,
Y la igualdad es notoria
En genio, gusto é interés.

INTRODUCCION.

Por tal razón, y otras más
Que no faltan, si es severo
El juicio que á formar vas,
O benigno, cual lo espero,
No me lo digas jamás:

Siente y obra en consecuencia,
Que yo á que atenerme sé;
Honra ó maldice en conciencia,
Que yo fingida indulgencia
De tí nunca aceptaré.

.
.
.
.
.

No por eso he de quererte
Ménos, no, Gonzalo mio;
Yo lamentaré la suerte
Que con extraño albedrío
Sér de mi sér quiso hacerte.


Y haré cuenta, en conclusion,
Pues dí mi patria al olvido
Y en ella á toda afeccion,
De vivir sin corazon
Como sin patria he vivido!





PARTE PRIMERA.

**REPRESENTACION SOCIAL, POLÍTICA Y CIVIL
DEL ESPAÑOL EN AMÉRICA.**



Lo que tengo te doy, y más te diera
Si darte más mi voluntad pudiera:
Si así de amor la deuda satisfago,
¿Por qué cobro en desdén tan duro pago?

I.

SU ORIGEN.

De alguna ruda montaña
Donde por moral se entiende
Fé, trabajo, odio al que engaña,
Que en la tradicion se aprende
Y en el ejemplo se entraña;

Donde el regalo no enerva,
Y el ocio no prevalece;
Donde puro se conserva
Vigor que al alma preserva
Y al corazón fortalece

Contra mezquinas pasiones;
Adonde, con fé profunda,
En gloriosas tradiciones,
De nobles aspiraciones
El espíritu se inunda;

De allí, para este Hemisferio,
El hijo de España sale
Comunmente, y su criterio,
Si no su edad, lo que vale
Le revela sin misterio.

Lánzase al mar atrevido
En diminuto bajel
Que por barato ha elegido,
Y un trato duro y cruel
Va á sus peligros unido;

Mas su fé no se quebranta,
Que cual su cuerpo es robusta;
Tal su mision juzga santa,
Que ni el maltrato le espanta
Ni la tormenta le asusta.

De raza de aventureros,
Sabe que en tierra y en mar
Hay gloriosos derroteros
Que el genio de los iberos
Supo en el mundo trazar;

Que hay tradiciones é idioma
Y costumbres que no extraña:
Lleva además por axioma
Que el que á buen fin rumbo toma
La fortuna le acompaña.

En la puerta de su hogar
Dijéronle: “vé bendito
De Dios tu suerte á buscar:
Tu deber llevas prescrito;
Sé bueno, ó no oses tornar.”

Y aquí al llegar, admirado,
La primer voz que su oído
Franca y amiga ha escuchado,
Le dijo: "sé bien venido,
Español, si eres honrado;

Si no vuélvete á la mar,
Que esta tierra te rechaza;
Aquí al honor un altar
Ha levantado tu raza
Y le puedes profanar."

Aceptando su destino
Y esta prevencion, un día
El escabroso camino
Emprende, con raro tino,
Que á la fortuna le guía.

II.

SUS RECUERDOS.

Si en su mente se refleja
Con angustia á cada instante,
Triste el recuerdo punzante
Del hogar de que se aleja,
De aquella patria distante,

De aquella pura amistad,
De aquel maternal desvelo,
Que halló en su primera edad,
¡Sábelo quien sin consuelo
Llora temprana orfandad!

Sábelo quien, confundido,
Por accidente ha perdido
Fortuna y nombre, en la cuna,
Y tiene que del olvido
Salvar su nombre y fortuna.

Temple digno de renombre
Preciso es tener si ciño
Tal ley, del deber en nombre,
Y más cuando no es un hombre
Quien se la impone, es un niño.

De falta de corazon
Tildarle, fuera injusticia;
Pues patria y familia son
Su esperanza, su delicia,
Su orgullo, su adoracion.

Si de una y otra se aleja
Y á la ventura se lanza
Tras la fortuna, sin queja,
Ser su apoyo y su esperanza
Su mismo amor le aconseja.

Con su recuerdo propicio
Halla fé en la adversidad,
Virtud que resista al vicio;
Carácter, cordura, juicio,
Superiores á su edad.

Y si al fin no se corona
La esperanza con que muere,
Porque otro afecto le hiere,
Nunca el recuerdo abandona
De aquellas prendas que quiere:

Volver á verlas, su anhelo
Constante fué, Dios lo sabe;
Mas un astro de este cielo,
De luz purísima y suave,
Causóle amante desvelo.

Que no puede impunemente
En cierta edad, la razon
Mostrar su imperio exigente,
Edad que más que á la mente
Pertenece al corazon.

¿ Y cómo encontrar conjuro
Contra ese doble incentivo
Que presenta por seguro
Unido el amor más puro
Con el más dulce atractivo?

Y más para el que privado
De todo afecto en el mundo,
Halla su amor aceptado
Por un sér que le ha pagado
Con amor santo y profundo.

Luego. . . esta tierra, este ambiente,
Este idioma y esta gente
Que remeda en nuestro oído
El idioma bendecido
De nuestra familia ausente;

Esta sociedad que entraña
Nuestro espíritu y creencia,
Pése al encono que ensaña
En algunos la impaciencia. . . .
Todo, todo esto es España. . . .

Si alguno afectando odiarnos,
Más por moda que por queja,
A nuestro paso se aleja,
No osa el crédito quitarnos,
Y salva la honra nos deja:

Y nos da su confianza,
Y su hogar no nos excusa;
Y en trato, empeño ó alianza,
Si su favor no se alcanza,
Jamás del encono abusa. . . .

De tal odio en competencia
Hay un aprecio acendrado
A la española ascendencia,
Que, franco hasta la imprudencia,
Sangriento luto ha costado. . . .

Todo esto halaga, seduce
Por su encanto irresistible;
Y en el afan que produce,
La vuelta á España reduce
A una esperanza posible.

III.

SU INGRESO EN LA VIDA SOCIAL.

Ya está su noble ambicion
Por su trabajo y constancia
Colmada, y su condicion
Con su estado en relacion,
Goza de cierta importancia.

El crédito le rodea,
Con él la suerte asegura
Del que en su servicio emplea;
Es ya máxima su idea,
Y su palabra, escritura.

Tras ruda fatiga amarga
Descansa al fin, satisfecho;
Que si fué dura la carga,
La recompensa fué larga
Y halagador el provecho.

Completa está su carrera:
Tiene un hijo idolatrado,
Y un ángel por compañera;
Y al verle rico y honrado,
Feliz se le considera.

Si la fortuna que crece
Merced á un trabajo fiel
Tansolo la dicha ofrece,
Nadie esa dicha merece
Con mejor título que él.

Porque tanto ha trabajado
Su vida á riesgos expuesta,
Sin descansar el cuitado,
Que humor y salud le cuesta
La fortuna que ha ganado.

Pues no vaciló animoso
Al ir tras esa fortuna,
Ni en camino peligroso,
Ni en clima insano, ardoroso,
Ni ante privacion alguna.

Quince años en lucha abierta
Con su empeño, sin cesar,
Su alma á la expansion abierta
Antes, hoy fría, no acierta
Su antigua fé á recobrar.

Al gladiador semejante
Que logra en lucha de muerte
Quedar al cabo triunfante,
Y al lado se sienta inerte
De su víctima espirante;

Sin que el premio ni el honor
Ir á recibir le mueva,
Porque al salir vencedor,
Su energía y su valor
Rindieron la última prueba,

El español aparece
En el esfuerzo supremo
Que hizo al vencer: languidece,
Y hasta lamentable extremo
Su espíritu desfallece.

Él, en los trabajos duro
Y en las desgracias sufrido,
Se halla en la dicha inseguro
Como el que siente, futuro,
Algun presagio temido:

Él, economista experto
Y organizador celoso,
Tolera que el desconcierto
Encuentre su hogar abierto,
Con descuido lastimoso.

Pretendiendo destrüir
Errado concepto injusto
Que de tirano y adusto
Le tilda, deja vivir
A todo el mundo á su gusto:

Suele oponerse, es verdad;
Mas su enojo y displicencia
Ceden, que su autoridad
Solo existe en su conciencia,
Pero no en su voluntad. . . .

Dijérase que agotada
Su aspiracion en el mundo,
Su mision fué limitada;
Y al verla ya terminada,
Yace en olvido profundo.

¿Es causa algun desconcierto
Obrado en sus facultades
Por un pesar encubierto
Que en su espíritu han abierto
Amargas contrariedades. . . ?

Tal vez; y aunque valgan poco
Para algun juicio vulgar
Que halle aprensiones de loco
En ellas, yo que las toco,
Así me las sé explicar. . . .

Cuanto el español se impone
De privacion y desvelo,
No es porque el lucro ambicione;
Es porque ser se propone
De juicio y honor modelo.

De tal intencion regida,
Halló su alma la virtud
De reprimir con medida
Delirios de juventud,
Y flaquezas de la vida.

Sacrificio tan costoso,
Da del empeño la prueba
En que se afana celoso,
Porque es noble y generoso
El fin que ese empeño lleva.

Sin ciencia ni antecedente,
Sin patrimonio ni edad
Para pensar, suficiente,
Aspira á un puesto decente
Formarse en la sociedad,

No por medio reprobado
Ni fin indigno y rastro;
Él al puesto que ha soñado
Subirá un dia, llamado
Por digno y por caballero.

Y cuando á ese puesto arribe,
En honra suya concilia
Respetos en donde vive,
Y el parabien que recibe
Llega á su patria y familia. . . .

Mas cuando á tal puesto llega,
Que honor reporta sin duda,
Algo hay allí que se niega.
A aquella franqueza ruda
Con que él á todos se entrega. . . .

Nadie por esto es osado
A mostrarle desagrado,
Eso no; pero él conoce
Que entre el cortesano roce
Ha de vivir desairado.

Y le pesa, sin querer,
Tal deuda reconocer
Y no poderla pagar,
Porque solo á trabajar
Y á sentir pudo aprender.

PARTE PRIMERA.

Pero se consuela y cede,
Pensando, su afan prolijo,
Que esa deuda á saldo quede:
Hará que aprenda su hijo
Lo que él ya aprender no puede.

¡Y hasta escrúpulo le asalta
Creyendo que en sociedad
Es prenda mucho más alta
Lo frívolo que le falta
Que su ingénua probidad!

Y ningun medio perdona
El nuevo afan que le empeña,
Pues su fortuna le abona:
Solo con su falta sueña,
Y repararla ambiciona. . . .

El hijo, que ya es objeto
De un amor ciego tal vez,
Pronto adivina discreto
Que á su importancia sujeto
Está su padre y su juez;

Y nutrido en tal creencia,
Si mucho en juicio no vale,
En corazon y en prudencia,
Hará que al pecado iguale
Del padre, la penitencia. . . .

Es natural: el que adrede,
Por modestia ó por bondad,
El fuero que le concede
Su mision, un punto cede,
Deprime su autoridad,

Y su prestigio se abate:
El hijo obra en consecuencia;
Y aunque de ocultarlo trate,
En ruda lucha combate
Su orgullo con su conciencia.

¡Tarde el español percibe
El pernicioso ascendiente
A que sometido vive,
Y su conducta imprudente
El premio amargo recibe!

Dió por pueril vanidad,
De un amor ciego apoyada,
En perniciosa hermandad,
Al lujo y frivolidad
Franca puerta en su morada;

Y al cabo nóta y se affige,
Que en su hogar, de vario modo,
El mismo ascendiente rige;
Y del mal con que transige
En él se resiente todo.

En tan extraño elemento,
De concebir fácil es
Que, á más de hallarse violento,
Mermen con gran detrimento
Su quietud y su interes;

Y se perturba y se altera
El régimen, la severa
Pasion de toda su vida,
Y la sobriedad se olvida,
Que fué su virtud primera:

Y se enerva su vigor,
Su energía se quebranta,
Como en clima abrasador
Crece sin fruto ni flor
Del septentrion una planta. . . .

Y gracias si el alma entera
En ser lo que es persevera,
Y no, cual la planta exótica,
En rara fruta estrambótica
Su espíritu degenera. . . .

Pero no: sin duda tiene
El flaco de su bondad;
Mas, en la lid que sostiene,
El sentimiento interviene
De su propia dignidad;

Y el mundo ve en su actitud,
Si su afan llega á entender
Y percibe su inquietud,
Que más que compadecer
Hay que admirar su virtud.

Además, en su afliccion
Hay de ternura y respeto
Dichosa compensacion,
Y allí, donde va, es objeto
De pública estimacion.

Son de su pesar motivo,
Dudas, zozobra y temor,
Que infunde el celo excesivo
De un pensamiento exclusivo
En las prendas de su amor;

Y como tan raro celo
Le avergüence demostrar,
Ignorado su desvelo,
No acude amigo consuelo
Sus dudas á disipar. . . .

¡Ay, ni cómo deshiciera
Voz amiga sus temores!
Solo una voz extranjera,
Si no expresa otros mayores:
¡Otra, ni los comprendiera. . . !

Porque, si franco y leal,
Hospitalario y sincero,
Halla aquí afecto cordial,
El español extranjero
Es un sér excepcional. . . .

IV.

SU INICIACION POLITICA Y CIVIL.

Excitado el sentimiento,
Olvido, Gonzalo mio,
Que fué ilustrarte mi intento,
Y no con mi desvarío
Confundir tu pensamiento:

No está tu razon tan fria
Que en cosas de este jaez,
Ni consejero ni juez
Deba yo hacerte: algun dia
Me comprenderás tal vez. . . .

Dificiles de decirse
En buen lenguaje, además,
Cosas hay que al emitirse,
Si no llegan á sentirse
No se comprenden jamás.

Voy, pues, á cambiar de estilo,
Y ojalá mi pensamiento
No deje el rumbo tranquilo,
Si he de seguir, como intento,
De mi relacion el hilo. . . .

Si entre las contrariedades
Que aquí al español asaltan
Hay no pocas nimiedades,
Al sentir comun, no faltan
Notorias dificultades.

La sociedad que le admite,
Del valor que le concede
Toma un amargo desquite:
El puesto solo le cede,
Que el fuero no le permite. . . .

Crear familia le deja
A ser su ornato obligada;
Mas su concurso le aleja,
Y el ascendiente moteja
Que da mision tan sagrada.

Si tolera al padre, y siente
Por él aprecio evidente,
No tolerará, de fijo,
Que al padre imitando, el hijo
En su seno se presente; . . .

Quiérele fino y galante,
Que brille por la apariencia,
Aunque el exterior brillante
Oculte el fondo ignorante
De su ociosa inteligencia;

Que al cortesano barniz
Una, en su trato social,
De fórmulas tal matiz
Que nunca caiga en deslíz
Su importancia original. . . .

En fin, que juegue, que dance,
Y que rumboso disipe;
Que á político se lance,
Y de cuanto esté á su alcance
Sin trabajar participe. . . .

¡Solo así verá logrado
Para el fin que le destina
Al hijo el padre cuitado!
De otro modo habrá faltado
A su mision peregrina. . . !

Se habrá arrogado un derecho
Que natural encontró,
De su quietud en provecho;
Él puede estar satisfecho
De sí, pero el mundo nó:

Habrá educado, tirano,
De alma mezquina y devota
Algún *chaqueta* inurbano,
Oscuro, mal ciudadano,
Y tal vez mal patriota. . . !

Y acaso por rüindad,
De su aversion secundada
Al progreso y libertad,
Le roba á la sociedad
Una familia ilustrada. . . !

Estas y otras parecidas
Imputaciones le harán;
Y aunque no son merecidas,
Como pruebas repetidas
Su error demostrando están,

Basta para que impaciencia
Y sentimiento le den:
¡Que esa fatal exigencia
Es acaso la creencia
De su familia tambien!

¿ Por qué idea extravagante,
Sociedad que así profesa
De culta y de tolerante,
Por absurdo semejante
Con tal afan se interesa?

¿Por qué un círculo eminente
Por su virtud y piedad,
Capricho tan raro siente,
Pues con sentirlo desmiente
Su innata moralidad?

La solución no se acierta;
Mas debe hallarse, sin duda,
En la tenaz guerra abierta
Que la política ruda
Contra nosotros despierta;

Que en fuerza de pregonar
Nuestro antagonismo fiero
A su afán de progresar,
Si no un odio verdadero,
Recelos supo inspirar.

Y como el error patente
Con nuestra actitud se abona,
La política consiente
Que no es ya nuestra persona
Lo malo, es nuestro ascendiente.

En unos desconfianza,
Moda en otros que deslumbra,
Son de ese acuerdo fianza,
Y á cierta boga que alcanza
El ánimo se acostumbra;

Y por precaucion, colijo,
Se tiene formal intento
De alzar entre padre é hijo,
Con un empeño prolijo,
Tan raro disentimiento!

Cuéntase para lograr
Objeto tan singular,
Con que el amor acendrado
De aquel padre confiado
Vendrá la empresa á ayudar.

Sábese en vez de temer
El influjo que conjura
De ese padre, interponer
Influjo á cuya ternura
Siempre acostumbra á ceder. . . .

¿Por qué, si así se supone,
La inofensiva influencia
Del español se depone,
Y aun sobre su descendencia
Se quiere que la abandone?

¡Obra aciaga del error
Que aun consigue mantener
El político furor,
Con pretextos que, rubor
Sintiera hasta un niño en créer.

Y al considerar que, airado,
Sangre y luto ha producido
Encono tan mal fundado,
Se duda si se ha nacido
Salvaje ó civilizado. . . !

Si el desinterés retrata,
Que tan notorio nos es,
Esta sociedad sensata,
Cuando con nosotros trata,
¿Dónde está el desinterés?

¿Por qué el recelo dejarnos
Y la sospecha profunda
De que tal vez al honrarnos,
El cálculo de explotarnos
En ese agasajo funda?

Porque, . . . á decir la verdad,
Los cargos que aquí nos hacen,
Aun hechos con seriedad,
No á la culta sociedad;
Ni aun al vulgo satisfacen:

Y ofenden el buen sentido,
La conciencia y la razon;
¿Qué es ser un hombre acogido
Con honra como marido,
Como padre, con baldon?

¿Como asociado, un hermano;
Como auxiliar, un amigo;
Como ejemplo, un espartano. . . .
Mas si influye, un enemigo,
Y si aconseja, un tirano. . . ?

¡Profunda degradacion
O lastimosa apatía
Dan de estas cosas razon,
Pues domina todavía
Tan rara preocupacion. . . !

Y ambas partes por igual
Al mismo error se doblegan;
Que en retraccion criminal,
Con espíritu rival
Franca disculpa se niegan.

Por fin, un cielo aparece
Más sereno en esta lucha:
Ya el criterio prevalece,
La razon se fortalece,
Y la discusion se escucha. . . .

¡Qué más? en íntimo roce,
Comunes pesar ó goce
Llegarán á ser mañana,
Pues cada cual lo que gana
En esta fusion conoce. . . .

Vas, sin embargo, á escuchar
Lo que víctimas sin cuento
Pudo en tu patria inmolar,
Y un entredicho sangriento
Por tantos años lanzar;

La perdurable censura
Que, ya huésped ó señor,
Pesando con amargura,
Contra el español apura
Inusitado rigor. . . :

Bajo ella vive y trabaja,
Bajo ella goza, si goza;
Ella le impulsa ó le ataja;
Desde el palacio á la choza
Con él sube y con él baja:

Pobre ó rico, ha de mostrar
Su escasez ó su opulencia,
Su pena ó gozo explicar;
Y por ella es su existencia
Pública en todo lugar. . . .

PARTE PRIMERA.

Aunque esto afecte y no duela,
Esa incómoda tutela
Que á interés ú odio equivale,
Lo que la conciencia vale
Del que la sufre revela.

V.

EL PATRIOTISMO.

Hay en el alma escondido
Un sentimiento profundo,
Que allí duerme inadvertido,
Indiferente al rüido
De los placeres del mundo:

Un sentimiento que ignora
Hasta el mismo que lo tiene,
Y con él tranquilo mora
Miéntas nada á tocar viene
Su fibra conmovedora:

Despierto ya, es un abismo
Que ahoga la indiferencia
Y sumerge el egoísmo;
Y el que siente su influencia
Se desconoce á sí mismo.

Al débil presta vigor,
Al apático energía,
Al degradado su honor,
Al tímido valentía,
Y da prudencia al valor;

Doma las dificultades,
Y enalteciendo el civismo
Restaura las potestades:
Honra fué de las edades,
Y se llama *patriotismo*. . . .

Todo por él resplandece;
Todo con él llega al cabo,
Y cuanto toca ennoblece;
Por él, igual aparece
Con el señor, el esclavo. . . .

Alma de las almas es,
Y tiene el desinterés
Por norte fiel y por guía:
No hay victoria que le engría,
Ni que le humille hay revés.

Todo él es abnegacion;
Y aquel que en su corazon
No lleva impreso su nombre
Con ciega veneracion,
Es un pária, no es un hombre.

¡Mas, ah! tal vez se sintiera
Un pesar ménos profundo
Párias hallando doquiera,
Que encontrar uno siquiera
Falso patriota en el mundo. . . !

No hay emponzoñado aliento,
No hay mortífero brebaje
Que hiera el vital aliento,
Cual hiera á ese sentimiento,
De la parodia el ultraje. . . .

¡Sentimiento generoso,
Que en perpétuo sacrificio
Se satisface gustoso,
Y que bendice animoso
La cadena y el suplicio!

Pasion exquisita y santa
De íntimo y sublime goce,
Que el espíritu levanta. . . .
¡Tal vez quien más te decanta
Es quien ménos te conoce!

¡Tal vez quien tu apología
Hace en cualquier ocasion,
Torcido interés le guía,
Y eres tú su granjería
Y escala de su ambicion!

VI.

CARACTER POLITICO QUE SE LE SUPONE.

Elimina, si te place,
Esta digresion, Gonzalo,
Que de mis recuerdos nace;
Mas algo en ella señalo
Que á mi cuento satisface.

Cuando á la patria se invoca
Hoy para todo, en confusa
Charla fanática ó loca,
Lastima escuchar que en boca
Se tome, cuando se abusa

De ese nombre soberano
Para aspirar ambicioso,
Para vejar inhumano,
Para proscribir tirano,
Para perseguir odioso;

Para venganza cobarde;
Que así el patriotismo brota
Haciendo cómico alarde,
No como en las venas arde
Del verdadero patriota. . . .

Lo he dicho: ese sentimiento
Que amor de patria se llama,
Si respira odio sangriento
E intolerante ardimiento,
Se prostituye, se infama. . . .

Del cálculo ó la locura
De patriotismo fingido,
La más terrible censura
El español sin ventura
En esta tierra ha sufrido.

Y hoy, aunque acordes rechacen
El siglo y las conveniencias
Esa censura, renacen
Del error que satisfacen
Amargas reminiscencias.

Aun se niega á mis paisanos,
No sé por qué, el ascendiente
No ya de padres, de hermanos
Que á un fin, sin alardes vanos,
Van por rumbo diferente.

Hay quien absurdas tendencias
A suponerles se atreve;
Quien les halle inconveniencias
Que del siglo diez y nueve
No llenan las exigencias.

Si en lo más útil reparas
De este siglo de dos caras,
Farsante y positivista,
Verás que al más progresista
Le sacan ellos diez varas.

No á intriga vil ni á favores
Su posicion han debido;
Gremio de trabajadores,
El trabajo ha ennoblecido
Su afan y sus sinsabores.

¿Qué puede el siglo pedir
A quien con raro valor,
Humilde y sin porvenir,
Logra en el mundo adquirir
Nombre, fortuna y honor?

Hay quien, por vagas razones,
Los suponga en guerra abierta
Con modas, innovaciones,
Prácticas é instituciones
Que un pueblo libre concierta. . . .

Si la moda ó innovacion
Lo nocivo é inútil quita,
¿Quién le niega su sancion?
Mas si no, quien las admita
No habrá sin compensacion.

No diré que absurdo sea
Tal juicio, de todo á todo:
¿Quién aunque halague una idea,
No duda, no titubea,
En su práctico acomodo?

¡ Qué extraño es que el ciudadano
Tema por su subsistencia,
Ante el vértigo tirano
De política impaciencia,
Si da en cortar por lo sano,

En destrüir, reformar. . . .
El fin de tales desmanes
Bueno será, á no dudar;
Mas nadie quiere arriesgar
El fruto de sus afanes;

Y ménos cuando eso trata
De asunto que se hace ajeno
De nosotros; que mal trata
Con las furias que desata,
Nuestra existencia, sin freno;

Que publica en su bandera
Un lema que nos baldona,
Y triunfo y prestigio espera
Gritando feroz un muera
A nuestra patria ó persona.

¿Por qué exótico principio,
Que amarga burla derrama,
Nuestro concurso se llama
A que tome participio
En causa que nos infama?

¿Por qué tenernos á mal
Nuestra repulsion leal
A cualquier lucha funesta,
Que sin provecho nos cuesta
Nuestro reposo y caudal?

Porque, ¿qué gana en cuestion
Aquí nuestra posicion
Con tal plan, ó cual conquista?
¿La política egoista
Muda nuestra condicion. . . ?

No: que tirios y troyanos
No mejoran nuestros fueros;
Y somos siempre en sus manos
Para sufrir, ciudadanos,
Para gozar, extranjeros.

Por otra parte, ¿qué exige
El código más libérrimo
Si al español se dirige?
No hay defensor más acérrimo
De la institucion que rige. . . .

Demócrata sobresale
Todo español si es discreto,
Que, como en virtud le iguale,
Estima por lo que vale
Más que al caudal, al sujeto.

Si liberal, no se ufana
De serlo el hijo de Iberia;
Mas trabajando se afana,
Y da de aquello que gana,
Con órden, mas sin miseria.

Moderado, reflexivo,
Que es por carácter infiero;
Él representa á lo vivo
Del progreso progresivo
El carácter verdadero.

Tampoco le va á la mano,
Segun el vulgo lo entiende,
Nadie en ser republicano;
Ni favor compra ni vende,
Y á todos tiende su mano.

Si franco, si popular. . . .
Un adjetivo bizarro
Le suele el vulgo aplicar .
Por serlo, que en despilfarro .
Suele su franqueza dar. . . .

Conque sale en conclusion,
Porque más charla no absorba,
Que á la libre institucion,
Del español la opinion
Mas bien ayuda que estorba.

VII.

CARGOS SOCIALES.

Vamos á lo que se llama
Abusos en sociedad
De un prestigio, de una fama
Inmerecida: ¡en verdad
Que esto humilla si no infama!

Tíldasele al pobre ibero,
Comerciante ó labrador,
De que, ignorante y grosero,
Por su audacia y su dinero
Pretende hacerse el señor.

Bien; el escrúpulo acojo;
Mas mire quien le conviene
Que es humillante su enojo:
A quien tales faltas tiene,
Considerarle es sonrojo:

Que no es ni culpa siquiera
En necios, darse importancia
Con un título cualquiera:
La culpa es, aquí y en Francia,
Solo de quien los tolera. . . .

Algo habrá, y habrá excepciones;
Mas la sociedad, infiero
Que al dar consideraciones,
Se fija en los corazones
Mucho más que en el dinero.

Hácese el cargo amargo
De una altivez sin medida. . . .
Genial es. . . . y, sin embargo,
¡Cuánto calumnia ese cargo
Las miserias de su vida!

¡No altivo por vano orgullo
Juzgueis al pobre español
Los que creceis al arrullo
De aura patria, y su murmullo
Os duerme bajo su sol. . . .

Vosotros, los que en orgía,
En juego ó moda que os cuadre,
Veis disipado en un día
Lo que en años producía
El sudor de vuestro padre!

Los que al regalo nacísteis,
Sin que os hayais preguntado
De qué ese regalo hubísteis. . . .
¡Ay! lágrimas que no vísteis
Tal vez os lo hayan ganado!

Huraño y exclusivista
Llamadle mas bien, sin dolo,
Pues él no pierde de vista
Que en lo que adquiere y conquista
Tiene que ser solo. . . . solo!

Siempre su atencion absorta
De su familia en provecho,
Solo, su carga soporta;
Marchando á su fin derecho
Por la vereda más corta. . . .

¡Altivo! serlo pudiera;
Mas no vano ni orgulloso:
Si examina su carrera,
¿Qué título más hermoso
De serlo nadie tuviera?

Su vida á un fin destinada,
Llega á ese fin contrariada,
Mas victoriosa; ¿qué juicio
Le condenará á que nada
Le valga su sacrificio?

Sacrificio prolongado
Aun más allá de dar cima
A ese fin tan codiciado,
Que acobarda y desanima
Su corazón esforzado;

Pues como no se comprende,
Y el publicarlo le ofende,
Sufre en silencio su pena
Que entre dudas se envenena,
Y reprimida, se enciende.

Miéntras desdenes aguanta
Y desengaños resiste,
Su empeño no se quebranta;
Y cuando más baja el triste,
Más á su prole levanta. . . !

Imprudencia más que celo
En su conducta hay tal vez,
Y puede hallar su desvelo,
En vez de dicha y consuelo,
Lágrimas en la vejez;

Puede bien que el hijo impío
A quien dió, necio, importancia,
(Tú no eres así, hijo mio);
Le afrente con su desvío,
Le humille con su arrogancia!

Puede ver en un momento
El despilfarro y la orgía
Allí, donde echó el cimiento
Más firme de economía,
De órden y recogimiento. . . !

Tal puede ser, y lo acusa
Más de un hecho; lo que incluye
Que el español no rehuye,
Ni dar al siglo rehusa
Aun lo que su paz destruye.

Un amor exagerado
Por sus hijos atesora,
Y él, por el trabajo honrado,
Halla el trabajo pesado
Para los hijos que adora.

Por ellos, patria, sosiego,
Amigos é independencia
Sacrificó desde luego:
¿Qué extraño es que yerre ciego
Al dirigir su existencia?

Cuando á él, jóven peregrino,
Enfrente del bien y el mal
Le colocó su destino,
Su fé, su buen natural
Diéronle el recto camino; . . .

Mas esa fé no consiente
Que fatigue al hijo amado;
¡Antes le oculta imprudente
Aquel camino regado
Con el sudor de su frente. . . !

Hay otra nota severa,
Que en fin de cuentas, Gonzalo,
Más honra que vitupera:
“Que el español, bueno ó malo,
Por serlo aquí prepondera.”

De viejas rancias manía,
Y de retrógrados maña,
Supónese la valía
Que disfrutan todavía
Aquí, los hijos de España. . . !

Sin desechar tal favor,
Por mezquino que se crea,
Te probaré sin temor
Que hay títulos que á esa idea
Responden mucho mejor.

Quien de la escala social
En todo grado es espejo,
Y en pró del bien general
Es útil con su caudal,
Y si no, con su consejo;

Quien el trabajo ennoblece
Y honra y provecho concilia:
Quien al Estado enriquece
Con su caudal y familia
Y el noble ejemplo que ofrece;

Quien con constancia ejemplar,
Sin dolo ni malas artes
Se propone trabajar,
No solo aquí, en todas partes
Al fin tiene que medrar.

Aunque omision de otros lazos
Quisiera hacer, no me es dable:
De noble entidad pedazos
Fuimos, y armó nuestros brazos
La política execrable. . . .

Y fanáticos lidiamos
Por sostener, mala ó buena,
La causa que proclamamos:
Aunque este siglo en que estamos
El fanatismo condena,

Y manda dar al olvido,
Al que el triunfo galardona,
Quejas del que ha combatido. . . .
¡Aquí. . . perdona el vencido,
Y el vencedor no perdona!

El caído, el agraviado,
Tiende al vencedor la diestra. . . .
¿Por qué la rechaza airado?
Más que glorioso, humillado
Estar, su encono demuestra. . . .

Creyérase no ser mucha
La utilidad ni la gloria
Que da al vencedor la historia;
Que ha sido injusta la lucha
É incompleta la victoria. . . .

Dijérase que impotente
Quien la victoria produjo,
Tiembla de ver frente á frente
Un misterioso ascendiente,
Un prestigio y un influjo

Que no acertó á conquistar; . . .
Dijérase que al lidiar
No halló en el triunfo placer,
Porque si halló á quien vencer
No encontró á quien humillar!

¿Cómo lograrlo pudiera,
Si en honra é interés igual
Cada cual vió su bandera. . . .
Y éramos tal para cual,
Y de la misma madera. . . ?

Además, que es bien sabido
Fué aquello un lance de honor,
Y el que en él bien se ha batido,
Igual honra halla vencido
Que encontrara vencedor:

Ni ceden á la fiereza
De lucha cuasi civil,
Vínculos cuya fijeza
Formaron con lazos mil
Dios y la naturaleza;

Y no se puede, de fijo,
Por más que á alguno le cuadre,
Ser exigente y prolijo
En cuentas que tiene un hijo
Que liquidar con su padre. . . .

¿Cómo al padre, al bienhechor,
De igual historia y creencia,
Deshonrar sin deshonor?
¿Cómo tenerles rencor
Y aborrecer su existencia?

Imposible: si concibes
Para ello disculpa ó traza,
Diré que el mundo en que vives
No da de españoles raza,
Sino. . . . raza de caribes. . . !

VIII.

SÍNTESIS.

No á estas razones me atengo
Que por trilladas tuviera;
Otras á buscar me avengo,
Que para lo que sostengo
Mejor apoyo quisiera. . . .

Lejano del patrio hogar,
De sí propio antecedente,
Un corazon no vulgar,
Que ambicione es consiguiente
Nombre y fortuna buscar.

Sus hechos, de su aptitud
Y honradez forman la base:
Con ella, fé y rectitud,
La ambicion hecha virtud,
Imposible es que fracase.

Esto supongo, en cualquiera
Que otro móvil no tuviera
Que el provecho personal,
Y vive en tierra extanjera
Por accidente casual,

Careciendo del abrigo
De una familia, de un nombre,
Del consejo de un amigo
De sus empresas testigo,
Que tanto estimula al hombre.

Este cualquiera, si alcanza
Su empeño, cerró su historia;
Vuelve á ser con su bonanza
De su patria la esperanza;
De su familia, la gloria. . . .

Pero el español, si llena
La ley que aquí le encadena,
Tendrá, sin falta ninguna
Del extranjero la pena,
Pero jamás la fortuna:

Constante mantenedor
De su quijotismo hispano,
No acepta lucro ó favor
Que empañe ó hiera el honor
De patria, amigo ó paisano.

De cuanto de España trate,
Todo en favor lo interpreta
Aunque el criterio maltrate;
Y hará asunto de un debate
La propiedad de una zeta.

Nunca sus costumbres rinde,
Ni de pretensiones muda,
Aunque la suerte le brinde,
Si modifica ó prescinde
De su carácter, ayuda.

Esto, más dura y más larga
Su carrera suele hacer;
Solo se impone la carga,
Y á nadie asocia ni encarga
Lo que llama su deber.

Él solo, al fin de su empresa
Se basta para ir derecho:
Y el que poco le interesa
Juzga que lleva en el pecho
La ley del avaro impresa;

Y la dura condicion
A que esa empresa somete,
Hace que su abnegacion
Por soberbia se interprete,
O por grosera ambicion. . . .

Que á pocos fijarse ví
En el fin á que se aplican
Medios logrados así,
Medios que se justifican
Siempre en sus fines, aquí.

Si proceder tan extraño
Y al objeto inconducente,
Que más que provecho, daño
Hace al español hurraño
Que hacer su fortuna intente,

Si sujeta á discusion,
La más benigna opinion,
Seguramente, y lo toco,
Le juzgará con razon
Por maniático, ó por loco. . . .

A tí mismo, aunque me trates
Con la debida indulgencia,
Alguna vez la apariencia
Te hará juzgar disparates
Los frutos de mi experiencia:

Ni puede ménos; te imbuyo
Máximas de economía,
De órden estricto, y concluyo
En que por decoro tuyo
Mi último peso daria. . . .

¿Qué más? cualquier petardista,
Cualquier gorrón baladí,
Mi amparo y bolsa conquista
Con solo hacer á mi vista
Algún elogio de tí. . . .

Pues la explicacion existe
De debilidad tan suma:
Si en axiomas no consiste,
Ella á lo ménos resiste
Como á las olas la espuma;

Es decir, que si basada
No está en la moderna ciencia
Del cálculo, sobrenada
En esa mar agitada
Del cálculo y la conciencia.

De rancio discurso puede
Tildar el positivista
La explicacion que precede;
Mas como entendida quede
No importa que la resista,


Pues comprendiéndola basta:
Para aceptarla, se quiere
Un vigor que no se gasta,
Un espíritu entusiasta
Y una fé que nunca muere:

La tradicion por espuela,
Por apremio el amor propio;
Moral, que al vicio repela;
De pundonor grande acopio,
Y el trabajo por escuela:


Robustez que no decline,
Valor que no se amilane,
Corazon que se domine;
Alma que no se afemine,
Virtud que no se profane. . . .

Y para reunir entero
Ese caudal, considero
Preciso, por lo que entraña,
No solo ser extranjero. . . .
¡Sino extranjero de España!





PARTE SEGUNDA.



FALTA Y EXPLIACION.

Pues tan bravo te aclama
La fama, di, por qué aunque espada lleves,
Y eso que de cobarde á mí me infama,
A pasar junto á mí nunca te atreves?
Ha de pensar la fama
Que huyes por no pagar lo que me debes.

INTRODUCCION.

Vas á escuchar la razon,
Hijo, que mi empeño ayuda,
Por si con mala intencion
Álguien, pretende la duda
Sembrar en tu corazon.

Temo que mozo, aunque bueno,
Si hácia mala senda tiras,
Al político terreno
Vayas á dar, y el veneno
Te inficione de sus iras:

Temo que en él busquen traza
Sus odios, si te abandono,
De hallar en tu ánimo plaza,
Y sientas odio á tu raza
Y contra tu padre encono. . . .

Temo. . . . pero ¿á qué temer?
Si no lo puedo creer,
Y solo un cómico veo
En quien delito tan feo
Aparenta cometer. . . .

Si miro, á más de la historia,
En cuanto aquí cubre el sol
Y enaltece la memoria,
Resplandeciente la gloria
Del espíritu español;

Si no habrá poder humano
Que destruya sin afrenta
Lo español y lo cristiano
Que aquí el hijo del hispano
Con noble orgullo sustenta. . . .

¡Qué he de creer! Si rechaza
De la sociedad el mundo
Al que deshonra á su raza
Como á ser abyecto, inmundo,
Que su existencia amenaza; . . .

Si para sentir así
Es preciso alma de fiera,
Y si se tuviese aquí. . . .
¡Ay, ningun padre quisiera
Como yo te quiero á tí. . . !

Tú, entusiasta por la ciencia;
Yo, entregado á los negocios. . . .
En el gusto hay diferencia,
Y en distinta concurrencia
Divertimos nuestros ocios:

Que la tuya me rechace,
Y que la mia te excluya,
Es justo, y me satisface;
La mia no te complace,
Ni yo comprendo á la tuya. . . .

¿Qué entiendo yo de perfiles,
Ni de argumentos sutiles
De eso que tanto embaraza,
Ni tú de precios de plaza
Y cálculos mercantiles?

¿Cómo hallar cuerdo argumento
Cuando en un mismo aposento
Tú explicas cosas abstractas,
Y yo, las pruebas exactas
Busco de un tanto por ciento?

Es fuerza que nos separen
Vocacion, gusto y placeres,
Si conformidad no hallaren,
Con tal que nuestros deberes
Recíprocos no estorbaren. . . .

Duro es eso para mí;
Mas me debo conformar,
Pues yo otra esfera te abrí
En que pudieras hallar
El bien que me prometí. . . .

Verdad es que, en mi impaciencia
De abrirla, no presentia
Que, por justa consecuencia,
El conseguirlo, podria
Dividir nuestra existencia.

Qué quieres, pensé primero
Que en mi bien, en tu esplendor:
“Pues hijo tengo y dinero,
Me dije, haré un caballero
Que dé á mis canas honor.” . . .

Si el deber que juzgué santo
Y á la vanidad semeja,
El trato íntimo me aleja
Del hijo que quiero tanto. . . .
¿A quién llevaré mi queja?

¡A mí mismo!—A Ícaro hiere
La vanidad, y á sus galas,
Alas de cera prefiere:
Vuela, . . . el sol funde las alas,
Y precipitado muere. . . !

Víctima de una quimera
Que el buen sentido no admite,
Cual Ícaro, á la severa
Luz de la razon, la cera
De mis alas se derrite. . . !

¡Quiera Dios que mi caída,
Pues ya los vértigos siento,
Me cueste al punto la vida,
Si me ha de dejar herida
La vida del sentimiento!

Pero, ¿por esto ha de ser
Preciso el lazo romper
Que amor é interés concilia,
Y á padre, raza y familia
Despreciar y aborrecer?

Aunque llegase para esto
La máxima que produjo,
Más que razon, el pretexto,
De que el español influjo
En política es funesto. . . !

Y, por Dios, que me alborota
La bñlis eso, de fijo:
¿Por qué consecuencia ignota
Se saca que quiera á un hijo
Sin patria, un padre patriota?

¿Dáse, tal vez, á entender
Que ese influjo á tal doctrina
Es contrario? Puede ser,
Si ella el sosiego á perder
Del que la adopta encamina:

Y fuera padre menguado
El que por servir al ciego
Disentir, tal vez errado,
De una opinion, el sosiego
Turbase de un hijo amado.

¿Cómo imbuirle sin pena
Odio á partidaria grey,
Y á la política arena
Que el espíritu envenena
Lanzarle sin Dios ni ley?

Quien tal exigir pretende
De un padre, mal que le cuadre,
A la humanidad ofende;
Y ese, ó nunca ha sido padre,
O su deber no comprende.

Arrebáteme en buen hora
Al hijo que el alma adora
Bala enemiga extranjera;
Mas ni le alarme siquiera
La guerra civil traidora.

Ocupe su corazon
Amor al género humano:
Sienta de gloria ambicion,
Mas busque el camino llano
De la noble emulacion.

Quien otra cosa en la mente
Por inculcarle se afana,
No amor, egoismo siente;
Y abusa de su ascendiente,
Y su alta mision profana. . . .

Harto harán sin mi licencia
La ocasion, la inexperiencia
Y el ejemplo, si los dejo:
Piérdase por su imprudencia,
Pero no por mi consejo.

Si enojosa esclavitud
De pensamiento y de idea
Se impone á la juventud,
Débil ó falsa virtud,
O disimulo se crea;

Pero si libre albedrío
Se deja á su corazon,
Puerta se abre al desvarío:
Por eso en un medio fio
De licencia y restriccion.

Así formar es mi intento
Tu juicio cuerdo y tranquilo. . . .
Pero sigamos el cuento
Tomándole por el hilo
De mi postrer argumento. . . .

I.

DEBERES A SUS RECUERDOS.

Decia, que la importancia
Que aquí el español supone,
Y aun la misma extravagancia
Que hasta en hacer su ganancia
En esta tierra se impone,

Tiene explicacion, y voy
A dártela como pueda;
Y si algo difuso soy,
Como á explicarme proceda,
Por satisfecho me doy.

Para el que á la historia acuda
Llevando el saber por cebo,
Si buen criterio le ayuda,
En mi explicacion, sin duda,
Nada encontrará de nuevo;

Mas tú, y otros en tu caso,
Faltos de estudio tan grave,
Enigmas halleis acaso
De que, por salir del paso,
La malicia os dé la clave.

Como el vicio que se adquiere,
El mal juicio que se forma
En edad tierna, sugiere
Cierta propension que hiera
De la exactitud la norma:

Por eso yo me adelanto,
Y como puedo te explico
Esos enigmas, en tanto
La edad, y el saber, tu encanto,
Te hacen de experiencia rico. . . .

Con lo que disculpar puedo,
Si se me achaca á manía,
Esta afición á que cedo
De prevenir con porfía
El mal que me causa miedo. . . .

Entonces, formar tu juicio
Con más cordura podrás,
Y, desgraciado ó propicio,
La cima del precipicio
Al ménos distinguirás,

Sin dar nunca en la insensata
Debilidad irrisoria,
De ser trompeta barata
De alguna pandilla ingrata,
Sin voluntad y sin gloria;

De esas que te harán creer
Que ser patriota es romper
Con pasado y porvenir;
Que ilustrar, es corromper,
Y progresar, destruir:

De esas que el ocio sustenta,
Que la crápula entretiene,
Y que la envidia alimenta;
Y hacer comun les conviene
El ocio, el vicio y la afrenta,

Con gente de más valer
Que de engañar hallan modo,
Y el prestigio suponer
Del que tiene que perder,
El que lo ha perdido todo. . . .

De los que, con porte honesto,
Mas de alma rüin y baja,
Holgazanes con pretexto
De libres, en quien trabaja
Ven siempre un censor molesto;

De esos que llama *Facundo* *
Hojas sueltas, sucio gremio
Que con descaro profundo,
En son de arreglar el mundo,
Por sus vicios piden premio. . . .

* D. José T. de Cuellar, distinguido escritor mexicano.

¡Dios te libre de tal suerte,
Gonzalo de mis entrañas!
Prefiero honrado la muerte
Antes que perdido verte
Presa de esas alimañas. . . .

Si al amor corresponder
Es deuda de hidalgo pecho,
Al odio injusto es deber
Dejar, sin retroceder,
Confundido ó satisfecho:

Que toda duda aclarada,
Recelo injusto mitiga;
Pues la rencilla guardada
Tiene siempre envenenada
El alma donde se abriga.

Para el primer sentimiento,
Abierto está el corazón
Al noble agradecimiento,
Y un justo resentimiento
Tener del otro es razón;

Que así el noble ser humano
Afectos contrarios siente. . . .
Pero no sé por qué arcano
En el corazon hispano
Esa regla se desmiente

Este Hemisferio al tocar.
¿Qué vemos aquí? ¿Qué hallamos?
Fieros en todo lugar;
Solo aquí el agravio estamos
Dispuestos siempre á olvidar. . . .

¿Es desprecio al que lo infiere?
¿Es miedo en quien lo recibe?
¿Es que el vigor degenera
Porque el cálculo nos hiera
Y el interes nos cohibe. . . ?

¡Ah, no; que si indignacion
El agravio no provoca,
Produce amarga afficcion,
Cual la de amigo que toca
Impensada decepcion

Del amigo, del pariente
Que le rechazara esquivo,
Orgullosa, indiferente. . . .
Pues, ese pesar tan vivo
Es, Gonzalo, el que se siente. . . .

No se tiene, aquí al llegar,
Más afán que aquel que auxilia
Nuestra tendencia de honrar
Con una vida ejemplar
A nuestra raza y familia;

Pues está aquí nuestra raza,
Nuestra familia aquí vive. . . .
¿Por qué ese afán no recibe
Y con desden nos rechaza,
Y ese interés nos prohíbe?

No falta quien ignorante,
Halle oficioso, humillante,
Ese interés tan sincero,
Y la ley del extranjero
Nos recuerde á cada instante,

Sin ver que está en castellano
Tal ley, y al que la firmó
Debió temblarle la mano,
Si al deudo, al padre, al hermano,
Herir con ella temió.

Ni quien se admire sin saña,
Aunque con igual criterio,
De que afecion tan extraña
Se arrogue con tal imperio
Aquí, la *gente* de España;

Y diga que “más prudente
Seria para *esa gente*,
Cuando su fortuna encierra,
Irse con ella á su tierra
A vivir tranquilamente. . . !”

¡Quién la ignorancia guardara
Que dió á la ambicion cimientto
Antes que aquí se aportara!
¡Quién de ese cuerdo argumento
La lógica desechara?

¡Mas, ay, esa indiferencia
Provechosa en teoría,
No cabe en nuestra conciencia. . . .
Aquí en eterna porfía
Se envuelve nuestra existencia. . . !

Despiértase aquí al llegar,
No sé qué instinto secreto
De sentir y analizar. . . .
Y siempre á un punto concreto
Ese sentir viene á dar. . . .

Cuando á estas playas se toca,
Parece que el alma evoca
Recuerdos cuya grandeza
Exalta nuestra cabeza
Y nuestro asombro provoca. . . .

La senda que nuestros piés
Tocan, aun marca en su barro,
De los siglos á través,
Las pisadas de Cortés,
Y las huellas de Pizarro. . . !

PARTE SEGUNDA.

Y se abruma la memoria
Al ver de gigantes hechos
En cada etapa una historia,
Y en un ambiente de gloria
Se dilatan nuestros pechos. . . !

¡Ah! cómo sentir tibieza
Ante esta naturaleza,
Si cuanto la vista abarca
Impresa tiene la marca
De la española grandeza!

Escudo mal destruido,
Y mal borrado letrero
En el monumento erguido,
Indican del genio ibero
El pensamiento atrevido:

Y la ciudad populosa,
Y la floreciente villa,
Y la campiña frondosa. . . .
Todo creció de Castilla
A la sombra poderosa

Con tal grandeza y premura,
Que, más que del tiempo empresa,
Parece en cámara oscura
Hermosísima pintura
Que el espíritu embelesa. . . !

Obra fué de esos gigantes
Que aquí nos antecedieron,
Y de su patria distantes,
Las páginas más brillantes
De nuestra historia escribieron:

Plebeyos y sin blasones,
Con la fé del patriotismo
Domaron estas regiones,
Dando á las generaciones
Asombro con su heroísmo.

Ricos y vastos imperios
Para su patria fundaron:
Sobre idólatras misterios,
La fé de ambos hemisferios
Para su Dios igualaron. . . !

Y allí donde destruían
Los monumentos gentiles
Porque su paso impedían,
Otros más bellos, á miles,
A su paso renacían. . . !

¡Extraños conquistadores!
Con sábias leyes borraban
De la guerra los horrores,
Y á los esclavos libraban
Del yugo de sus señores,

Trocando la ceguedad
Por la luz en los libertos;
En dulzura, su impiedad;
Su abyección, en sociedad,
Y en verjeles, sus desiertos!

Y el regalo que á la vida
Estas regiones ofrecen,
Fué aumentándose á medida
Que á planta desconocida
Clima y tierra favorecen;

Descanso al hombre y sustento,
Le procuraron leales
Desconocido elemento
En útiles animales
Y en todo fabril invento:

Ciudadano respetado
Llegó á verse, el que en su tierra
Vióse pária despreciado;
Y, en fin, hombre emancipado
Quien bruto sirvió en la guerra. . . .

Y no hay argucia sutil
Que esta ventaja desmienta;
El hombre es esclavo vil,
Aun en su patria, si alienta
Sin su derecho civil. . . .

Y acá en este Continente,
Si la historia no nos miente,
Aunque en la lucha era bravo,
Más que pueblo independiente
Era de siervos esclavo.

Al lidiar con bizarría,
No por patria é independencia,
Cual se dice, combatia;
Por miedo solo cumplia
De su señor la exigencia.

Sin la augusta religion
Que hoy á comprender alcanza,
Sin la luz que á su razon
Hizo entrever la esperanza
De próxima redencion,

Pese al sentimentalismo
De empíricos patriotas,
Tal pueblo, en su fatalismo,
Nunca sintió más civismo
Que el que sienten los ilotas. . . .

Esclavo en su patria fuera
De condicion tan mezquina,
Que bestia le considera,
Sin que él su esencia divina
Ni por instinto sintiera. . . .

Para el regalo alcanzar
El perezoso ó rüin,
¡Iba en su jaula á engordar
Para servir de manjar
A su dueño en un festin!

Sus semidioses tiranos,
Cuando á sus piés le veían
Servir sus gustos livianos,
Acaso no presumian
Que eran de aquel pueblo hermanos;

Y el sacerdote, sediento
De sangre en su horrible oficio,
Para su rito sangriento,
Le juzgaba emolumento
Del ara del sacrificio. . . !

¿ Qué más? sus dioses traidores
Si propicios se volvian
En favor de los señores,
El sacrificio pedian
Del pária, por su favores. . . !

¡Hermosa fé del cristiano,
Cuán diferente tu luz
Alumbra al género humano!
Interponiendo una cruz
Entre el siervo y el tirano,

Has hecho que acepto sea
De siervo y señor, constante
El sentimiento, la idea,
A Dios que al hombre procrea
De sí mismo semejante. . . !

Y en vez de sangre y horror
Solo exige al ser humano,
Grande ó pequeño, el amor,
La caridad, que un hermano
Tuviera de otro en favor. . . .

Despues, de Dios la presencia,
Tras este existir tan breve,
Ofrécele en su clemencia
Al que, cual fué su conciencia,
Limpio el espíritu lleve. . . !

Hoy, esa luz al indiano
Por recto camino guía,
De su sér social ufano,
Que nunca le diera, es llano,
Su salvaje autonomía:

Hoy trabaja en su provecho,
Y patria y familia tiene,
Y á sus destinos derecho;
Y su libertad aviene
Con su deber, satisfecho. . . .

Si su modesto aspirar
Humilde le hace vivir,
Nada le impide á un lugar
Cuando lo intenta, llegar,
Ni estorba su porvenir.

Por ley civil destinada,
En su nueva fé apoyada,
A protegerle, ha adquirido
Experiencia, buen sentido,
Y vida morigerada.

De sus maestros modelo
En piedad, constancia y juicio,
A Dios y al César, con celo,
Del fruto de su desvelo
Dá lo que es en beneficio.

Franco á todo honesto goce,
Nadie el camino le cierra;
Ya los tesoros conoce
Que guarda su rica tierra,
Merced á ilustrado roce;

A explotarlos ha aprendido,
Y, por lucro ó por recreo,
Aclimatar ha podido
Otros que acá el europeo
Con la conquista ha traído:

Vive, en fin, sin ambicion,
Pero tranquilo y honrado;
Feliz con su religion,
É inscrito en la comunion
Del mundo civilizado. . . .

Que el cambio fué ventajoso,
Trescientos años de calma
Lo demuestran al dudoso:
Ganó la paz de su alma,
Y de su cuerpo el reposo. . . .

Pues bien; obra tan gigante,
Que en las edades remotas
Creyeran digna de Atlante,
Lo fué de un puñado errante
De nuestros compatriotas. . . .

En esfuerzo sobrehumano,
Y en maravillas fecundo,
Logró aquí el valor hispano
El dominio soberano
De un continente, de un mundo!

Y al dominio material
No limitó su mision;
Cambió, sin fuerza brutal,
De un mundo la faz social,
El sér, y la religion. . . !

Obra de tal magnitud,
Con tal fortuna acabada
Por tan exígua mesnada,
Más que de humana virtud,
Obra es por Dios decretada;

Y el que por juzgarla aleve
Ande de argucias en pos,
Por sutiles que las lleve,
¡Ese menguado se atreve
Contra los juicios de Dios. . . !

Obra es suya, y á sus fines,
Para empresa tan extraña,
De la Europa en los confines
Escogió sus paladines
Entre los hijos de España.

Ningun pueblo mereció
Fijar de Dios la memoria
Con mejor título, no;
¡Que ese pueblo peleó
Ocho siglos por su gloria!

II.

¡EXTRANJERO!

Cuando aquí llega el ibero,
Peregrino aventurero,
De estos recuerdos en busca,
Y con voz grosera y brusca
Le hablan de ley de extranjero,

Quisiera el pecho estallar
De congoja y de coraje,
Y al buen sentido vengar
Haciendo esa voz salvaje
Al que la vierte, tragar. . . !

¡Extranjero en esta tierra
Que está llena de su nombre!
Donde su gloria se encierra. . . .
Esto el catálogo cierra
De las miserias del hombre. . . !

El genio á Dios demandad,
Dad vuestra sangre y reposo,
Y un centro, una sociedad
Pasma del mundo, cread
Con esfuerzo prodigioso. . . ;

Dadle prestigio, valia,
Honra, fé, savia, guerreros,
Que vuestra patria perdia. . . .
¡Y allí serán algun dia
Vuestros hijos, extranjeros!

¡Extranjero! A quien prodiga
Por ocio frase tan dura,
Nunca la suerte enemiga
Le haga sentir la amargura
Que en esa frase se abriga. . . !

.
Por ella, hurraño y esquivo
El carácter expansivo
Se torna del pobre ibero. . . .
¿Por qué en su idioma nativo,
Aquí, llamarle extranjero?

Él creyó hermanos hallar
Divididos por el mar
Solamente, ¡no sabia
Que entre hermanos se podria
Esa palabra escuchar. . . !

Nada en política entiende,
Y quizá no oyó en su tierra
Que esto de allá no depende. . . .
Por eso, más que le ofende
Esa palabra le aterra. . . .

Ella mata su expansion
Y le vuelve retraido,
Que su pobre corazon
La primera decepcion
En este mundo ha sufrido.

Despues, herido por ella,
Su sentimiento se irrita
Como en familiar querella,
Porque el encanto le quita
De su esperanza más bella;

Y el pensamiento rival,
De *ser mejor*, le acomete:
De ahí el ser excepcional
Que á una lucha desigual
Sin descanso le somete. . . .

Probar intenta sin dolo
A esos hermanos que al fuero
Le relegan de extranjero,
Que vale extranjero y solo,
Desvalido aventurero,

Tanto, como el que en su hogar
Fué de favores prodigio:
Y se propone luchar
Hasta á ser honra y prestigio
De esos hermanos llegar.

La causa su empeño excusa,
Y no su soberbia acusa
Ese sentir lastimero. . . .
¡Ay, porque tanto se abusa
De esa palabra. . . . ¡*extranjero!* . . .

Céle el provecho que ofrece
Política autonomía
Quien la honra y la enriquece,
Y aun el que su afan acrece,
Más que celo, granjería.

Bien está que á la influencia
Extraña nunca deponga
De regirse la incumbencia,
De tal modo, que se exponga
A perder la independenciam;

Mas no por celo servil
Y suspicacia pueril,
Con exigencia insufrible,
Haga el acceso imposible
A su comunión civil.

Respete del extranjero,
Por decoro y conveniencia,
La fé y la opinion, que es fuero
De humanidad, si sincero
Refugia aquí su existencia,

Que es siempre precaria y triste
Aun con esa concesion;
Y el que en repudiarla insiste,
Ni alma elevada le asiste
Ni sensible corazon. . . .

Hasta ridículo, á veces,
Es tal celo y suspicacia
Por frívolas pequñeces. . . .
¡Que da á la ignominia creces
El insulto á la desgracia. . . !

Puede que en són de extranjero
Haya malvado que abuse
De su humanitario fuero;
Mas absurdo considero
Que á todos tal falta acuse:

Y más absurdo temer
Juzgo, de tal entidad
Amenazado el poder
Por la personalidad
Acaso de. . . . un mercader!

¡Triste ley de las naciones
Si ante tales ambiciones
Sintieran su paz expuesta,
Y á una expectacion funesta
Cifrarán sus atenciones!

Cuando ménos, á entender
Al mundo pudieran dar
Lo frágil de su poder,
Y que con solo querer
Se les puede arrebatar. . . .

Poder que, desconfiado,
Representa á una nacion,
O es un poder usurpado
Que no está consolidado
Por la pública opinion,

O irrision es de poderes
Por menguados ejercido,
Que, trocando los deberes,
Su defensa han conferido
A miserables mujeres.

III.

DEBERES MUTUOS.

Tanto salir del asunto,
Que te fastidia barrunto,
Gonzalo; mas ten paciencia,
Que ya mi pobre elocuencia
Está de agotarse á punto. . . .

Juzgábamos, si no mal
Recuerdo, la situacion
Difícil y excepcional
Que aquí nos crea fatal
Y absurda preocupacion;

Pero como no es mi intento
Hacer de este sentimiento
Cargo directo ninguno,
Porque si hubo fundamento
Antes, hoy fuera importuno;

En virtud de que aclarados
Por votos autorizados
Ciertos errores están,
Y que hechos recientes dan
Indulto á nuestros pecados,

Limitaré mi argumento
A sencillas soluciones
Del tenaz disentimiento
Que en algunos corazones
Da nuestro influjo tormento;

Del retraimiento vano,
Por visible resistencia
Del español y el indiano
A entrar en cuentas de plano
Con madurez y paciencia,

Sin que hiera la verdad
Ni el desengaño exaspere:
Y entrar ya es necesidad;
Lo exige la humanidad
Y la sociedad lo quiere. . . .

Vivir sin ello, no es dable;
Porque á tal punto llegamos
Que al amor propio culpable
Y á rencilla despreciable
Nuestro bien sacrificamos.

Preciso es ya definir
Nuestro recíproco sér,
Y á cada cual advertir
Lo que debe suprimir
Y lo que ha de conceder;

Y todos, con su derecho
Cuerdamente deslindado
Cada cual, honra y provecho
Darémos al fin sagrado
Que nos une en lazo estrecho. . . .

De un elemento nacimos,
Y en raza nos semejamos;
Igual tradicion seguimos,
A un mismo interés servimos,
Y en igual fé profesamos;

Nuestro aspirar, de consuno
Unimos con votos fijos,
Y anhela el bien oportuno
En pró de su patria el uno,
Y el otro en pró de sus hijos:

Que uno de un modo la espere
Y otro lo busque á su modo,
Es sensible; mas se infiere
Que un mismo fin lleva todo,
Y es, ese bien que se quiere.

¿Dónde no hallar disidencia?
Precisamente en familia
Esa es marcada tendencia:
La desune con frecuencia,
Mas pronto se reconcilia

En razon de que, al crecer
Tales contiendas, desdoro
De todos pudiera ser;
Y todos saben ceder
Por amor y por decoro. . . .

¿ Podrá ceder algun día
Por provecho ó reflexion
Esta disidencia impía?
Lo espero, mas la ocasion
No ha llegado todavía. . . .

Llegará cuando se sienta
Necesidad exigente
De conjurar la tormenta
Que en el cielo se presenta
Del indiano Continente;

Cuando esa sed de emociones
En que su existencia apura,
Y le divide en facciones,
Y á mezquinas ambiciones
Solo el provecho asegura,

Calme: cuando refrenar
Su afan impaciente pueda,
Y fatigado de errar,
Como el objeto que rueda
Vaya su centro á buscar;

Y en ese centro apoyado,
Limite su pensamiento
A un aspirar razonado,
Dando sólido cimiento
Al libre sér que ha alcanzado.

Como para esto ha de ser
Fuerza la vista volver
A aquel punto de partida,
De donde la fé y la vida
Social se vino á traer,

Como elemento especial
De sólida subsistencia,
La alianza natural
De aquel principio social,
Aceptar es conveniencia. . . .

Miéntras, que ninguno olvide
Que si opinion encontrada
Todavía nos divide,
Una exigencia sagrada
Nuestro concurso nos pide. . . .

Busque cada uno á su modo
Que la moral de su homilia
Logre mejor acomodo;
Mas mire que sobre todo
Está el bien de la familia. . . .

De su cuerda direccion
Proceder al fruto debe
De sólida ilustracion
Que á su importante mision
Estas regiones eleve. . . .

Miéntras la fusion ansiada
Nos marca deberes fijos,
Quede esta verdad sentada. . . .
¿A qué padre desagrada
La grandeza de sus hijos?

Más material la cuestion:
¿A qué artífice no sobra
Amor á su creacion,
Y no goza al ver su obra
Objeto de estimacion?

Y el que su fama remite
(Y aquí es mas nímia la idea)
Al pensamiento que emite,
¿Gustará, aunque absurdo sea,
Que otro lo desacredite? . . .

Artífice ó charlatan,
Celosos de acuerdo van
En preconizar su fama. . . .
¿Por qué oficioso ese afan
En el español se llama?

¿Por qué deduccion ociosa,
Si autor se le reconoce,
Suponerle una alma odiosa
Que de obra tan portentosa
En la destruccion se goce?

¡Más cuerdo fuera indagar
El móvil que da lugar
A esa importuna porfia
Con que aumenta cada dia
Su pena y su malestar. . . !

Ese respeto profundo
Que á su progenie tributa,
Ese civismo fecundo
Que á su gloria, sin disputa,
Dió el primer puesto en el mundo;

Ese temor de empañar
El lustre de su ascendencia;
Eso se debe estudiar,
Antes que intrusa llamar
Del español la influencia. . . !







ODA

*Dedicada á la distinguida Señora Doña Guadalupe Prieto
de Arrijoa.*

I.

México, rico verjel,
Adoptiva patria mia,
Tierra hospitalaria y fiel
Donde me amó mi María,
Donde nació mi Isabel;

Refugio de mis azares,
Dulce asilo que á buscar
Vine á través de los mares,
Pensando en tu suelo hallar
La tumba de mis pesares.

¡Con cuánta fé mi memoria
Vuelve sus ojos á tí. . . !
Tú encierras de amor mi historia,
Y además, eres la gloria
De la tierra en que nací. . . .

¡Qué hermoso es tu cielo! cuán
Refulgentes tus estrellas
Cuando en el espacio van
Proyectando de un volcan,
Con su luz, las formas bellas. . . !

¡Cuán esplendente es tu sol!
Cuál tus crepúsculos lucen
Tintas de azur y arrebol,
Que aumentadas reproducen
Galas del cielo español!

¡Cuánto esa luz que te baña,
Esas auras que te mecen,
Esa florida campaña. . . .
Cuánto, cuánto se parecen
A mis recuerdos de España. . . !

Tus jardines, tus pinares,
Tus mieses. . . y hasta el rumor
De tus rústicos hogares,
Cuando entona el labrador
Sus religiosos cantares;

Tus templos diseminados
Entre bosques de granados
Y enredaderas de rosa,
Por la llanura anchurosa
Donde pacen tus ganados. . . .

Tus campos, tus carreteras,
Tus flores y tus frutales,
Tus avejillas parleras. . . .
Las brisas primaverales
Que perfuman tus riberas;

Y hasta el calor ardoroso
De tu sol de medio día,
Son el remedo asombroso
De otro verjel delicioso
Que se llama Andalucía. . . !

Y tus profundas cañadas,
Tus montañas ponderosas,
Tus altas cumbres nevadas,
Tus barrancos, tus quebradas,
Tus simas vertiginosas;

Tus páramos solitarios
Y tus bosques centenarios,
Y tus áridos desiertos
Que al sol parecen cubiertos
Con amarillos sudarios:

El fragor de tus tormentas,
Tus rayos, tu vendaval. . . .
¡Todo es remedo cabal
Con que al vivo representas
A España septentrional. . . !

Tus monasterios lujosos,
Tus altivas catedrales,
Tus palacios suntuosos;
Tus hijos caballerosos,
Y tus hijas celestiales,

En cuya faz se atesora
El puro y suave arrebol
De las tintas de la aurora,
Con la luz deslumbradora
Que dió á sus ojos el sol:

Tus matronas generosas,
Tu pueblo de vario estilo
Con sus costumbres rumbosas;
La calma con que reposas
En todo evento tranquilo,

Remitiendo á tu pasado
La disculpa indiferente
Del mal que turbarla ha osado,
Cual remite el hombre honrado
Su mal á su antecedente. . . .

Tu dignidad patriarcal,
Al par que noble sencilla,
Tu caridad proverbial. . . .
¡Todo, todo de Castilla
Es el trasunto leal. . . !

II.

Tierra de madres y esposas,
Emporio del suelo indiano,
Que adormecida reposas
Por las olas bulliciosas
Entre uno y otro Océano;

Seno de fiel amistad,
De amores puros guarida,
Centro de inmensa piedad,
Fuente que torna la vida
La muerta felicidad:

Del mundo avaro, tesoro
Codiciado é inagotable;
Del mundo social, decoro,
Para quien más que tu oro
Es tu agasajo apreciable:

Patria del genio nativo
Que hasta sin cultura asoma
Entre tu pueblo expresivo,
Prestando dulce atractivo
A gesto, ademan é idioma;

Y si cultiva sus dones
Con ellos te immortalizas,
Y al mundo das por blasones
Tus Cabrerías y Alarcones,
Tus Carpios, tus Gorostizas. . . .

Y esa pléyade moderna
Que tus destinos gobierna,
En política, en historia,
En ciencias y artes, tu gloria
Hará con su gloria, eterna. . . .

III.

Todo, México, florece
Bajo tu cielo sereno,
Y encanto tal todo ofrece,
Que una calumnia parece
Decir que hay odio en tu seno. . . .

¡Odio! ¿Qué puede exaltar
En tí tan mala pasión,
Ni contra quién la emplear,
Si en tí, solo sed de amar
Se siente en el corazón. . . ?

Dizque pugnas por romper
Con tu glorioso pasado. . . .
¡Mentira! no puede ser
Pigmeo degenerado
Quien logró atleta nacer. . . .

Ni, ¿qué interés te moviera,
Si de tu grandeza en pos
Al ir, abierta te espera
Trazada fácil carrera
Por los designios de Dios?

¿Habrá colocado en vano,
Como atalaya gigante
Entre uno y otro Océano,
Ese tu imperio arrogante
En medio del suelo indiano?

¿Serán de ilusos quimeras
Esas inmensas barreras
Que, entre el uno y otro mar,
Hacen el trono en que imperas
Imposible de escalar. . . ?

No; tu poderoso asiento,
Tu riqueza, tu extension,
Tu vario temperamento,
La esperanza y el cimiento
De grandes destinos son,

Que harán en tu raza hijos
La fé de las tradiciones.
Cuando debates prolijos
Y mezquinas ambiciones
Dejen por ella tus hijos;

Cuando ceda la impaciencia
Y el ardor con que porfian,
Y, uniforme su creencia,
Ella les dé la conciencia
De lo que unidos valdrian; . . .

Cuando de su propio sér
Ufanos, no avergonzados,
Aspiren con su valer
Más que á imitar, á imponer
La ley de ser imitados; . . .

Cuando, en fin, el sentimiento
Les revele la grandeza
Que hay en su propio elemento,
É impulsen su pensamiento
Dios, y la naturaleza. . . .

IV.

Quien otra cosa sugiere,
México, á tus hijos, quiere
Tu disolucion, tu afrenta;
Y que ha de heredarte infiere,
O que ha de humillarte cuenta. . . .

Heredado ó destruído,
Tu poder adivinado
No será estorbo temido
A otra raza que á tu lado
Con mengua tuya ha crecido. . . .

Ni el degradador trabajo
Del intrigante rechaza,
Ni el seductor agasajo,
Ni el cohecho artero y bajo,
Para humillarte esa raza;

Ni del poder que te debe,
Haciendo alarde, te exime:
Tu debilidad promueve,
Y al verte débil, aleve
Te roba infame y te oprime.

V.

¡Dios, en sus juicios tal vez,
De la humana insensatez
El vano aspirar castiga. . . !
¡Hoy, á esa raza soez,
México, llamas tu amiga. . . !

Ya te exigió tu creencia,
De tu culto el exterminio, . . .
Y modeló su exigencia
Tu política existencia. . . !
¿Cuándo querrá tu dominio. . . ?

No, jamás; ántes se oculte
Tu sol, que alumbrar esclava
Tu raza, y que otro la insulte:
¡Ah! primero la sepulte
De tus volcanes la lava!

Antes tu mies no florezca
Y alimento no te ofrezca;
Antes feroz cataclismo
Abra en tu suelo un abismo
Y en él tu raza perezca!

.
La tierra de mis amores
Orgullo de mis mayores,
Patria de mis hijos bella,
¡Por fraticida querella
Esclava de otros señores!

La noble y régia sultana
Elegida soberana
De este Hemisferio grandioso,
¡De un conquistador odioso
Miserable barragana. . . !

Ni del poder que te debe,
Haciendo alarde, te exime:
Tu debilidad promueve,
Y al verte débil, aleve
Te roba infame y te oprime.

V.

¡Dios, en sus juicios tal vez,
De la humana insensatez
El vano aspirar castiga. . . !
¡Hoy, á esa raza soez,
México, llamas tu amiga. . . !

Ya te exigió tu creencia,
De tu culto el exterminio, . . .
Y modeló su exigencia
Tu política existencia. . . !
¿Cuándo querrá tu dominio. . . ?

No, jamás; ántes se oculte
Tu sol, que alumbrar esclava
Tu raza, y que otro la insulte:
¡Ah! primero la sepulte
De tus volcanes la lava!

Antes tu mies no florezca
Y alimento no te ofrezca;
Antes feroz cataclismo
Abra en tu suelo un abismo
Y en él tu raza perezca!

.
La tierra de mis amores
Orgullo de mis mayores,
Patria de mis hijos bella,
¡Por fraticida querella
Esclava de otros señores!

La noble y régia sultana
Elegida soberana
De este Hemisferio grandioso,
¡De un conquistador odioso
Miserable barragana. . . !

Ni del poder que te debe,
Haciendo alarde, te exime:
Tu debilidad promueve,
Y al verte débil, aleve
Te roba infame y te oprime.

V.

¡Dios, en sus juicios tal vez,
De la humana insensatez
El vano aspirar castiga. . . !
¡Hoy, á esa raza soez,
México, llamas tu amiga. . . !

Ya te exigió tu creencia,
De tu culto el exterminio, . . .
Y modeló su exigencia
Tu política existencia. . . !
¿Cuándo querrá tu dominio. . . ?

No, jamás; ántes se oculte
Tu sol, que alumbrar esclava
Tu raza, y que otro la insulte:
¡Ah! primero la sepulte
De tus volcanes la lava!

Antes tu mies no florezca
Y alimento no te ofrezca;
Antes feroz cataclismo
Abra en tu suelo un abismo
Y en él tu raza perezca!

.
La tierra de mis amores
Orgullo de mis mayores,
Patria de mis hijos bella,
¡Por fraticida querella
Esclava de otros señores!

La noble y régia sultana
Elegida soberana
De este Hemisferio grandioso,
¡De un conquistador odioso
Miserable barragana. . . !

Y si es el albur funesto,
Explica los resultados
El sibílico pretexto
De. . . ¡ser “hechos consumados
“Del destino manifiesto. . . !

“¡Obró la fatalidad. . . !
“Los destinos le quisieron”. . . !
¡No de otro modo, en verdad,
Hablaron en otra edad
Los que en Troya sucumbieron. . . !

.
¡Original siglo es este!
De despreocupado y serio
No hay hora que no proteste,
Y haciendo ídolo el misterio,
No hay farsa á que no se preste. . . !

Ávida ansiedad consume
Su espíritu: ciencia infusa
Cuanto infalible, presume;
¡Y no hay duda que no abrume
Su inteligencia confusa. . . !

En su furor de indagar,
Supo el secreto arrancar
De que es la vida un tesoro
Que por regalo y decoro,
Fácil se deja explotar; . . .

Y con pretexto de hacer
A la humanidad dichosa,
Tal la supo enaltecer,
Que del hombre hizo una. . . . *cosa*
De comprar y de vender. . . !

Sublime entidad, no obstante,
Autonómica la llama,
De alta mision laborante: . . .
¡Así anuncia en su programa
Su habilidad el farsante. . . !

Fé, ¿dónde estás escondida?
¡Sin tí, de un delirio en pos,
El hombre es. . . . *cosa* en la vida,
Cuando á tu luz bendecida
Es, el remedo de Dios. . . !

II.

OTRA VEZ EL VENENO DE LA POLÍTICA.

Decíate, que influir,
Ni en su derecho apoyado,
Pudo el español sentir,
Ni terciar, ni discutir
En su interés le fué dado.

La política funesta
Toda intervencion detesta,
Aun la de la voz amiga
Que sus desmanes mitiga
Y su error le manifiesta.

¿Qué podría decir él
Siendo á sus deberes fiel?
¡Verdades que se presienten
Y dañan á los que mienten
Oro, en lugar de oropel. . . !

De los buenos, amargura;
De los malos, irrisión
O encono; que eso asegura
En política locura
Cualquiera contradicción. . . .

Se supone con malicia
Que ese terreno abordar
Intenta nuestra codicia,
Para la marcha propicia
De cierta idea estorbar:

Motivo de suspicacia
Es la infundada creencia
De que, con sorda eficacia,
Buscamos la supremacía
Que un tiempo fué nuestra herencia;

Y el poder que se escapara
De nuestras manos un día
Busca nuestra sed avara,
¡Ú otro que representara
Aquí nuestra tiranía. . . !

Apoyo dá y valimiento
En el vulgar sentimiento,
La preferencia leal
Que el bando tradicional
Dió siempre á nuestro elemento,

A tan rara imputacion:
¡Y medio siglo de luto
Y amarga persecucion,
Sufrimos como tributo
A esa funesta opinion. . . !

Lo que el español pretende
Y lo que siempre ha querido,
A fin más alto se extiende
Que ese cargo que le ofende,
Y al interés de un partido:

Pretende que estas regiones
Que ilustraron sus abuelos
Con portentosas acciones,
Do tiene sus afecciones
Y el fruto de sus desvelos,

No sean incauta presa
De empíricos charlatanes,
A cuya intencion aviesa
Poco la patria interesa
Víctima de sus desmanes,

Con tal que aplauso venal
Sus experiencias sancione
De hacer del cuerpo social
Un juguete que supone
Su patrimonio especial: . . .

Que en mengua de antiguas glorias
No profanen los poderes
Entidades irrisorias,
Dignidades ilusorias
Ni fingidos caractéres;

Y que en rüin condicion,
Su raza que hasta el prodigio
Eleva la tradicion,
No sea, en su desprestigio,
De burla, objeto y baldon. . . .

Es un deber que le impone
Su tradicional decoro,
A tal grado, que supone
Cuanto á esa tierra baldone
Afrenta nuestra y desdoro. . . .

La gloria con nuestra historia
De este hemisferio se enlaza:
Y no hay de un hecho memoria
Que, aunque humille nuestra gloria,
No enaltezca nuestra raza.

Por naturales efectos
Nos son sensibles ó aceptos
Su abatimiento ó grandeza;
Su valor y su flaqueza,
Sus prendas y sus defectos.

De tal interés movido,
Con más celo que prudencia,
El español ha solido
Censurar á tal partido
O apoyar tal disidencia. . . .

Hizo mal, aunque su idea
No fué avivar el funesto
Ardor de civil pelea;
Mas se quiere que así sea,
Y su ingerencia es pretexto.

Hizo mal, pero en razon,
Quien tal cargo no prefiere
A la eterna humillacion
Que aquí imponérsenos quiere
Por algun bando ó faccion,

Decrepitud ó impotencia
Solo evitarlo podria:
Quien sin eso halló prudencia,
Aprendió á tener paciencia
De esclavo en la Berbería.

Cualquier motin ó patraña,
Ó asonada baladí,
Fuera ó no al motivo extraña,
Siempre se iniciaba aquí,
Al grito de ¡muera España! . . .

Cuando el nombre y la fortuna
Están bajo el anatema
De esa faccion importuna,
Lanzado aun sin causa alguna
Por aversion ó sistema,

Con el pretexto bien raro
De avivar el patrio fuego,
A amenazar sin reparo
Nuestra fortuna y sosiego,
Que se nos provoca es claro. . . .

Y provocado, aburrido,
Pues gran paciencia no acopia,
El español perseguido
Buscó en un bando partido
Siquiera en defensa propia.

No fué por dicha frecuente
Tal proceder: si lo fuera,
La queja es impertinente;
Que el que provoca imprudente,
Al provocado exaspera. . . .

Al ver nuestros sufrimientos
Los mandarines sangrientos
Árbitros en paz y en guerra,
Decían: "*¿vuestra tierra*
Idos, si no estais contentos. . . ."

Y los *influxos* beodos,
Los cortesanos de todos,
Con mentida compasion
Nos decían: "*¡estos son*
Los polvos de vuestros lodos!"

Los tunos, los ilustrados,
Los augures del destino
Patriotas descamisados,
En su derecho apoyados
Como en derecho divino,

Tronaban por demostrar
No poder esto marchar
Si aquí el recuerdo de España,
Como á la mies la zizaña,
No se lograba arrancar. . . .

Concluyendo, por supuesto,
En verse á dar obligados
La razon, con el pretexto
Del destino manifesto,
Y los hechos consumados;

Y ensalzando las tendencias
Del nuevo filosofismo,
Su influjo, sus exigencias;
La ley del racionalismo
Que impera ya en las conciencias;

A Italia, Polonia, Hungría,
Kosuth, Mazzini; y despues
De esta eterna letanía,
Hacer del *noventa y tres*
Entusiasta apología. . . !

Y el auditorio, embobado
Ante tal erudicion,
Queda, sin duda, ilustrado,
Convencido y enterado,
Como. . . el *negro del sermon.* . . .

¿Por qué las causas más bellas
Tienen intérpretes tales?
¿Por qué así se abusa de ellas
Para ambiciosas querellas
Y venganzas criminales?

¿Por qué los nombres sagrados,
Por el mundo respetados,
De patria y humanidad,
De progreso y libertad,
Tienen tales abogados,

Que hacen nombres tan queridos
Escucharse con terror,
Pues llegan á los oídos,
Del incendio precedidos,
La matanza y el horror. . . ?

¿Es que el hombre degenera
En niño acaso ó salvaje,
Que un mal el bien considera,
Y hacerle ese bien se espera
Con el rigor y el ultraje?

No; porque principios tales
Cuando con lealtad se aclaman,
No por apremios fatales
Los corazones leales
Los acogen y los aman;

Sino porque están escritos
En todos los corazones,
Y al hombre social prescritos
Sus sentimientos benditos,
Por el Dios de las naciones. . . .

Concretárase en buen hora
Quien celo patrio atesora
Y amor á la humanidad,
A dar á la sociedad
Ilustracion bienhechora,

Enseñando al inconsciente;
Corrigiendo el vicio insano,
Dando en el vulgo ascendiente
Al espíritu eminente
Del Evangelio cristiano; . . .

Dando á la ley reverencia;
Siendo de virtud modelo
Do mire el vil su conciencia,
El torpe su incontinencia,
Y el que sufre, su consuelo;

La condicion mejorando
En abyectas muchedumbres:
Los deberes enseñando,
Y con juicio reformando
Carácter, genio y costumbres,

Con el fin de conformar
Un todo que el patrio sér
Puede en cultura igualar: . . .
Eso basta á cimentar
Sólidamente un poder. . . .

III.

ABERRACIONES DE LA PREOCUPACION.

*“¡Idos, si no estais contentos,
A vuestra tierra!”* nos grita,
Al oir nuestros lamentos,
Quien por destrüir se agita
Tiranos procedimientos:

El humano y liberal,
Terror de abusos tiranos,
Que en fusion universal
Quiere con derecho igual
A los hombres sus hermanos,

Sin que límite ni fuero
Distinga el bárbaro nombre
De nacional ó extranjero;
¡Quién se inmolará sincero
Solo por amor al hombre. . .!

¡Los polvos de vuestros lodos!

El politicastro nombra
Lo que, en perjuicio de todos,
Le da ricos acomodados
Del desórden á la sombra. . . !

Disculpable es la arrogancia
Con que de su inconsecuencia
Algunos hacen jactancia,
Pues prueba de su ignorancia
Es bastante su insolencia:

Estos pueden alarmar,
Pero nunca pervertir;
Mas los otros, por medrar,
Se empeñan en prestigiar
Lo que no pueden sentir. . . .

Zánganos de la colmena
Patria, de la cuna hubieron
Ilustracion mala ó buena,
Y fortuna que sin pena
Quizá, en el ocio perdieron.

Aristócratas del vicio,
Del trabajo detractores,
El barullo es beneficio
Que con general perjuicio
Les da fortuna y honores:

Al pueblo, por quien protestan
Sacrificar su reposo,
A ese pueblo que detestan,
Y que los conoce, prestan
Su concurso licencioso. . . .

Vienen á vestir un traje
Que desprecian, con pretexto
De contener el salvaje
Odio popular funesto
Contra los de su linaje. . . .

Esto dicen por dorar
Con unos su apostasía;
Y á los otros, "que aguantar
No debe la tiranía
La majestad popular:

Que á su rango, su conciencia
Prefiriendo, porque ven
Peligrar la independencía,
De la patria por el bien
Sacrifican su existencia. . . !”

Y discursos charlatanes
Hacen al pueblo fervientes,
É invocando reverentes
De Guautimotzin los manes,
Llámanse sus descendientes. . . !

Su mision es disculpar
Atrocidades y abusos,
La discordia prolongar
Ensalzando héroes ilusos
A cuya sombra mandar. . . .

Si el buen sentido halla modos
De exigirles la razon
Del mal que atormenta á todos,
Ellos dicen: “¡estos son
Los polvos de vuestros lodos. . . !”

IV.

HOMEOPATÍA POLÍTICA.

Épocas de error y luto
Todos los pueblos pasaron,
Y al vértigo disoluto
De las pasiones, tributo
Desconsolador pagaron. . . .

Se ha visto á la humanidad
Tener por valor la audacia;
El terror por libertad,
Por virtud á la maldad,
Y por dicha á la desgracia:

Y por huir de un tirano,
Supuesto ó real, hacer
De despecho alarde vano,
Y bajo el dominio insano
De mil tiranos caer. . . .

¡Aciagas épocas fueron
Que con sangre se escribieron
Para escarmiento en la historia,
Y solo de horror memoria
Y crímenes produjeron. . . !

¿Cómo en la moderna edad
Con el cristiano elemento
De fé, amor y caridad,
Se ensalza aquel sentimiento
De barbarie y de impiedad. . . ?

Y su recuerdo se aclama
Para redimir al hombre
De esclavitud que le infama. . . .
¡Y de libertad en nombre
Ese recuerdo se llama. . . !

¡Y de familia y creencia,
Interés y tradicion,
Moral, decoro y decencia,
Esa funesta demencia
Se quiere en sustitucion!

¡Ah, sí. . . . Mentira parece;
Y es que el siglo prepondera
En los inventos que ofrece
Nada más; la industria crece:
Pero el hombre degenera. . . !

Y sirven esos inventos
Su fuerza á sustituir,
Que á sus perdidos alientos,
Mecánicos elementos
Ésle preciso añadir. . . .

Esa constante manía
De abreviar todo, que siente,
Es la fiebre, es la agonía
De la tísís, que presiente
Que será tarde otro día. . . !

¡Edificio de titanes
Habitado por pigmeos
Es este siglo de afanes,
Océano de deseos
Y piélagos de desmanes. . . !

La mecánica, el guarismo. . . .
Hé aquí del hombre actual
La fuerza; el racionalismo
Y utilitario egoismo. . . .
¡Hé aquí también su moral!

Solo con su autonomía,
De la vida el viaje emprende,
Y en sí su destino fia:
¡Antes, de Dios dependia;
Hoy de sí mismo depende. . . !

Si de hombre satisfacer
La misión es penitencia
Bien dura, ¿qué vendrá á ser
El doble cargo tener
De ser hombre y Providencia?

.
Cuando el esfuerzo se gasta
El alma se debilita;
Y nada á alentarla basta
Si una emoción entusiasta
Alguna vez no la agita. . . .

El hombre, á ser reducido
Cosa, al esfuerzo perdido
Busca tambien emociones
Y entusiasmo, en el rüido
Del furor de las pasiones:

Porque no en el alma siente
El vigor debilitado. . . .
¿Qué es alma? Es la sed ardiente
Y el apetito exigente
Lo que su fuerza ha gastado. . . .

Empeñado en tributar
Tansolo á sí mismo incienso
Y su apoteósis formar,
Ante cargo tan inmenso
Siente el vigor desmayar. . . .

Y el caos, por sucesion
De esa lucha, se levanta;
Y en torpe exasperacion,
Se busca en la tradicion
¡Lo que horroriza y espanta. . . !

V.

¡IDOS!

¡Idos! Al cielo pluguiera
Que la intimacion grosera
Pudiera ser admitida,
Porque en ser obedecida
Nuestra venganza estuviera. . . .

Idos dijo ya otra vez
El patriotero exigente,
Y nos fuimos. . . . mas pardiez,
¡Nadie envidiara la prez
Que dió á su patria esa gente!

Por desgracia no afectaron
Más que á la patria los duelos
Que al expulsarnos causaron,
Y ufanos tal vez quedaron
Esos y otros tiranuelos. . . .

¿Qué le importaba á esa hez
El hambre y la desnudez
Del pobre niño expatriado,
Inocente y despojado
De su fortuna tal vez?

¿Qué de la fiel compañera,
Honra de madres y esposas,
Lanzada á tierra extranjera,
De una suerte aventurera
Las consecuencias forzosas?

¿Qué de la triste orfandad
De los que acá se quedaron,
Que amparo y utilidad
En la industria ó caridad
Del español encontraron?

¿Qué los campos sin cultivo
Y la industria sin fomento,
Y el traficar inactivo
Por falta de ejemplo vivo
En el hispano elemento. . . ?

Nada. ¡Qué le ha de importar
A esa pandilla ignorante,
Cuyo fin es humillar
Por ver si logra elevar
Su condicion humillante!

¡Cuyo empeño es destruir
Fama, prestigio, caudal,
Y en escombros convertir
Cuanto puede resistir
A su dominio inmoral. . . !

VI.

PAGUE QUIEN DEBA.

¡Que de *nuestros lodos son*
Los polvos. . . Errores tales
Dice el político histrion
De sentimientos venales,
Sin patria y sin corazon. . . !

En labio extraño, quizá
Esa imputacion convenza
Si bien aplicada está,
Mas prueba de desvergüenza
Si aquí se profiere, da.

Lo que *nuestros lodos* puede
Llamar quizá la malicia,
No de otra cosa procede
Que de un cariño que excede
A todo, hasta á la justicia.

Burlando nuestros afanes
Con ese cariño ciego,
Educamos holgazanes
En hijos cuyos desmanes
Hoy turban nuestro sosiego. . . .

¡Triste es esta confesion!
Mas que afrente ella á quien deba:
Lanzada la acusacion,
El acusado la prueba
Da de su vindicacion.

Erró por ser indulgente,
Mas nunca dió al hijo ingrato,
Ni mal consejo imprudente,
Ni ejemplo no conveniente,
Ni duro insufrible trato;

Dióle su amor, su fortuna,
Su fé, su nombre le dió,
Honrado y sin mancha alguna,
Y educacion oportuna
Y esmerada le ofreció. . . .

Dióle en el mundo un lugar,
Y elementos para honrar
El más prominente escudo. . . .
¡Este es el *lodo* que pudo
Aquí el español dejar. . . !

VII.

FOR MAL O POR BIEN A LOS TUYOS TE ATÉN.

La razon, como he podido
Te he dado, y es evidente
Que aquí el español no ha sido,
Ni ser puede indiferente,
Como á extranjero es debido,

En la contienda enojosa
Que á este hemisferio tortura;
Que su ingerencia officiosa,
Por útil y provechosa,
Reconocerle es cordura. . . .

Sí: provechosa entidad
En esta tierra supone,
Que ingente necesidad
A esta novel sociedad
La conservacion impone;

Y aun sus defectos prolijos
Sirven, mal que á algunos cuadre,
Cual sirven, censores fijos,
Contra el ardor de los hijos
Las reflexiones de un padre:

Sirven para recordar
Que, aun libre y emancipado,
Al hombre de buen obrar
No le está bien derrochar
El patrimonio heredado.

Pobre ó rico, se le dió
Lleno de sus bendiciones
La mano que le formó,
Y para honradas acciones
Que sirviera presumió.

Y no hay asenso que dar
Al especioso argumento
De que aquí no hubo heredar,
Sino á fuerza conquistar
Libertad, patria y sustento:

Es paradoja que duchos
Por sostenerla se inflaman;
Mas la razon que proclaman
Tilda de necios á muchos,
Y otros con ella se infaman.

Quien pensó reivindicar
Deje costumbres é idioma,
Y quememe su propio hogar:
Quien dominio ajeno toma
Sin eso, quiere usurpar. . . .

Por tal conclusion, es dado,
Que mejor que lo usurpado,
Será en decoro admitido
En los unos, lo heredado,
Y en los otros, lo cedido.

No dudo que sin misterio
Así ha de tomarse en cuenta
Por todo honrado criterio:
¿Qué es, si calla el vituperio,
Que la vanidad se sienta?

Tiempo es de que hable la historia
Y enmudezcan las pasiones:
¿A qué, por mentida gloria,
Llenar de odios la memoria
Y de hiel los corazones?

Y si esa gloria importara
Para algun bien fundamento. . . .
Mas, léjos de eso, es tan cara,
Que el sostenerla separa
De la accion al pensamiento:

Así el progreso entorpece,
Porque á nadie satisface
Ni legítima parece:
Solo ambiciones complace
Con el provecho que ofrece.

Sincero en toda ocasion,
Une el hispano leal
En favor de esta region,
Al interés natural
El amor del corazon.

Por afeccion y por trato,
¿En dónde amigo más grato?
Y en suerte aciaga, cruel,
¿Dónde aliado más fiel
Y defensor más barato

Puede este Hemisferio hallar,
Que quisiera omnipotente
En sus hijos vincular. . . ?
Por eso suelo impaciente
Sus disturbios condenar.

Su influjo en civil contienda
Más celo que culpa entraña:
Teme que ambicion extraña
Usurpar aquí pretenda
La rica herencia de España.

Si sueltas tan ricas perlas,
Que engastadas, lucen más,
El español al perderlas
Pudo á sus hijos cederlas,
Pero á un extraño ¡jamás. . . !

Ese temor que su juicio
Exalta, en él equivale
Al noble celo patricio:
En tal sentir sobresale
Más que ambicion sacrificio.

Al ofrecer su alianza
Para un acaso funesto,
Nada pide á la bonanza:
Pide en el peligro un puesto,
Y dichoso es si lo alcanza.

Tan legítimo pensar,
Que en noble interés se excita,
Es locura rechazar,
Pues que de ambicion vulgar
La innoble sospecha quita.

¿Quién, pudiendo, no rechaza
Lo que en tristes desvaríos,
De perdicion amenaza,
Puede imponer á su raza
La suerte de los judíos?

Verás, pues, que hay consecuencia
En ser así: bien ó mal,
Liga aquí nuestra presencia
La política existencia
Con la existencia social.

Obliga nuestro ascendiente,
Y nuestro buen nombre obliga
A una actitud reverente,
Que á quien no le es consecuente
La sociedad le castiga.

Delinque en ella aturdido
Y verás, mal que te cuadre,
Que has su decoro ofendido
Por haber desmerecido
El buen nombre de tu padre.

Pues tal valer, ten por cierto
Que del aire no procede:
No es al colono inexperto
La dependencia que ha muerto
La que imponérselo puede;

Es un pueblo libre, ansioso
De nuevo sér, nueva historia,
El que le admite gustoso,
Porque en él funda orgulloso
La tradicion de su gloria.

Podrá ese sentir callarse,
Tal vez creerse distinto;
Mas cuando llega á excitarse,
Tal como es ha de mostrarse
En el alma, en el instinto.

Si hasta el padecer se extraña
Cuando la salud se adquiere,
¿Cómo olvidarse de España?
¿En qué su recuerdo daña?
¿En qué su memoria hierde?

Si hasta aquello que le afrenta
Dorar el hombre pretende,
¿Cómo hallar juiciosa cuenta
Aquí, si el decoro ofende
Y hasta la gloria atormenta?

Si la operacion mas ruda
El cuerpo humano se impone
Por si á su salud ayuda,
¿Por qué aquí en funesta duda
El cuerpo social se expone? . . .

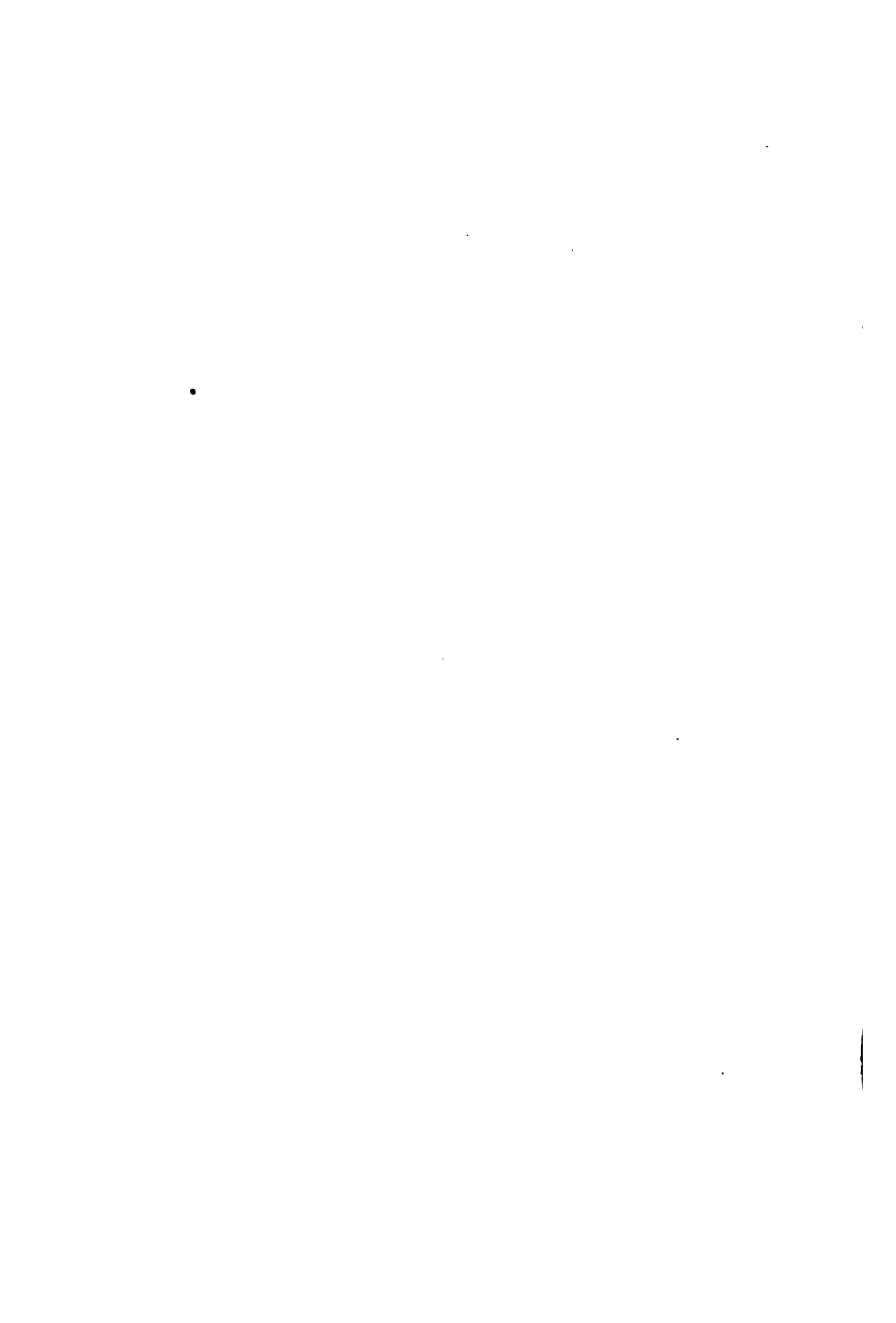
¡Porque el individuo sér,
Justo, prudente y sensato,
Asociado en un poder
Llega el instinto á perder
Y á tornarse mentecato!

Porque más mi intento abone
Y tu conviccion señale,
Decirte el deber me impone
A más de lo que supone
El español, lo que vale.

Si como honrado y leal
Su fama al mundo es notoria,
En su ser tradicional
Fundó, por gracia especial,
La raza humana su gloria.

Si á tu admiracion señalo
Rasgos que orgullo te den,
Siéntelo y presente ten
Que ellos la gloria, Gonzalo,
Son de tu patria tambien.







CANTO



I.

Espejo del honor, régia matrona,
Patria del heroismo y la nobleza,
Del mundo un tiempo espléndida corona
Que admiraba postrado tu grandeza;
¡Y hoy de enemigos que la envidia encona
Por abatir tu inmensa fortaleza,
Traicionada, vendida, calumniada. . . .
Y de tus ricas joyas despojada!

* Este canto fué escrito bajo la impresion de los sucesos á que dió lugar la aprehension del buque pirata "*El Virginius*." Algo se ha mitigado con el tiempo la amargura de aquella impresion; pero el autor ha creído deber dejar consignados sus sentimientos, seguro de que en aquel caso, y en todos los que de igual índole sobrevengan á España, fueron y serán siempre los de todo el pueblo español.

II.

Desde esta tierra, tu vasalla un día,
Cuando el sol refulgente de tu gloria
Eterno en tus dominios relucía;
Fijos en tí sus ojos la memoria,
Tu amor por norte, y con tu fé por guía,
Por luz tu fama y por valer tu historia,
Un hijo tuyo, errante en tierra extraña,
Salud te envia, generosa España. . . .

III.

¡Oh mi patria querida, madre amante,
Cuánto al amor de tu recuerdo debo!
Él dirige mi paso vacilante,
Con él la norma en mis acciones llevo;
Y escudada por él mi fé constante,
El riesgo afronto y al azar me atrevo;
Que el que de tí recibe aliento y vida,
Ha de ser como tú, madre querida,

IV.

Fuerte, animoso, y á la par sufrido,
Como á la par tambien noble y sensible;
Blando en la dicha y en la pena erguido,
Esclavo de ese honor incorruptible
Que fama proverbial ha conseguido
En uno y otro mundo, indestructible;
Y franco, y liberal, y amigo estable. . . .
Que todo eso eres tú, Patria adorable.

V.

Y eso que fué de tu esplendor enseña,
Tu decadencia á respetar incita:
En vano, torpe, la codicia sueña
Si tus despojos heredar medita;
Que cuanto más tu destruccion la empeña,
Tu espíritu inmortal que resucita
Asombra á aquel que á declarar se atreve
Cara á cara una vez su intento aleve. . . .

VI.

¡Júzgante empobrecida y sin aliento,
Presa de criminales ambiciones;
Tu trono socavado y sin cimiento,
Y tu manto imperial hecho girones. . . !
Apure, por probar, su sufrimiento,
Quien tal juzgue, y verá que tus leones,
Sacudiendo á tu voz la calentura,
Recobran su vigor y su bravura. . . .

VII.

Que tu poder estriba no reparan
En el amor que inspiras á tus hijos:
¡Ese amor que á los *dollars* equiparan,
Mercaderes de cálculos prolijos!
Con tu modestia su esplendor comparan,
Y datos ven de tu impotencia fijos. . . .
¡Y pretenden bolsistas y usureros
Medirse con tus bravos caballeros!

VIII.

Vengan con sus mentadas invenciones,
Sus espíritus fuertes, su afamada
Invencible estrategia y sus millones;
Vengan, y vive el cielo, madre amada,
Que ha de acallar sus fieros baladrones
La altiva luz de tu imperial mirada. . . .
Verán que en las entrañas de tu tierra,
Patria de Anteos, el vigor se encierra. . . .

IX.

¡Pero qué han de venir! A otro combate
Te retarán sin miedo, confiados
En tu lealtad, á lo que jure y trate
Siempre fiel: sus millones decantados, ~~¡~~
En sembrar la discordia que te abate
Serán y sus inventos, empleados;
Porque tú, Patria fiel, de honrado celo,
No puedes comprender á Maquiavelo:

X.

Tú no sabes faltar á tu decoro
Ni simular la fé que no es sincera;
Ni puedes transigir con tu desdoro,
Ni acostumbras astuta mercadera,
Medir por galas ni cambiar por oro
Ese lienzo inmortal de tu bandera: . . .
Ni la cábala entiendes ni la insidia,
Ni has sentido jamás la torpe envidia. . . .

XI.

¡Qué han de venir! Si á falta de esplendores,
Saben que brota el genio de tu tierra
Cual brota Mayo en tus campiñas flores;
Que no es nuevo que el genio de la guerra
Brote de tus labriegos y pastores. . . . *
Saben que el egoismo no se encierra
En el pecho español, que al defenderte,
Tu gloria y libertad jura, ó su muerte.

* Antonio de Leyva fué labrador: Viriato, Pizarro, Jáuregui y otros, fueron pastores.

XII.

Saben que si á lid franca te provocan,
Depones la discordia que te abisma,
Y tus odios civiles se sofocan:
Y la intriga procaz, el negro cisma,
No atreviéndose á tí, cobardes tocan
Para que te destruyas á tí misma;
Y aquel refran que por Italia rueda,
¡Calumnia, sí, calumnia, que algo queda. . . !

XIII.

¡Algo queda, es verdad! Por esa odiosa
Máxima vil, el vulgo te apellida
Fanática servil y vanidosa,
Ignorante y cruel liberticida;
Refractaria á la luz esplendorosa,
De ilustracion y de progreso vida,
Que á culta sociedad el siglo imparte. . . .
¡Eso dicen de tí para afrentarte. . . !

XIV.

Pero es mentira. . . . Si en fatal contienda
Tu paz arrebataron los desmanes
De la lucha civil, ella es la ofrenda
Que llevan al progreso tus afanes:
Mucho has hecho, no obstante, en esa senda;
Mas como tú no pagas charlatanes
Que ensalzando patrañas alborotan,
Tus adelantos sin alardes brotan.

XV.

¡Fanática y servil quien la semilla
Del Evangelio propagó en un mundo. . . !
¡La que arrojó los moros de Castilla
Y dió á los párias de sus Indias fundo!
¡Refractaria la tierra de Padilla
Que dió de libertad gérmen fecundo. . . !
¿Y por qué eres cruel. . . ? Tú solo matas
A traidores, bandidos y piratas. . . !

XVI.

Limpias la sociedad de esa gangrena. . . .
Y, ¿qué has de hacer con enemigos tales?
Otros no salen contra tí á la arena,
Ni armas se empuñan contra tí leales. . . .
Más bárbaro y cruel quien te condena,
Azusa contra tí los criminales. . . .
¡Ah! si fueras cruel, no con pedradas
Dieras ciertas ofensas por vengadas! *

XVII.

Ignorante tambien. . . . esto supone
Quien sobria de la audaz palabrería
Que hoy al saber para brillar se impone,
Te ve! . . . tú no acostumbras, Patria mia,
Por un lucro rüin que te baldone,
Hacer de tu saber la apología:
Hágala el mundo al ver en tus anales,
De ese saber las obras inmortales. . . .

* Se alude al suceso de Mr. Bulwer, en Madrid.

XVIII.

No importara del vulgo la grosera
Imputacion con que humillarte trata,
Que entre gente de ciencia verdadera
Luego esa imputacion se desbarata;
Si el depravado intento no tuviera
De sublevar la muchedumbre ingrata,
Justificando crímenes y horrores
Contra tí, de piratas y traidores. . . .

XIX.

Los que libertadores se titulan,
Los ambiciosos, por medrar sedientos,
Con la ignorancia pública especulan;
Y para alzarla contra tí, sangrientos
Cargos y hechos atroces te acumulan:
Esas calumnias sirven de argumentos
Para estatuas alzar al héroe falso
Que más que estatuas mereció el cadalso.

XX.

Sirven para apartar de tu ascendiente
La incauta juventud el fiel pechero,
Cuanto tu sangre y tu prestigio siente:
Para llenar de encono lastimero
Este por tí poblado Continente,
Y de natura y sangre en desafuero,
Pretextos son para que, asaz prolijos,
¡Te baldonen los hijos de tus hijos. . . !

XXI.

¡Oh cuánto afan por abatirte, y cuánta
Miseria en tu camino, Patria mia!
Allá del fanatismo se levanta,
Religioso y social, la furia impía:
Aquí de la traicion la inmunda planta
Su infanda huella por sentar porfia: . . .
¡Y, sin embargo, tu enemigo aleve
Cara á cara contigo aun no se atreve. . . !

XXII.

¿Qué más prueba mostrar al desvarío
De los que en apocarte hacen su gloria?
¿Puede indicarse más tu poderío,
En medio á tanta adversidad notoria,
Que haciendo respetar tu aliento y brío?
Aun á aquellos que ignoran de tu historia
Los prodigios, es prueba suficiente
De tu poder, que existas solamente.

XXIII.

Muy fuerte debes ser, sí, cuando existes:
Verdad es que el recuerdo te alimenta
De la inmortal aureola que revistes;
Que el sobrehumano esfuerzo que te alienta,
De épocas más aciagas y más tristes
Conjuró victorioso la tormenta: . . .
Tu tradicion te salva del abismo. . . .
¡Y á eso llaman, menguados, fanatismo!

.

XXIV.

El siglo actual en su aspirar inquieto,
Transformando la faz de las naciones,
Pretende el mundo á su entidad sujeto;
No admite más pasion que sus pasiones,
A toda otra entidad veda el respeto:
(¡Y ha creado entidades á millones!)
Mas pese el siglo, en tí, Patria española,
Hay solo una entidad, y eres tú sola. . . .

XXV.

Tú sobre todo, tú; que el siglo ofrezca
Tesoros de invencion, y el sér humano
Que semi-dios con ellos aparezca:
Está bien; mas el pueblo castellano
No aceptará jamás lo que decrezca
Su patria adoracion, su sér cristiano. . . .
Nada que solo glorifique al hombre: . . .
O todo ó nada, de la Patria en nombre.

XXVI.

Ese es tu sér, de ahí tu fortaleza
Aun en tu decadencia prevalece:
De igual aspiracion naturaleza
Formó á tus hijos, y su union te ofrece,
Cuando es preciso, el muro en que tropieza
La extranjera ambicion que te aborrece.
Y el hijo tuyo, aun triste expatriado,
Es, por honrarte fiel, bueno y honrado.

XXVII.

Tú no puedes morir, porque es tu suelo
De quien atente contra tí el abismo:
Además, tu existencia guarda el cielo
Para extirpar el vil materialismo,
Siendo con tus virtudes el modelo
De fé cristiana y salvador civismo,
De otras naciones de esplendor vestidas,
Mas con esas virtudes extinguidas.

XXVIII.

No, no puedes morir, porque tu esencia
No pueden corromper fuerza ni halago:
Prueba es la lid que amarga tu existencia
Contra el influjo corruptor y aciago
Que, como á meretriz, por tu conciencia
Galas te ofrece y esplendor en pago. . . .
¡Esplendor como el siglo lo procura,
Que tanto brilla y que tan poco dura. . . !

XXIX.

Tú no quieres la pompa que fascina;
El regalo que enerva tú no quieres,
Ni la muelle costumbre que afemina;
Y al lujo refinado y los placeres,
Y al egoismo torpe que domina,
Tu fé social, tu sobriedad prefieres:
Lo que es la patria en tí, eso es el hombre:
Otro modo de sér no tiene nombre.

XXX.

Tú prefieres del alma la cultura
Al oropel que prostituye y daña;
Del Vasco y el Astúr la fibra dura,
Del rudo aragonés la altiva saña,
Del andaluz rumboso la bravura,
Del castellano fiel la noble entraña:
Eso es tu orgullo, España, eso prefieres,
Y eso te hace. . . el poder de los poderes. . .

XXXI.

¡Ah! no puedes morir. Para asaltarte,
Para allanar la pirenal barrera
Tras de la cual se abriga tu estandarte,
Y ese salobre foso que te diera
Dios que véla por tí, para guardarte,
Preciso es que de Alcídes renaciera
La raza de gigantes adalides. . . .
¡Y este siglo no es ya siglo de Alcídes. . . !

XXXII.

Y aunque lo fuera, y á su empuje duro
Cediese el que te dió naturaleza
Para tu guarda fiel doble seguro,
Barrera adentro hallara su fiereza
En cada pecho, en cada roca un muro;
Que sembrado tu suelo de aspereza,
Para atajar el paso á tu enemigo,
Árbol, roca, y montaña están contigo.

XXXIII.

Y aunque lograra reducir al paso
El obstáculo fiel que lo estorbara,
Y allí imperar con su dominio escaso
Su destino engañoso le dejara,
Obra del tiempo luego es el fracaso
Que tu constancia á tu invasor prepara;
Y su título vano de dominio,
Paga con su vergüenza y exterminio.

XXXIV.

Fiel cuenta de otros hechos da la historia
En que ese vaticinio se sustenta,
Y esos hechos que guarda la memoria
Son para tu invasor nuncios de afrenta;
Para tus hijos, nuncios de victoria.
¡Cuenta, extranjeros, con España, cuenta!
Que es del honor y el patriotismo templo. . .
¡Temed su enojo, y admirad su ejemplo!

XXXV.

Dejadla con su fé, sus tradiciones:
Mas si en batirla insiste vuestra saña,
Ved si entre vuestras sábias invenciones
Hallais un basilisco, una guadaña
Que siegue como espigas sus leones. . . .
Y así, tal vez, dominaréis á España.
Mas que no quede un vivo en esa tierra,
Porque ese solo mantendrá la guerra:

XXXVI.

A falta de vivientes que oponeros
Evocará á los muertos en su estancia,
Y saldrán de sus tumbas los guerreros,
Aquellos de Sagunto y de Numancia,
Vuestra profanacion á reprenderos:
¡Y tal vez, en pavor vuestra arrogancia
Se torne, y huir os haga derrotados,
De tantas glorias muertas espantados!

.

XXXVII.

Nada el destino que le toca elude,
Que ante su fuerza lo más fuerte cede:
Nadie lo que ha de ser aceptar dude;
Mas como el porvenir sondar no puede
Ciencia mortal, es bien que nos ayude
Fé en resistir miéntras vigor nos quede. . . .
Por eso España su destino afronta,
Y está á domarle ó recibirle pronta.

XXXVIII.

Dios, que da la grandeza y que la quita,
Grande te quiso ayer, Patria adorada,
Y hoy humilde quizá te necesita: . . .
Sea humilde en sus juicios ó elevada,
Cúmplase tu mision cual esté escrita:
Si estás á perecer predestinada,
Si tu mision heroica ha concluido. . . .
Muere digna de tí, como has vivido



A decorative flourish consisting of symmetrical scrollwork and floral patterns framing the word "RECITATIVO".

RECITATIVO.

Al leer mi propia idea
En este canto expresada
En malos versos, que nada
Dirán á otro que los lea,

Siento el corazon henchido,
Y de mis turbados ojos
Lágrimas, y no de enojos,
Sin yo querer han corrido.

Y con mis años, me pasma
Sentir que lectura tal
Me conmueve, me hace mal,
Y otras veces me entusiasma

Como á novel trovador
El madrigal ó el soneto
Que le inspirara el objeto
De un santo y primer amor.

Suelo explicármelo así:
Bella es del canto la idea,
Pero me parece fea
La ropa que la vestí;

O de otro modo: me da
Placer la idea, me gusta,
Pero que sirva me asusta
A otros de mofa quizá.

¿Qué más? Llego á presumir
Que en mi sentimentalismo
Encuentre el positivismo
Materia para reir. . . .

Y no que de mi se ria,
Que eso al fin poco me diera;
Pero esa risa pudiera
Ofender la patria mia,

Y la culpa tendré yo
Porque vestir no he podido
Con otro mejor vestido
La inspiracion que me dió.

Consuélame, sin embargo,
Por muy culpable que sea,
Que al que interese esa idea
Ha de aligerar el cargo

Fijando más su sentido
Que en la vestidura, en ella;
Y si le parece bella
La perdonará el vestido.

En todo caso, si nota
Álguien que pude abstenerme
De tal cosa, y no meterme
A vocinglero patriota;

Porque el que loar pretende
Sin genio ó dón adecuado
De hacerlo bien, lo loado
Más que lo ensalza lo ofende;

Diré que, de varios modos
Siempre la patria invocando,
La estamos sacrificando
A fuer de patriotas, todos:

Unos con su aspirantismo
O inmoderada exigencia;
Otros con su indiferencia,
Y los más con su egoismo.

Es moda patriotear
Hoy en el mundo, es manía,
Y dan en patriotería
Hasta los locos de atar.

La patria en el corazón
Lleva el petrolero galo,
Y si le dejan, Gonzalo,
Hace á su patria carbon.

Yo, siguiendo la manía
Que es moda, quise mostrar
Mi modo de tributar
Culto á la patriotería,

PARTE TERCERA.

Y es el ménos pernicioso;
Yo á la patria nada exijo,
Solo en llamarme su hijo
Me considero dichoso.

Y ¿qué otra cosa en razon?
Me da cariñosa y buena
Su recuerdo, y eso llena
De gloria mi corazon;

Y mi gratitud acoge
Por ese recuerdo santo,
Y puede que con mi canto
Ni se ofenda ni se enoje.





PARTE CUARTA.

INTRODUCCION.

AQUÍ Y ALLÁ.

ALGO SOBRE AMOR PATRIO.

A Don Casimiro Collado.

I.

Aunque ha dicho un poeta ¡y gran poeta! *
Que el patrio amor es bárbaro y tirano,
Porque al género humano
A dura expectacion de odios sujeta,
É impide al hombre ser del hombre hermano;
Y porque el paso estorba al pensamiento,

* Alfonso Lamartine.

Parto inmortal de soñador profundo,
De que, puesto que un mismo firmamento
Cobija á todo el mundo,
Y un aire, un agua, un fuego, son agentes
Sobre la tierra del vital aliento,
Dando igual nutricion á los vivientes,
Una ley, un idioma, un sentimiento,
Una historia no más, una bandera,
Núcleo feliz de bienandanzas foco,
Deben guiar, no al hombre que eso es poco
Para tan filantrópica. . . . quimera;
Sino tambien á la creacion entera:
Ama á tu patria así, Gonzalo mio,
Cual amo yo á la mia,
Y deja al soñador, deja la poeta
Vestir nuestras miserias de poesía;
Que si por fin de cuentas, te lo fio,
Su pretension á prácticas sujeta
Tuviera que mostrar, del desvarío
Riérase ¡pardiez! cual yo me rio. . . .

¡Hermoso privilegio del talento!
Producir del delirio y la locura

Que exalta del poeta el sentimiento,
Una noble pintura
Capaz de cautivar el pensamiento;
Suponer tal virtud, tal heroísmo,
Al pobre sér humano,
Que, inspirándose solo de sí mismo,
Sin traba, emulacion ni aspirar vano,
Sin miedo, sin pasiones ni egoísmo,
Sin estímulo alguno, en fin, lograra
Salvar del ocio el cuerpo, y de ese abismo
De indiferencia avara,
El alma que de Dios así separa,
Puesta bajo la ley del fatalismo. . . !

Solo al poeta, y al poeta sabio,
Atropellar la lógica le es dable,
Al buen sentido sin hacer agravio:
Porque él tiene otra lógica admirable
Que hace exclamar al escuchar su idea:
“¡Qué lastima que el mundo así no sea!”

Cierto es que el patrio amor se falsifica,
Se prostituye á veces, y por eso

Del soñador la idea, si se explica,
En otros soñadores halla acceso:
Que ama á su patria, dice y se atribuye
El que en loco empirismo,
Por ficticio esplendor su paz destruye,
Y audaz la precipita, sin cordura,
De la guerra civil en el abismo. . . .
Ese no ama á su patria, ese procura
La patria nivelar consigo mismo. . . .
Y no es tampoco amor lo que promete,
Es presuncion, soberbia, es egoismo,
Aquel que la intencion torpe revela
De hacerla su juguete,
Sometida á su influjo y su tutela.

Es el amor de patria el más sagrado,
Puesto que es el más puro, el más sublime
Que al humano sentir Dios ha inspirado:
Alma en que toma asiento,
Con él se purifica y se redime;
Y no hay hecho inmortal ni audaz empresa,
Que de ese amor, del interés exento,
La esencia de la fé no lleve impresa. . . .

Aunque está sobre todo
 El amor que el mortal á Dios le debe,
 Cuando se adora á Dios, de cualquier modo
 Paz y consuelo á demandar nos mueve;
 Y ese interés, aunque divino, incita:
 Pero el amor de patria nada espera,
 Nada pide, ni nada necesita,
 Porque en la idealidad del hombre impera;
 Y de sér ideal íntimo y bello,
 Sujeto á dogma ó práctica, dejara.
 De una inmensa grandeza lleva el sello,
 Y no hay debilidad que no contraste
 Con el ardor supremo que depara. . . .
 No es el deber, tampoco es el instinto;
 Porque uno y otro impera, manda, exige. . . .
 Se le siente del alma en el recinto
 Cuando la patria al alma se dirige
 Con el grito mortal de la congoja,
 Pidiendo amparo, abnegacion, defensa
 Contra el mal que la oprime ó la despoja;
 Y cuando sin medir el precipicio
 De adversidad inmensa,
 Entre la lucha el alma nos arroja,

Presumiendo que Dios en su alto juicio,
Que exime de su amor el sacrificio,
Por la patria lo quiere y lo dispensa
Dándonos el morir por recompesa. . . .

Y amor que tanto cuesta, sin embargo,
¡Cuánto á las almas nobles satisface!
Si peligro, si afan, si duelo amargo,
En arrostrar el hombre se complace
Sin premio material, por ese afecto
Cuyo móvil se siente y no se explica,
Es porque de ese móvil el efecto
Cuando el rigor del sacrificio indica
La fuerza y el vigor nos centuplica.

.

¡Ay, al que como tú nació en un mundo
Vírgen de odios traidores,
Porque no siente el peso furibundo
De históricos rencores;
Y tiene el porvenir en lontananza
Iluminado al sol de los amores
Y al dulce rosicler de la esperanza,

No es el amor de patria un sacrificio
 Perpétuo de recelos y pesares,
 Ni oprime, como allende de los mares,
 El alma generosa del patricio. . . !
 Allá tiene que ser la patria amada
 Por negras ambiciones combatida,
 De inveterados odios defendida,
 Y de ultrajes sangrientos vindicada. . . .
 No puede al extranjero
 Ni al partidario apellidarse hermano,
 Ni el ósculo de paz ser verdadero;
 Porque irreconciliable encono duro
 Se interpone tirano,
 Y el impulso sofoca;
 Que al quererse estrechar franca la mano,
 Se interpone de sangre un océano
 Y el ósculo de paz quema la boca.

Allí el amor de patria es un tormento;
 Es una eterna prueba
 De terrible inquietud y sufrimiento,
 Que al frenesí las impresiones lleva:
 Cuando se siente herido

Por ultraje cien veces repetido,
El ¡ay! que allí se lanza,
Es de exterminio horrendo un alarido,
Y una protesta horrible de venganza.

Aquí, tierra de amor, de olvido y flores,
Es' solo un amor más, el más hermoso,
Y el más dulce tambien de los amores.
Amar aquí á la patria solo cuesta
Ese afan cariñoso,
Esa solicitud tierna y prolija
Que á la madre feliz ingenio presta
Para adornar de galas á su hija,
Y á sus bellos encantos
Y gracias naturales,
De artificio y primor darle otros tantos
En el amor y el gusto maternas.

Allá, á más del pasado y del presente,
Que ocasiona á ese amor hondo desvelo,
Un porvenir aciago se presiente
De eterna duda y matador recelo:
Mientras que el porvenir, grato, riente,

PARTE CUARTA.

Sin sombras del pasado en su ancho cielo,
Ilumina al indiano Continente. . . .
Allá se pugna por romper los grillos
Que los siglos forjaron,
Y en la acerada ley de sus anillos
Gloria y preocupaciones remacharon;
Y es preciso al vencer su resistencia
Borrar la historia escrita ó figurada;
Costumbre y ley romper, genio y creencia,
De un pasado tenaz que resucita
Como el fénix, del polvo de su esencia. . . .
Porque esos grillos son, si duros lazos,
La clave en que gravita
El sér del viejo mundo; y si se quita,
Su edificio social se hace pedazos. . . .

.
.

Aquí no hay grillos que romper: lograda
Política y civil la independencía,
Y aquella institucion más adecuada
A la social política exigencia,
La marcha del progreso está expedita:

Nada hay que destrüir cual se pretende;
Si eso el Antiguo Mundo necesita,
Nada hay aquí que estorba ni que ofende
De lo que al Viejo Mundo precipita.
Aquí todo hace falta, y todo es bueno;
Allá sobra lo mucho, y mucho es malo,
Y entre el pasado y porvenir, Gonzalo,
Falta al presente en su expansion, terreno:
Y fuerza el destrüir es verdadera
Eso mucho que malo considera,
Y estorba, y de las glorias es ajeno
Que entre presente y porvenir espera.
Utilidad siquiera allí resalta
En derrumbar lo que despues recobra,
Reconstruido, estimacion más alta. . . .
Aquí, pues nada sobra,
¿Para qué destruir lo que hace falta?

II.

Basta de parangon: si le establezco,
Es por buscar la conclusion, Gonzalo,
De que puede en América ser malo

Lo que en otra region tanto encarezco,
 Y vice versa. Mi opinion se norma,
 Por supuesto, en la estricta conveniencia:
 Aquí y allá plausible es la reforma;
 Mas no es aquí y allá, si igual la esencia,
 De igual utilidad la misma forma.
 No puede, por ejemplo, ser sincero,
 Si humano allá en Europa se le cede,
 É ilustrado, el amor al extranjero;
 Ni el encono feroz del partidario
 A una noble equidad ceñirse puede
 En franca transaccion con su contrario;
 Porque si mucho la razon alcanza,
 Y la ilustrada discusion influye
 En sostener al fiel esa balanza
 De odio y utilidad que constituye
 De ansiada paz la efimera esperanza,
 El propósito luego se destruye:
 Una palabra, una alusion, un signo,
 Por accidente sorprendido acaso,
 Bastan á producir la voz de alerta;
 Y al huir el genio de la paz benigno
 Azotando las alas, á su paso

El genio de las iras se despierta. . . .
En su platillo de odios la balanza,
Por página de horror y sangre abierta,
Recibe entónces enlutada historia
Que registra el puñal de la venganza
Empapado en la hiel de la memoria.

.

Pero aquí, bajo el cielo esplendoroso
Del dilatado suelo americano,
No hay odios que vengar, no hay restricciones
Que sujeten á pacto vergonzoso
La noble aspiracion del sér humano.
Debe en estas regiones,
Como sus horizontes, anchuroso
El espíritu ser de los mortales;
Y exentos de mezquinas ambiciones,
Deben latir aquí los corazones
Más francos, más benignos, más leales. . . .
No es aquí el extranjero
Objeto de recelo y suspicacia,
Sino un socio, un amigo, un compañero;
Un auxiliar que vino,
Si á buscar un refugio en su desgracia,

Tambien á ser obrero del destino
 Que en esta fértil tierra
 Tan ricos dones de esperanza encierra.
 El partidario, aquí, transige ó calla,
 Burlado ó convencido
 De que razon de sér rara vez halla
 El espíritu inquieto de partido:
 Si algun peligro inventa por pretexto,
 Bien pronto el buen sentido
 Descubre que el peligro fué supuesto,
 Y el móvil la ambicion: . . . ¡ algunas veces
 No halaga la ambicion con sus favores,
 Ni dar satisfaccion á los rencores; . . .
 Púgnase aquí por implantar sandeces
 Fraguadas por ociosos soñadores. . . !
 De esta tierra la historia
 Ilustra el amor patrio, le sublima;
 Y en vez de ser veneno á la memoria,
 A su ideal perfecto le aproxima.
 Aquí el pasado es claro y fiel espejo,
 Que trazando el camino,
 Da de futuras glorias el reflejo
 Allá en las lontananzas del destino:

Es precedente, es guía, y es bosquejo
De lo que hacerse debe,
Para que el sello lleve
Todo lo que hay que hacer, de buen consejo.
El impulso ayudar con fé y cordura
Del destino feliz que á estas regiones
Su terreno feraz les asegura;
Izar blanca bandera,
É himnos de paz lanzar al Océano,
Que en la playa extranjera
Con júbilo repita el eco ufano
De la afligida humanidad entera;
Tender sin dolo al huésped franca mano. . . .
Esta del porvenir es la carrera;
Y si puede algun dia, aunque lejano,
Algun prodigio humano
Realizar del poëta la quimera,
Debe obrarse en el suelo americano.

PROBABLE PORVENIR DE LA SOCIEDAD.



Si el erial de la razon
De flores la ciencia adorna,
La razon, en cambio, torna
En erial el corazon.

CAMPOAMOR.

I.

Si hombre formal algun dia,
Maduro tu entendimiento,
Cuando ya la tumba fria
Me guarde, por fantasía,
Solaz ó entretenimiento,

Estas páginas recorres,
Quiero que el pensar te ahorres
Por qué fué el temor extraño
A los peligros que hoy corres,
Si sales de ellos sin daño. . . .

En ese tiempo estarán
Ya esos peligros salvados;
Habrá cesado el afan
Con que hoy los hombres están
En corromperse empeñados.

Y lo que hoy son realidades,
Entónces, si no te cuento
El por qué de lo que hoy siento,
Lo creerás puerilidades
De mi corto entendimiento. . . .

De pobre á rico llegar,
¡Qué largo y difícil es. . . . !
Mas suélese al fin lograr:
¡Y cuán fácil, al revés,
De rico á pobre bajar. . . . !

Nunca se olvida lo malo,
Dicen, y es una simpleza;
Quien sube á rico, Gonzalo,
Se olvida de su pobreza;
No el rico de su regalo. . . .

Espero, y en Dios confío,
Que á la riqueza moral
El mundo vuelva, hijo mio;
Mas que se acuerde, no fio,
De su miseria actual. . . .

Y tú á tal riqueza irás,
Mas yo no, que de ella vengo,
Y no habrá tiempo además:
¡Tú el pasado olvidarás
Que yo tan presente tengo. . . . !

Ser muy jóven te defiende,
Y la suerte que lograste
A que formes no propende
Con el mal que hoy nos ofende
Y el bien que esperas, contraste.

Padre llegarás á ser,
Y al ver tus hijos crecer
Entre virtuosos modelos,
Los que yo siento recelos
Por tí, no habrá que temer:

Tranquilos los corazones
Sin torpes aspiraciones,
Costumbre y ley respetadas,
No serán ya profanadas
La fe ni las tradiciones.

Dentro del fuero precioso
Del derecho y la conciencia,
Con trabajo provechoso
Labrará el hombre industrioso
Su dicha y su subsistencia. . . .

No habrá envidias, ni habrá afanes
Por brillar en altos puestos,
Ni venganzas ni desmanes;
Ni habrá motines funestos. . . .
Porque ya no habrá holgazanes. . . .

Bajo sábia institucion,
No habrá tirios ni troyanos:
Dios, la ley y la razon,
Serán la sustitucion
De los delirios humanos.

No habrá mezquinos recelos,
Ni habrá sangrientos rencores,
Ni rivalidad, ni celos; . . .
¡Ni el hombre por sus errores
Increpará á sus abuelos. . . !

Todo habrá cambiado, sí:
Para creerlo, me fundo
En que si esto sigue así,
Habrá puesto el hasta aquí
Dios á la vida del mundo.

.
Porque, creer otra cosa,
La fé se sintiera de ello; . . .
En la existencia azarosa,
La esperanza ¡es tan hermosa. . . !
Creyendo amarla, ¡es tan bello!

Esperar con fé profunda
El bien tras del mal, es dón
Que en almas nobles abunda. . . .
Y la esperanza fecunda
La savia del corazon. . . .

El que de noche, en el lecho,
Sufre enfermedad tirana,
Siempre espera satisfecho
Que hará á su salud provecho
La brisa de la mañana. . . .

El nauta en la tempestad,
El soldado en lid cruel,
El triste en cautividad,
Tienen la esperanza fiel
De vida y de libertad.

¿Quién logró eterna bonanza?
La existencia dividida
En pena y goce se alcanza;
Y entre una y otro, la vida
Entretiene la esperanza. . . .

Todo en la creacion entera
Con el goce, se solaza,
Y en le adversidad, espera. . . .
¿De qué raza será raza
Quien de esa ley se eximiera?

II.

Los temores que yo siento,
Hijo amado, no se avienen
Con filósofo argumento:
Su origen y su incremento,
Ni norma ni regla tienen.

Accidente, circunstancia,
Temperamento, aprension,
La regla y la norma son
Que les da ó quita importancia
De un padre en el corazon.

La que tienen en el mio
Se pronuncia de tal modo
Que raya en el desvarío. . . .
Yo, Gonzalo, desconfío
En este tiempo, de todo. . . .

Y si en prevenir me apuro
Lo que mi desconfianza
Juzga en tí daño seguro,
Es que de tu bien futuro
En eso está mi esperanza. . . .

Cuando el mundo haya adquirido
El bien que he pronosticado,
Que te encuentre prevenido
Es mejor, que arrepentido
De un vergonzoso pasado.

Bien sé que no hay á tu edad
La prevision que yo exijo,
Y á falta de ella, prolijo,
Mi genial tenacidad
A despertarla dirijo,

Sin perdonar argumento
Que me ocurra, bueno ó malo,
Como dé apoyo á mi intento. . . .
Hé aquí el primer fundamento
De mis temores, Gonzalo:

¿Lograré que me comprendas?
¿Obraré así cuerdamente?
Hijo, conozco tus prendas,
Pero temo que te ofendas
De mi cariño exigente;

Y que llamar tu atencion
Sobre lo que hoy se te oculta,
Sin ser tal vez ocasion,
Sea dar á tu mente adulta
O tortura, ó tentacion.

Lo que decirte me falta
Tal puede obrar en tu mente,
Que de la virtud más alta,
Si la vanidad se exalta,
Haga un vicio impertinente:

Decirte que tu ascendencia
Orgullo debe inspirarte,
Que con ella en competencia
No hay otra, tal vez es darte
Para ser vano licencia.

Y sabe Dios que así expreso
Mi intencion: yo deseara
Que ese orgullo, sin exceso,
A toda bajaza acceso
En tu corazon negara;

Que influyera como influye,
Verbigracia, en industrial,
Que de aquello que construye
El crédito constituye
Indestructible caudal;

Y por conservarle exacto,
Procura que su artefacto
A su fama no desluzca,
Porque el capital intacto
Quede, y más lucro produzca.

Este fruto á conseguir
Tiene mi empeño tendencia:
Que el mal ejemplo seguir
No puedas sin desdecir,
Gonzalo, de tu ascendencia. . . .

PARTE CUARTA.

Que su recuerdo te escude
Y su prestigio te ayude,
Porque con tal proteccion
Podrás salvar, cual yo pude,
La fé de tu corazon.



MORAL DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

A Don Anselmo de la Portilla.

.....
La promesa de lo que serás
Fúndala en lo que hayas sido.

LUIS DE VIVES.
.....

I.

Del mismo barro y esencia
Parece creado el hombre;
Mas quiso la Omnipotencia
Dar al hombre la excelencia
De poder crearse un nombre. . . .

Tal algunos lo crearon
Con prodigiosos afanes,
Que si á medirse llegaron
Con otros hombres, se hallaron
Entre pigméos, titanes. . . .

De esos, raza no menguada,
Un puñado asiento tiene
En tierra privilegiada,
Con la mar por albarrada
Y por trinchera el Pirene.

Fábula é historia encontraron
De ensalzarla alta materia:
Genios dizque la fundaron,
Y que los dioses, de Iberia
Los jardines habitaron.

Amó el fenicio su cielo,
El cartaginés su oro;
Roma, su clima y su suelo,
Que fué del godo el desvelo
Y la codicia del moro.

Pretendióla el galo altivo;
Y por codicia á su trono
Siempre á extranjeros esquivo,
Presa de traidor encono
Fué, y de ambiciones motivo.

De ellas quedan por trasunto
Tristes, si heroicos, detalles,
Resaltando en su conjunto
Los de Numancia y Sagunto,
De Tolosa y Roncesvalles.

Su grey, siempre combatida,
Llegó por mano traidora
A ver la patria perdida,
Y una roca protectora
Prestó á sus restos guarida.

Allí esos restos guardaron
Su espíritu y tradicion;
Allí arrogantes juraron
Por las glorias que heredaron,
Muerte ó reivindicacion.

Su exíguo número augura
Un éxito que asemeja
El delirio y la locura;
Mas en su fé se aconseja
Y se apoya en su bravura.

Arde en cada corazon
De patria el amor sagrado:
Su esfuerzo, por diversion,
Antes de entrar en faccion,
Con fieras lleva ensayado.

Y su omnipotente saña
Que ocho siglos se prolonga,
Hizo de hazaña en hazaña,
Libre, renacer á España
Del risco de Covadonga.

Del moro el poder humilla
Tras ocho siglos de espanto,
En los campos de Castilla,
En Córdoba y en Sevilla,
En Granada y en Lepanto.

Y la raza conquistada
Un dia por ley traidora,
Por su arrojo emancipada,
Se erige por fin, airada,
Del mundo en conquistadora;

Que en campamentos nacida
Y en los peligros curtida,
La guerra era su solaz;
Y era para ella la paz
Palabra desconocida.

II.

Estrecho para su gloria
Vió su suelo aquella gente,
Y en alas de la victoria
Llevó de Oriente á Occidente
Su Dios, su ley y su historia.

Encaminando al acaso
Al mar su potente huella,
Fija la vista en Ocaso,
El *nec plus ultra* atropella
Y un nuevo mundo halla al paso;

Más que al número, al valor
Se atenia aquella gente. . . .
¡Con tres centenas, pavor
Fué del imperio de Oriente,
El bravo Roger de Flor. . . !

Poco en número excedieron
Por cada imperio que hallaron
Y á su valor sometieron,
Los que á este Mundo aportaron
Y aquel ejemplo siguieron.

Alguno, al pedir las llaves
Del imperio que encontraba,
Audaz sus naves quemaba:
¿De qué sirvieran sus naves,
Si en la fuga no pensaba?

Por tanta gloria engreida
Aquella gente, se cuenta
Para prodigios nacida,
Y el prodigio hallar intenta
De la fuente de la vida. *

* Tal se dice que fué el objeto que llevó á la Florida el capitan Ponce de Leon.

¿Cómo juzgarlo imposible,
Si asombrados de vencer
Lo humanamente invencible,
De Dios la ayuda visible
Siempre creyeron tener. . . ?

En tan heróicos portentos,
A no estar autorizados,
Solo delirios soñados
O mitológicos cuentos,
Hoy viéramos asombrados. . . .

Gente que tal hizo, y dió
Su espíritu al continente
Que con su gloria ilustró,
El más bello antecedente
De grandeza le dejó:

¡Y asombra, más que su historia,
Saber que entre los nacidos
Para heredar tanta gloria,
Se proscribe su memoria
Cual memoria de bandidos. . . !

Cuando con tal desatino
El hombre en manchar su nombre
Por odio insano convino. . . .
¡Parece lo más mezquino
De la creacion, el hombre!

III.

Si pocos y aventureros,
Aquellos conquistadores
No eran soldados groseros;
Que sabios gobernadores
Eran, al par que guerreros:

Ciencia y cristiandad unian
A su valor y á su audacia:
No por destruir vencian,
Que en los vencidos hacian
Bienhechora la desgracia.

Con un civismo ejemplar
Iban de la gloria en pos,
Más que su provecho á hallar,
Esa gloria á conquistar
Para su patria y su Dios. . . .

Prueba de ello es que leales
Sufrieron la ingratitud
Por sus hechos inmortales,
Aun tentada su virtud
Con coronas imperiales.

.

Miéntras absorto el indiano,
Después de lidiar glorioso,
Su destino acepta ufano
En que ve de Dios la mano
Y el decreto poderoso;

Y entero este Continente
A la luz cristiana abría
Los ojos, y al ascendiente
Civilizador cedía
De su conquista reciente,

España al mar sus galeras
Lanza, y sus cohortes fieras
Rivales en hechos grandes,
Asombran á Italia y Flandes
Donde llevan sus banderas.

El África que fué un dia
Su altiva conquistadora,
Su suelo ardiente le abria:
Y en tierra y mar por Señora
El mundo la recibia.

Pueblo y nobleza asociados
Son sin distincion soldados:
Solo el valor halla honores,
Y salen de labradores
Generales afamados.

Iguales eran los fueros
Allí de todos: la guerra
De ocho siglos, caballeros
Hizo en la española tierra
A nobles como á pecheros.

La distincion que el favor
De la fortuna concilia,
Obra es de un hecho mayor
En los hechos de valor
Que cuenta cada familia.

Pueblo tal, de tal historia,
No halló enemigo capaz
De atajarle en su victoria,
É hizo á dos mundos, audaz,
Tributarios de su gloria.

Ni á los astros perdonar
Tributo quiso; que el sol
Perenne logró fijar,
Obligándole á alumbrar
Siempre dominio español.

Revolucion portentosa,
Ciencia, historia y sociedad
Sufren; verdad luminosa
Lleva á doquier que se posa
La luz de su cristiandad. . . .

En donde su huella imprime,
De idólatra vasallaje
A las conciencias exime. . . .
Civilízase el salvaje,
Y el esclavo se redime.

IV.

Así conquistar le plugo,
Heróica España, á tu grey:
Fué el Evangelio tu yugo;
La caridad, tu verdugo,
Tu marca ignoble, la ley. . . .

Jamás á nadie impusiste
Pecho á que tu grey se exima:
Al conquistado admitiste
Como hijo tuyo, y le diste
Quizá mas fuero y estima.

En el pueblo conquistado,
Tu fe civilizadora
Buscábase un aliado,
Y fué por él tu cuidado
De madre, no de señora. . . .

No en vano hasta hoy prepotente
Tu noble espíritu asoma:
Por eso vive tu idioma,
Y horror á Grecia se siente
Por sus conquistas y á Roma.

Por eso, España, aun dominas,
Mientras Grecia y Roma hallaron
Sepulcro entre las rüinas
Que, por venganzas mezquinas,
De sus conquistas formaron. . . .

Nadie dice "aquí finó
Tal pueblo á española saña,"
Y sí cuenta que elevó
A imperios los que encontró
Tal vez desiertos España. . . .

Nunca á esclavos reducidos,
Patriotas por ella fueron;
Antes, sus fueros perdidos,
Por otros sustitüidos
Más liberales, se vieron:

Nunca rüina olvidada
La huella española indica; . . .
Sí, la ciudad reformada,
Y la campiña labrada,
Y la nacion culta y rica. . . .

Que donde fijó su huella,
Su sangre y gloria dejó;
Y su espíritu que sella
Cuanto domina, con ella
A todas partes llevó:

Su carácter popular,
Rudo y franco, aunque elevado,
Y su honradez ejemplar,
Todo allí dejó grabado
Donde llegó á dominar. . . .

Si ese carácter declina,
Y hoy, dura presión extraña
Le degrada y le afemina. . . .
Es porque. . . . ;ya no domina
En todas partes España. . . !

Mas si acaso sobreviene
Desesperante aficción
Al que ese carácter tiene,
A sus virtudes se atiende
Con fé, con veneración:

Con ellas afronta el duelo,
Se defiende y se vindica;
Mas si sucumbe, su celo
Que su empeño santifica,
Déjale honrado consuelo. . . .

V.

No en conquistar solamente
España su gloria funda:
Su saber hace patente,
Que de ingenio es eminente
Como es de valor fecunda.

Su austero gusto nativo
Al gusto oriental mezclado,
De que fué el trato motivo
Con el moro, trato esquivo
Por la vecindad forzado,

Produjo el genio especial
Que en sus obras se revela;
Y su piedad proverbial
Formó en el mundo una escuela
De lujo monumental:

A la rica fantasía
Del hijo del Mediodía,
Une del hijo del Norte
La sobriedad en el porte
Y la viril energía.

Sabios, al par que guerreros,
Dan á las artes sus reyes,
Profesos en ellas, fueros,
Y al Estado, justicieros,
Código inmortal de leyes.

Su nobleza así cultiva
Letras y artes, como esgrime
El hierro con mano altiva;
Y al par que su ejemplo imprime,
Protege el genio y le aviva.

Época hubo en que contar
Cien nombres de tal blason,
Juntos, que en tierra y en mar
Cada cual basta á ilustrar
Toda una generacion. . . .

Reyes, soldados, abades,
Pintores, náutas, histriones,
Émulas celebridades,
Son con sus inspiraciones
Asombro de las edades.

Prodigiosa emulacion
Por dar á su patria brillo
Abren Moreto, Alarcon,
Tirso, Lope, Calderon,
Y Velazquez, y Murillo.

La industria en Segovia brilla,
En Valencia y en Sevilla,
Y el arte produce en tanto
En un monumento santo
La novena maravilla. *

En medio al pasmo profundo
Que causó el genio fecundo
De la patria y de la cruz,
El pasmo eterno del mundo
Daba Cervantes á luz. * *

* El Escorial.

** La historia de Don Quijote.

Fuentes de ciencia se abrieron
Dó el mundo bebió la ciencia,
Y el gusto, el arte aprendieron
Pueblos, que de ellos hicieron
Su esplendor y su opulencia.

Que fué moda, fué manía
En un tiempo, en cuanto el sol,
Civilizado cubria,
Imitar cuanto salia
Del noble ingenio español.

Así en España, á la par
Descuellan valor y ciencia,
Y puede siempre brillar
Su saber en competencia
Con su valor ejemplar.

VI.

Rara vez el que afanoso
Tras larga vigilia inventa
Algo al hombre provechoso,
En el mundo veleidoso,
Con fama y provecho cuenta:

Sea que la vida es corta,
O que limitado sea
El bien que el invento importa,
Porque el tiempo no soporta
La explotacion de la idea,

Otro, por solo aplicar
A práctica el pensamiento,
Viene el provecho á lograr,
Y tal vez á disfrutar
El aplauso del invento. . . .

Esto me ocurre de paso
Al ver que opinion extraña,
Necia ó maliciosa acaso,
Nos echa en cara el atraso
Intelectual de España;

Y propaga su creencia
Con tan tenaz insistencia,
Como falsificador
Que le roba al inventor
Su gloria y su subsistencia:

Y en la modestia fiado
Del mérito verdadero,
Despues de haberle robado
Le burla desvergonzado
Y le escarnece altanero. . . .

Que su intencion desleal
Favorece hoy la tendencia
Del mundo superficial,
Para quien es la apariencia
Más que el mérito, esencial. . . .

Cuando de su autonomía
El hombre se ufana hoy día,
Y libre de innoble pecho,
Ostenta con su derecho
Popular soberanía,

De su esfuerzo sin segundo
Moderna conquista llama;
¡Y libertador del mundo
A este siglo, asaz fecundo
En invenciones, aclama!

De gratitud é interés
Prodiga á Francia loores,
Porque cuna dió el frances,
Dizque, en su *noventa y tres*,
A tanto bien entre horrores; . . .

Y de *Voltèr y Russò*,
Culto se rinde á los nombres,
Porque su genio alumbró,
Dizque tambien, y enseñó
A ser libres á los hombres. . . !

Quien tal absurdo profiere,
Al buen sentido prefiere
Del siglo la incontinencia,
Que en ridícula exigencia
Todo para sí lo quiere. . . .

Siglo que nunca perdona
El plagio, el anacronismo. . . .
Si su egoísmo corona,
Su preponderancia abona,
Y eleva su exclusivismo. . . .

Esos códigos flamantes
Que se supone arrancados
A tiranos arrogantes,
Por los esfuerzos gigantes
De pueblos esclavizados;

Que con sangre se escribieron,
Y entre matanza, rüina
É incendio, jurados fueron,
Y por fórmula tuvieron
La fé de la guillotina. . . .

Esos códigos. . . . benditos,
Causa de horrendos delitos,
De Vizcaya y de Aragon
Los códigos fieles son
Hace mil años escritos. . . .

Las luchas por conquistar
La libertad popular
Contra opresores amaños, . . .
Ya las hubo en Villalar
Há más de trescientos años. . . .

Que no triunfaron es cierto;
Pero á los pueblos dejaron
El sentimiento despierto,
Y el libre aspirar abierto
Despues los hombres hallaron.

Franquicias municipales,
No obstante, lograr pudieron
De tal magnitud y tales,
Cual hoy no las consiguieron
Los pueblos más liberales.

Si la idea de Padilla
No pudo entonces triunfar,
Su gérmen quedó en Castilla,
Y allí fueron la semilla
Los libres de hoy á buscar. . . .

Porque triunfar no podia
En su radical intento
Aquel audaz pensamiento,
Aunque ya lo comprendia
El popular sentimiento; . . .

Como en Francia, á su victoria
Opúsose de un gigante
La sed inmensa de gloria;
Y como allí, abrió en la historia
Un paréntesis brillante

De poder y de conquista
Esa sed de batallar,
Que dos siglos al durar
Pudo borrar á la vista
La rota de Villalar. . . .

¿A quién no ofusca de Marte
La victoriosa aureola?
Hoy mismo, tras su estandarte,
Se conquista, se reparte,
Se reivindica, se asola. . . .

Además, ¿qué libre fuero
Querer pudiera el ibero,
Ni privilegio mayor
Que el de ser del mundo entero
Árbitro y legislador?

Creado para crear
Su espíritu, á no imitar
Propende de otro la idea:
Él á su modo se crea
El sér que le es peculiar.

Como jamás le domina
Del regalo el aliciente,
Su voluntad predomina,
Y á ser siempre independiente
Esa voluntad le inclina.

Para poderlo lograr,
Si en la social conveniencia
Estorbo llega á encontrar,
Irá por su independencia
Hasta un desierto á habitar. . . .

¡Harto lo resiente hoy día
La patria en duelo profundo!
Despoblada y sin valía,
Ve repartida en el mundo
La sávia que la nutria. . . .

Hoy no abate ni subyuga,
Mas por su recuerdo impera;
Y de ese duelo, siquiera
El llanto mortal enjuga
Con su gloriosa bandera.

VII.

La historia, como he podido,
A grandes rasgos trazada,
Te he contado, hijo querido,
De mi patria idolatrada. . . .

En sus hechos tal vez halles
Exagerada razon;
Pues los que omito, detalles,
Más grandes, Gonzalo, son.

Poco el español se afana
En conmemorar su gloria:
Solo da su alma cristiana
Culto al Dios de la victoria;

Y su abnegacion es tal,
Que sus glorias atribuye
A proteccion celestial
Que en sus empresas influye.

Cierto es que en la magnitud
De algunas, juzgar no es vano
Más de celestial virtud
Obra, que de esfuerzo humano.

La modestia es compañera
Del valor, y España quiere,
No estatua precedera
Sino fé que nunca muere.

Por ella vive, y con ella
Viven las obras de España. . . .
¡Que nunca borre su huella
De cisma inmundo la saña!

Glorias hubo tan brillantes,
Mas los pueblos que las vieron
Debérselas arrogantes
A sus esfuerzos creyeron;

¡Y estatuas y adoraciones
A los hombres tributaron,
Y el culto en los corazones
A Dios, necios, disputaron!

Tal soberbia, hoy representa
Algún fragmento perdido
Que en un desierto se ostenta,
O só la tierra escondido. . . !

Genio, civilizacion,
Riqueza, poder y gloria,
Hoy, de rüinas monton,
Ni nombre tienen ni historia. . . !

En los hechos de tu raza,
Hijo, con sello inmortal
Visiblemente se traza
La proteccion celestial. . . .

Que nada en el mundo dura
No olvide tu corazon,
Y no hay mas gloria segura,
Que en Dios y en tu tradicion. . . .



RECAPITULACION.



..... no hay que burlarnos:
No entendiéndose con Dios,
Es majadero el más sabio.
CAÑIZARES.

I.

Se tiene en la edad presente
La original pretension
De juzgar que puede el ente
Que se dice de razon,
Brillar sin antecedente:

Que con decir "abran paso,
Que aquí estoy porque he venido"
Quien, juez de sí mismo acaso,
Aunque de mérito escaso,
Genio á su audacia ha creído;

Quien, descarado impostor,
Autorizado se sienta
A exigir honra y favor
Al mundo, con su exterior
Que el mérito representa,

La crédula sociedad
Debe sus brazos abrirle,
Y en dulce fraternidad,
La ignorancia ó la maldad
Disimularle y sufrirle.

Que el en virtudes probado
Y el de notorio saber,
¡Al ignorante ó malvado
Por su exterior ilustrado
Deben tansolo acoger. . . !

Merced á tal pretension
Esta moral se asegura:
¡Primero la ilustracion,
Los modales, la cultura,
Que el antecedente son. . . !

No admitirla, es ranciedad,
Preocupacion, egoísmo;
É incurre la sociedad
En falta de libertad,
Y en sobra de exclusivismo. . . !

¿Cómo cerrarle la puerta
Tal vez al genio profundo,
Que por no encontrarla abierta
No brilla ó no se despierta
A ser lumbrera del mundo. . . ?

¡De tal opinion armado
Hoy el *espíritu fuerte*
Del hombre *regenerado*,
El fuero íntimo sagrado
En pública accion convierte. . . !

Tal *accesibilidad*
Para merecer, se cuenta,
Aún más que con la bondad
Real, con la habilidad
Que esa bondad representa. . . !

¡Triste condicion humana
Elevada por Dios mismo
Del mundo á ser soberana
Si de esa opinion tirana
Adoptara el egoismo. . . !

Se trata de hacer al hombre
Como individuo, perfecto;
¡Y se le obliga á que abyecto,
De sus derechos en nombre,
Secunde innoble proyecto

De hacer á la sociedad
Patrimonio de una idea,
Que simulando igualdad
De fueros, del hombre crea
Más que de Dios la verdad. . . !

La cuestion del inventor
Con el falsificador
Del invento: que se admire
Más que al que el invento inspire,
A su preconizador. . . !

II.

Hijo: en esa expectacion
Desconfiada que concilia
La social conservacion
Y la paz de la familia,
Que ves, está la razon

De que al mundo no acomoda,
Ni con mucho, tal licencia. . . ;
Si la sufre en apariencia,
Es por ceder á la moda
Que es de este siglo exigencia. . . .

Por lo demás, cada cual
A otras prácticas se aviene,
Porque en ellas, bien ó mal,
Algún provecho real
Su refractarismo tiene. . . .

Hemos á un tiempo llegado
En que es al hombre preciso,
Para vivir respetado,
Ser cómico consumado
Por gusto, ó por compromiso;

Pues cuanto más se proclama
Su libre emancipacion
De pensamiento y de accion,
Y dan de sagrados fama
A su hogar y á su opinion

Veinte códigos escritos,
El hombre oprimido gime;
Y cual si fueran delitos,
Sus desahogos reprime
La ley de sus fueros-mitos. . . .

Máquina ha llegado á ser
Que ni á moverse se atreve,
Pena de mal parecer,
Sin permiso del poder
Original que le mueve. . . .

¿En qué ese poder estriba
Que así pudo sin trabajo,
Por tolerancia excesiva,
Poner los vicios arriba
Y las virtudes abajo?

En que el mal para subir
Tomó el mote y la bandera
Del bien, y ya su mentir
En fuerza de repetir,
A pesar de todo, impera.

Contando con el pudor
De la virtud susceptible
Que llama al sufrir valor,
Y apelando, ya al terror,
Ya á la venganza irascible,

Ya al halago, ya al quietismo
A que sin duda propende
Hoy el humano egoísmo,
¡Su poder es un abismo
Del que nadie se defiende!

III.

¿Quién á ese abismo resiste
Con noble constancia? . . . sola
Con la piedad que reviste,
En evitarle persiste
La noble raza española:

Aunque dividida, acaso
La sola familia es
Que estorba del vicio el paso. . . .
Otras, á no hacerle caso
Circunscriben su interés,

Creyendo que así importancia
No tomará, ¡vana creencia!
No advierte esa tolerancia
Que en tolerar su existencia
Y amarle, no hay gran distancia!

• Es más cuerdo prevenir
Su influjo en toda ocasion,
Su presencia combatir;
Que no importa la opinion
De intolerante sufrir.

Quien la da, seguramente
Que la practica constante;
Y esa tolerancia miente,
Porque es capricho exigente
De moda el ser tolerante. . . .

.

Esa raza que alimenta
Homogénea aspiracion
De espíritu, y representa
Entre la social tormenta
La fé de la tradicion;

Que lleva el desinterés
En este siglo por gala;
Que toda corazon es,
Que en la victoria ó revés
Su dignidad se señala;

Que existe, ¡dizque soñando!
A Dios y patria adorando;
Y honra, decoro y familia,
El solo interés concilia
Que va en el mundo buscando! . . .

¡Ay! En su empeño glorioso,
Del positivismo ofensa,
No hay egoísta reposo;
Hay un afan espinoso,
Sin material recompensa,

Que solo á satisfacer
Y no á gozar se dirige;
Porque es la ley del deber
Que almas templadas exige
Si bien se ha de obedecer. . . !

De todos en la conciencia
Esa ley impresa está,
Nadie niega su excelencia;
Mas como el premio que dá,
Más que premio es penitencia

Para el aspirar humano,
¡Elúdese tal deber
Con el pretexto liviano
De que *“el hombre es soberano
De sí en pensar y en hacer!”*

Que esa doctrina aceptada
Por la sociedad hoy día,
No priva ni obliga á nada,
Si la social armonía
Es por el hombre acatada! . . .

Y máxima tan traidora
Cunde en la humana miseria; . . .
¡La muerte del alma dora
La ropa deslumbradora
Con que viste la materia . . . !

.
¡Desventurado mortal,
Si cómico poseído
De su carácter teatral,
El papel que se ha aprendido
Llega á juzgar natural!

Pudiera de su ficcion
La causa ser lenitivo
Quizá en su degradacion;
Mas representar al vivo
La fé de su obcecacion

Porque la juzga sincera,
Si no es de entrañas de fiera
O loco, no se me alcanza
Cómo Dios su semejanza
En hombre tal imprimiera.

IV.

No puede el mundo marchar,
Hijo, á buen fin de tal suerte:
Cosa que marcha al azar
Vá, de seguro, á buscar
El desengaño ó la muerte. . . .

Los hombres no serán más
En ningún tiempo: verás
Que al freno de la razón
Tan rebeldes los de hoy son
Cual los de tiempos atrás:

Los de hoy, cultos y sutiles,
Los de ayer, más varoniles,
Los hacen siempre sus fueros
Con la licencia altaneros
Y con la opresión serviles;

Al abuso é incontinencia
En todo tiempo propenso
Su furor por la licencia,
De un tirano á la inclemencia
Los lleva á quemar incienso. . . .

Y si el tirano no existe
Por nacimiento ó por gloria,
Siempre en buscarle persiste,
Y de tirano reviste
Al más audaz de su escoria.

Que cuando el hombre se atreve
A negar el vasallaje
Que á Dios y al César le debe,
La primer fibra que mueve
Es su fibra de salvaje:

Y con feroz sangre fria
Instala el fatal dominio
De horror y de muerte impía,
Pregonando el exterminio
De cuanto adorado habia. . . !

¡Expansion de libres pechos
Que lidian por sus derechos
Suelen algunos llamar. . . !
Derechos que, á tales hechos,
Son sin duda exterminar

La especie, y solos quedarse. . . .
Miento; que en sed de matanza
Emulacion suele alzarse,
Y ninguno la esperanza
Abrigara de salvarse

Si la reaccion provechosa
Siempre á tiempo no viniera,
Cual tras de peste horrorosa
Viene la lluvia copiosa
Que la atmósfera aligera,

De Dios por la mano amiga:
Porque entiéndelo, hijo mio,
Peste es con que Dios castiga,
Del humano desvarío
La disension enemiga,

Y como á la peste, manda
Un agente que la ahuyenta:
¡Así en la civil tormenta,
Contra la lucha nefanda
La reaccion se presenta. . . !

Solo un juicio baladí
Disputará tal verdad:
Siempre en civil tempestad
Viene á decir "*hasta aquí,*"
La voz de una potestad,

Ya existente ó improvisada,
Tal vez del foco salida
De aquella lid desastrada,
Más infame, más malvada,
Y por eso más temida. . . .

Dios ese remedio aplica
Y la lucha pacífica,
Como á los choques aéreos,
De miasmas deletéreos
La atmósfera purifica. . . .

¡ Tales medios escoger
Cuadra bien á su poder,
Que en majestad pavorosa
Hacen su voz poderosa
Respetar y comprender. . . !

Y vana es la sutileza
De científica opinion,
Si pide á naturaleza
De tanto espanto y grandeza
La física explicacion. . . .

Podrá halagar á la mente,
Al sentido cuando más,
Con racional expediente;
Pero borrar lo que siente
El pecho humano, jamás!

V.

Fijo está, pues, en la idea,
Que no puede la razon
Por elevada que sea,
Conformar la aspiracion
Que cada mortal se crea;

Que no está en humana ciencia
Unificar fé ni instinto;
Que todo, en forma, en esencia,
Lo creado, la Omnipotencia
Quiso que fuese distinto. . . .

Pues la voluntad humana,
Voluble siempre y liviana,
Solo en Dios se identifica:
¡Fé que la razon explica,
No es fé que de Dios dimana!

Que cosas hay que sondar
La inteligencia no puede,
Pena de un dédalo hallar
Donde en eterno dudar
La paz del alma se quede. . . .

Como el desbordado río
Cuando pasa la avenida
Restaura su poderío,
Y del agua enfurecida
Sujeta en su cauce el brío,

Así la ley eternal,
Que romper el mundo intenta,
Irá en su cauce social
Sujetando ese caudal
Que desbordó la tormenta. . . .

Todo indica una mudanza
Próxima: ese vago anhelo
Con que ya el hombre se lanza
Al azar, tras la esperanza
De quietud y de consuelo

Que en cualquier forma le ofrece
El más absurdo programa,
Prueba es fiel de que carece
De fé en lo que prevalece,
Y obra del hombre se llama. . . .

Solo amor propio le liga
A ese eterno malestar
De vivir siempre al azar,
Sin que una esperanza amiga
Venga su suerte á fijar;

Y aguarda con impaciencia,
De abandonar, la ocasion,
Esa servil dependencia,
Que maltrata su conciencia
Y seca su corazon. . . .

Quiere sacudir la carga
Que impone su rebeldía,
Y su voluntad embarga
Tansolo la lucha amarga
Con que su orgullo porfia:

Quiere ser digno, y el freno
Recibir de la conciencia
Que en justo le torne y bueno. . . .
Moderado en la opulencia
Y en la adversidad sereno:

Quiere sentir y creer
Solo los juicios de Dios;
Quiere, en fin, volver á ser
Hombre tansolo, y en pos
De utopias no más correr. . . .

Sufrir las penalidades
Anexas á índole humana;
Sentir las debilidades
Propias, que ley soberana
Nos impone, nimiedades

Son, si á compararse llegan
Con la agitacion impía
De ambiciones que nos ciegan,
Cuando á la pasion se entregan
Corazon y fantasía. . . .

Pues el que esto ha de sufrir
Junto, ó menguado ha de ser,
O por fuerza ha de querer
Su espíritu redimir
De tan atroz padecer. . . .

Excepciones no señalo;
Que el que falto de consejo,
El descreído más malo,
Si no lo hiciese, Gonzalo,
De jóven, lo hará de viejo.

VI.

Luego tenemos la prueba
De que nos marca el destino
Un rumbo solo, un camino,
Y á ese camino nos lleva
Al fin, impulso divino. . . .

Aun los que infieles lanzaron
Máximas que autorizaron
Del hombre la rebeldía,
Arrepentidos un día
A ese camino tornaron.

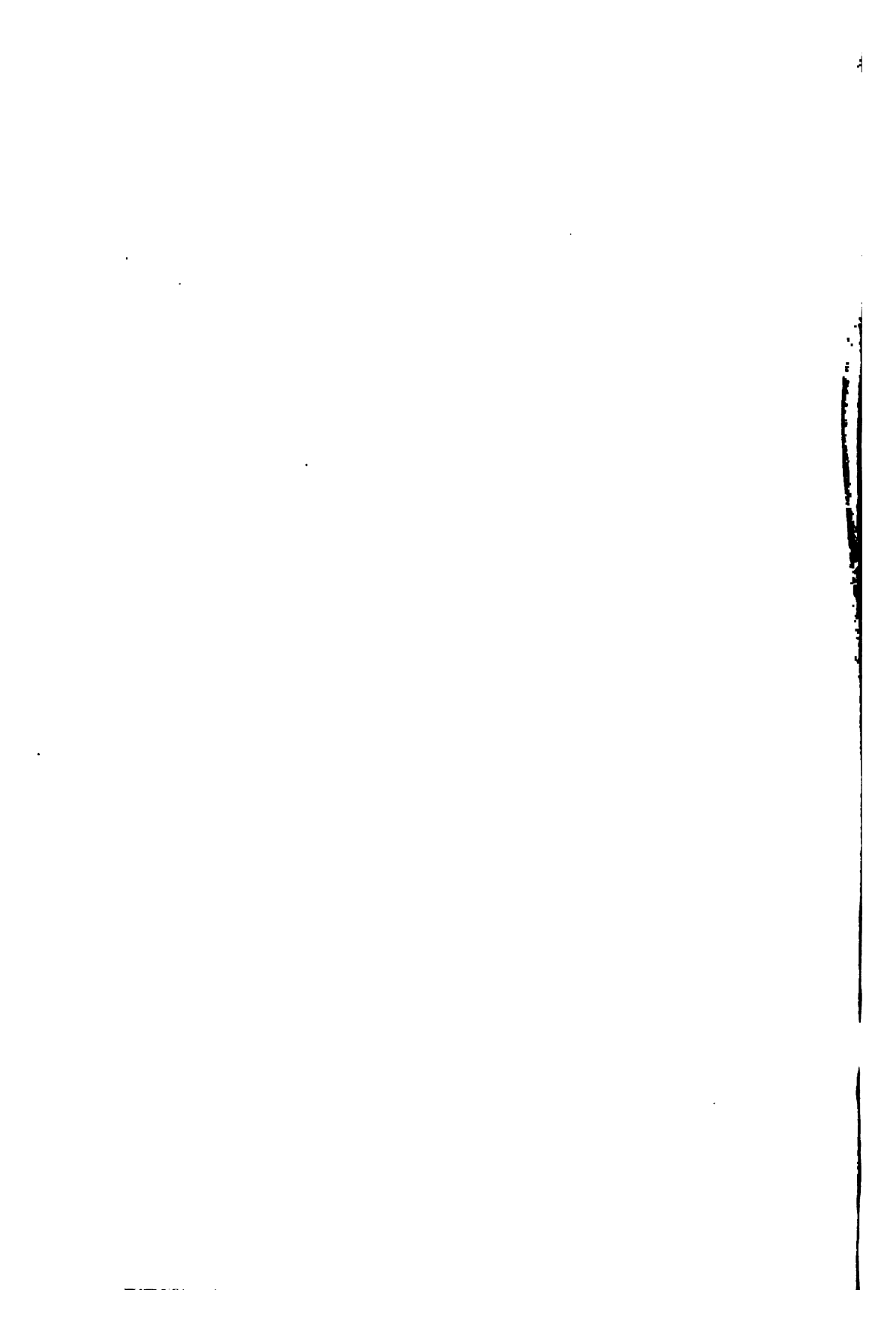
¿Podrá ilustrado llamarse
Siglo que tal farsa alienta?
¿Podrá esa farsa adoptarse
Si no puede sustentarse
Ni por aquel que la inventa. . . ?


No más culto á la razon
Que enfría el alma y la humilla:
La vida es la religion
Que en humano corazon
De luz y esperanza brilla:

La sociedad segun ella,
Es de las pasiones calma;
Freno de injusta querella. . . .
¡Amar y creer, del alma
Es la aspiracion más bella!


El trabajo que ennoblece,
La familia que estimula,
La caridad que enaltece,
La sobriedad que regula
La vida y la fortalece;

Tales las aspiraciones,
Por más que se niegue, son
De todos los corazones,
Y en el mar de las pasiones
Solo eso es la salvacion.





CONCLUSION.



Es fuerza terminar, Gonzalo mio,
Que mi discurso haciéndose enojoso,
A más de ser desaliñado y frío,

Bien pudiera tornarse fastidioso,
Y obrar de una manera diferente
De lo que me propuse cuidadoso. . . .

En vano, acaso, es fatigar tu mente
Con mi acerbo temor y eterna duda,
Cuando de tu bondad tengo patente

La prueba en tu virtud y ella te escuda:
Mas, sin embargo, ni á tu edad ni ciencia
La madurez para librarte ayuda:

Por eso no me asalta en la conciencia
Recelo alguno de causarte hastío,
En lugar de interés, con mi insistencia.

En todo caso, por tu bien porfio,
Y mi buena intencion ha de moverte
A disculpar mi afan, Gonzalo mio. . . .

Pues todo él se reduce á convencerte
De que el mundo, con visos seductores,
Oculta el dolo que la fé pervierte,

Y se abrigan en él, como entre flores
El áspid que al incauto, vil asecha,
El vicio, la ambicion, odios traidores,

Que de incautos tambien hacen cosecha;
Y á librarte no basta el buen sentido,
Tanto el halago á la virtud estrecha,

Si no está el corazon bien prevenido. . . .
Como ántes propaganda religiosa,
Hácese hoy del engaño fementido;

Prometiendo fortuna portentosa
Al mortal que deponga su creencia,
Que es dizque á ser feliz traba enojosa.

CONCLUSION.

No demanda al neófito otra ciencia;
¡Y esa basta á que logre el renegado,
Fortuna, posicion y suficiencia. . . !

Despues, cuando la ley haya abjurado
De su Dios, ¿cuál escrúpulo tendria
En abjurar el vínculo sagrado

Que con su padre ó bienhechor le unia?
Ninguno: la cuestion por todo fuera
Librarse de un censor su apostasía. . . !

Aligerado así ya en su carrera,
Que es cubierto de flores negro abismo,
Ningun estorbo su ambicion espera:

Su ley, su tradicion, lleva en sí mismo,
Y mónstruo de impiedad, ¿qué ley humana
Respetará jamás su escepticismo?

Con invocar los nombres que profana,
De patria, libertad é independencia,
Y abnegacion fingir su alma liviana;

Y la charla adoptar con impudencia,
Que es entre chabacana y parabólica,
Destinada á burlar la inexperiencia;

Sin olvidar con intencion diabólica
El columbino afan con que decanta
Su alma espartana, su aficion bucólica,

Al necio engrie, al inexperto encanta. . . !
Y hasta, ¡oh rubor! quien confundirle puede,
Por moda ó por temor sufre y le aguanta. . . !

Esto basta no más para que herede
Un zángano tal vez la gloria ajena,
Y honra y provecho, sin afan, le quede.

¿Qué le importa la patria que envenena,
La familia que insulta y que divide,
Si él su ambicion y su importancia llena?

Incienso popular, dominio pide,
Y árbitro ser de vida y de fortuna:
Por su conciencia, las conciencias mide,

Y aplica su intencion en cada una,
Juzgando no tener quien no le imita,
De imitarle ocasion tan oportuna. . . .

Risa el concepto público le excita,
Que su utilitarismo se antepone;
Y doquiera el estorbo que se quita,

CONCLUSION.

Con su provecho personal repone:
Y "hagan todos lo mismo, al cabo dice,
Nadie su bien por otros abandone:

Y dar, que vienen dando; es ser felice....
Quien por otro se apura es mentecato;
Que el bien particular que se utilice,

Justifica muy bien el ser ingrato!"
Este es del siglo el genio dominante
De cuyo influjo defenderte trato.

Si soy tenaz, el riesgo es apremiante;
Fuerte la seduccion y tú mancebo. . . .
Nunca mi precaucion será bastante:

Vivo el ejemplo, prevenirte debo;
Moda además la tolerancia, deja
Abierta la ocasion, visible el cebo. . . .

Luego, al intolerante se moteja
De montaraz, á gritos, y de inculto;
Al credo de su fé llaman conseja,

Con alharaca tal y tanto insulto,
Que si el tímido al fin no prevarica
Siente rubor de confesar su culto. . . .

Y el que, á pesar de todo, lo practica
Entre gentes que al siglo no desdoran,
Su accion á altos destinos sacrifica.

De hipócrita y santón le condecoran;
De pobre hombre, si no, sandio ó bendito,
Cuyo menguado espíritu deploran. . . .

Así, quien al buen tono está suscrito,
Aunque á tales blasfemias se subleve,
Guarda su repulsion como delito.

¡Qué se diría de él! Y si se atreve
Alguna vez á rebatirlas, modo
Busca siempre en hipótesis aleve,

Con que da sin querer más acomodo
A la misma opinion que combatía. . . .
Balbute unas disculpas, y da á todo

Ambigua solucion cobarde y fría,
Entre pullas, tal vez, y carcajadas;
Y no se atreve á más. . . . ¡qué se diría!

Entre gentes que llaman ilustradas
Sacar á colacion ciertas creencias
Al vulgo solamente toleradas,

CONCLUSION.

Seria la mayor de las demencias,
Digna de exonerar al que eso trate
Del gremio de ilustradas eminencias. . . !

Ya ves, hijo querido, que el combate
Ha de ser rudo, pues vivir te toca
En la esfera á do el cisma se debate.

La despreocupacion por base invoca
El círculo en que vives, que sustenta
Grande apariencia, si sustancia poca.

¡Cuenta, Gonzalo, con el cisma, cuenta!
Lo que á condescendencias te rebaja,
Plaza en tu corazon abrirse intenta. . . !

Ese círculo, dime, ¿qué ventaja
Al Estado produce, ni qué gloria?
Enemigo del hombre que trabaja,

Vano y disipador, cierra su historia
Honrando la vagancia noblemente:
Su frívola entidad es bien notoria;

Perito en lo supérfluo solamente,
Vive creyendo que es no siendo nada:
Apóstol de la moda reverente,

Hará por moda solo una asonada
Que insulte al buen sentido, satisfecho:
Tiene su condicion por ilustrada,

Y si es moda en Paris comer afrecho,
Y usar un cuerno en la nariz es moda,
Para adoptarlo aquí tiene derecho. . . .

¡Hé aquí, en resúmen, su importancia toda!
Que tomará no dudo, si le apremia
El gusto dominante y le acomoda,

De imitar á los monos, academia!

.
.

No es ya preciso más: yo no pretendo
Que huyas de sociedad cual de epidemia:

Vive en ella su bien favoreciendo;
Si está viciada, en su reforma influye
Ejemplo vivo de cordura siendo:

Si en graves faltas hoy se sustituye
La importante mision que la creara,
En nada la importancia disminuye

CONCLUSION.

Del objeto á que Dios la destinara. . . .
En Dios y ella cífrese tu culto,
Y en lo que ofenda á Dios, tu accion separa

Aunque tu lealtad premie el insulto. . . . :
Tarde ó temprano la verdad domina,
Y nada al desengaño queda oculto.

El que vive engañado ó se fascina,
Alguna vez, ante el error que advierte,
La frente, al cabo, á la verdad inclina. . . .

Tienes para portarte de esa suerte
Privilegio y deber á un tiempo mismo:
Privilegio, el que quiso concederte

Dios, de nacer lejano de ese abismo
De corrupcion que á la miseria alcanza
Si tiene inmoderado aspirantismo;

Tu posicion, tus votos afianza;
Tu talento y virtud son garantía,
Y nadie mostrará desconfianza

De que hagas de tus votos granjería. . . . ;
Y deber, porque un nombre has heredado
Sin mancha ni baldon, y su valía

Con tu cultura y ciencia has aumentado;
Procedes de una raza que el decoro
Jamás al interés ha sujetado:

Su honor, que se aquilata como el oro,
En toda solución terciando brilla
Como en la oscuridad el meteoro:

Raza en que nunca el miedo la semilla
Echó, y para valer jamás pretende
El prestigio inmoral de una pandilla.

Tu opinión, sin temor, hijo, defiende
Con la entereza noble, no altanera,
De aquel que ni favor compra ni vende.

Si es tu creencia la expresión sincera
Del sentimiento fiel que en tí traduces,
Propágala también en donde quiera.

¿De qué el temor ó cortedad deduces?
Ejemplos esta tierra necesita;
Dáale el de tu virtud y el de tus luces. . . .

¡Por no hacer otros eso, aquí se agita
La contienda social que nos aflige!
Necia contemplación, jamás evita

CONCLUSION.

Mal que á especulaciones se dirige:
Mientras la voz patricia independiente
Calla, ese mal en dictador se erige. . . !

Con político error ser indulgente
Sienta bien en el justo y fiel patricio;
Mas de eso á tolerar el ascendiente

Que en nombre de la patria toma el vicio,
Hay del deber al crimen la distancia.
¡Al borde de insondable precipicio

A esta tierra llevó tal tolerancia,
Que tarde al lamentar sus hijos buenos,
Ven de sus hijos malos la importancia

Que su incuria les dió, de pena llenos. . . !
¿Hasta cuándo sufrir? ¿Por qué motivo
Siendo los más aquí serán los menos?

Es fuerza ya cambiar ese inactivo
Dejar hacer á torpes ambiciones;
Ciencia y lealtad poner por correctivo

A inmorales y estúpidas facciones.
Para lograr aquí tan noble objeto,
La farsa está de más de otras naciones. . . .

Nada en este Hemisferio está sujeto
A extrañas é importunas exigencias:
A progresar unánime y concreto

Su sentir, no en doradas apariencias
Oculte su miseria y su desdoro. . . .
Su genio peculiar tiene excelencias

Que no envidian de extrañas el decoro;
Brotan sus campos regalados frutos,
Y hay además en sus montañas oro. . . .

Su existencia social, por atributos
Tiene la caridad y la largueza,
Y rinde á la piedad nobles tributos. . . .

Explote su feraz naturaleza
Quien patriota se juzgue, no en utopias
Gaste su buen ingenio y su agudeza.

Hacer de otro país pálidas copias
Sin provecho real, antojo es vano
De extrañas galas quien las tiene propias.

Ricas las tiene el suelo americano;
Lúzcanse con orgullo las primeras
Demostrando su brillo soberano

CONCLUSION.

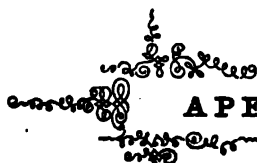
En mil combinaciones placenteras; . . .
Despues de combinadas. . . por contraste
Puédense bien lucir las extranjeras. . . .

No ya el valor en la molicie gaste
Quien de esta tierra es dueño; á su destino
Para llevarla con su esfuerzo baste. . . .

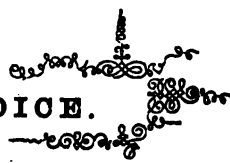
Débil es; mas si observa en su camino
La huella que su raza aquí condujo,
Y alienta el genio que con ella vino,

En justa proporcion, yo considero
Que quien tiene ese genio por influjo
Puede regenerar. . . . al mundo entero. . . .






APENDICE.



Quando un pueblo trasformado por el tiempo, no puede continuar siendo lo que ha sido, el primer síntoma de su enfermedad es el odio á lo pasado y á las virtudes de sus padres.

CHATEAUBRIAND.

I.



EMOS tomado por tipo al español que generalmente creen feliz en América: al que logrando llegar al término que se propuso, obtiene por recompensa de sus trabajos la satisfacción del triunfo, la posibilidad de ser útil á la sociedad que le ha dado acogida, á su familia ausente, á su compatriota desvalido; y por último, el amor de la familia que aquí se crea, y la conside-

ración que, á pesar de todo, no pueden negarle con justicia los hijos de este Continente.

Nuestro objeto ha sido indicar un mal que tiene remedio.

¿A qué remover el fondo de miserias irremediables que hay siempre en la vida del español en América? Además que, fuera de aquellas que son en todo lugar inherentes á una expatriación eterna, á una lucha perpétua contra las inconsecuencias de la suerte, los rigores de un clima insano, y á la soledad y abandono de todo consuelo en la pena, de todo consejo en la duda, esas miserias provienen de ese mal que hemos procurado hacer patente con toda su enormidad.

Las sociedades americanas, casi todas, tienen por base el elemento español: base tan sólida, que no han logrado destruirla tres siglos y medio de esfuerzos combinados, aunque disímbolos, de tres entidades que vienen laborando su ruina con una persistencia tenaz.

Estas entidades son, la raza primitiva conquistada; la raza implantada, y ¡extraña inconsecuencia del carácter humano! ¡la raza conquistadora. . . !

¿Por qué no han triunfado? El trabajo ha sido constante, la ocasión siempre propicia, y el deseo unánime. . . ; pero les ha faltado el único elemento que

preside siempre á este género de empresas. . . . la razon de ser. . . : la lógica.—Cada entidad, una vez conseguido el triunfo, tendria diferente aspiracion, aunque una misma necesidad práctica.—¿Con qué otro elemento sustituir el que combatian?

Hay destinos inmutables, y el de las Américas irá adonde Dios quiera, pero tendrá siempre el mismo punto de partida.

Bajo este concepto, ante el que no se rebela hoy nadie, ante el que no protesta ya más que, ¡cosa increíble! alguna fraccion de la raza española, debe pensarse con la madurez que demandan los intereses de estas sociedades, en los medios de evitar toda disidencia sobre un principio que, combatido, agotará el esfuerzo en inútiles porfias, miéntras que aceptado dará cuando ménos el fruto que es lógico esperar de toda accion comun á un mismo fin dirigida.

Haciendo omision del ya tan gastado llamamiento á la fuerza de la sangre, á la igualdad de creencias, idioma y tradicion, por inconducente, aceptemos el espíritu del siglo en lo que tiene más halagador: llamemos al interés conciliándolo con todo lo que no se oponga al carácter especial que definitivamente requiere la reconocida base de estas sociedades.



La conquista y poblacion de América ha matado el porvenir de España, y matará tambien el porvenir de Europa. Los que dicen que fué un crimen la conquista, solo por hacer odiosa la raza conquistadora, tienen razon; y solo se equivocan en el lugar donde debe sentirse el odio á esa raza, que no es aquí ciertamente.

Todo el bien que reporte á la civilizacion y engrandecimiento de esta tierra ha sido y será en detrimento del engrandecimiento y civilizacion de la raza que la conquistó, como lo es el vástago que crece jóven y robusto al pié del árbol que le nutre con su savia. El vástago crecerá porque es jóven y lozano; cada dia absorberá más jugo, porque cada dia necesitará más alimento; y el árbol, desangrado poco á poco, irá sintiendo, primero, helados sus extremos; árida y rugosa su corteza; lácias y descoloridas sus hojas; despues, penetrar en su tronco la gurvía acerrada de roedor insecto; tejer en sus ramas á la inmunda araña su tela, y al sucio gusano su crisálida: vegetaciones extrañas abrumarán su copa; parásitas hambrientas oprimirán su cuerpo. . . . por último, la muerte. . . . la diseccion. . . .

Y no se librarán despues otros árboles vecinos, coetáneos y afines en especie. . . .

El nuevo huésped, más jóven, y más robusto que ellos, les disputará bajo la tierra la savia que los alimenta: oprimirá con sus poderosas raíces las viejas y carcomidas raíces que los sostienen; les robará el sol y el aire con su exuberante capa, y la lluvia pudrirá sus troncos, porque el sol y las brisas no llegarán á ellos para secarla á tiempo.

La América sustituirá á la Europa en la direccion de los destinos del mundo, con los mismos elementos que de Europa recibe, si sabe acomodarlos á sus necesidades peculiares.

Ideas de virtud religiosa y social, sentimientos de esclarecido civismo, obra de esas ideas, han prevalecido aquí contra el furor de la tormenta revolucionaria; miéntras esas ideas y esos sentimientos desaparecen allí, y con ellos hasta el espíritu de conveniencia que parecia ser el ídolo de su culto, y en fin, hasta el instinto de la conservacion. . . !

La curiosidad, el pecado del siglo, disfrazada con nombres pomposos, y vestida con trajes fantásticos, pugna en Europa por resolver un problema parecido al de las Esfinges. . . !

Hasta aquí el aspirar humano parecia limitarse á conseguir la felicidad real ó soñada en la satisfac-

cion de sus necesidades materiales; y cuando más, se extendía su ambición á sobreponerse una entidad nacional á otras entidades en el respeto y consideración del mundo; lo que bien puede llamarse igualmente necesidad material, porque material era el provecho que reportaba.

Pero hoy busca esa felicidad en la satisfacción de todos sus caprichos y excentricidades.

Más: cada mortal entiende la felicidad social á su modo, y lo peor es que cree encontrarla.

No ha de vivir más tiempo hoy que el que ántes vivía; pero aumenta las necesidades de la vida, y cree que vive más.

No puede digerir naturalmente más alimento que el necesario á satisfacer su apetito y nutrición; pero inventa estimulantes que le permitan comer doble, y específicos para violentar el calor gástrico de su estómago.

Regalaba ántes su vista y su sentimiento con las maravillas de la creación, con el recuerdo de sus tradiciones y la memoria de sus afectos: admiraba instintivamente á Dios en aquellas maravillas, fortalecía su corazón con aquellos recuerdos, y adivinaba su nada en aquellas memorias. . . ¡Ahora se recrea con las parodias mezquinas que produce lo que llama su genio, y se admira á sí mismo! desprecia

las tradiciones porque le humillan; desconoce los afectos porque los juzga debilidades.

Con cuatro secretos que ha logrado arrancar á la naturaleza, se cree autorizado para robar á la Divinidad sus atributos é investirse con ellos.

La soberbia del hombre crece en proporción de lo que el hombre mismo se degrada.

El aplauso venal, la lisonja interesada, se prodigan hoy de modo que por cada uno que se eleva, un millon se rebajan. La lisonja ha sido fruta de todos tiempos pero en los de ántes costaba más cara.

Las causas de la soberbia del hombre del viejo mundo, se explican en cierto modo. El desencanto y la saciedad de todo goce comun le hacen aspirar á lo sobrehumano.

En Europa todo se mide, se analiza y se calcula. Se saben los compuestos de todo; el origen, la solidez, debilidad y duración de todo. La química y la geología han revelado los secretos de la tierra; los logaritmos, los del cielo: están determinados todos los fenómenos así celestes y marítimos, como aéreos y terrestres: se sabe el peso específico de líquidos y sólidos; se calcula la gravedad del vacío, la revolución de los astros, la distancia que media entre la tierra y ellos, y en fin, hasta se anuncia para un día, para una hora determinada la destrucción del mundo!

Se adivinan los efectos de todas las causas y las causas de todos los efectos. . . : allí no hay accidentes, porque todo se explica como consecuencias naturales de cosas pronunciadas. La desgracia y la fortuna son allí también obra de la aprensión ó la inerxia del que, para evitar la una y conseguir la otra, espera todavía el auxilio de la, por los espíritus débiles, llamada Providencia!



Todo esto y mucho más que se sabe ya ó se cree saber en el viejo mundo, no evita al hombre, sin embargo, ni una lágrima, ni la más pequeña miseria de las anexas á su naturaleza mortal! Pero en cambio le ha hecho soberano, dueño absoluto y hasta providencia de sí mismo, salvo en algunos casos en que un agente de policía le toma por sospechoso, otro le exige una multa por la infracción de tal bando; otro le busca porque habló contra tal cosa; otro para prevenirle un servicio público que le toca, reclamarle una contribución que debe, un impuesto porque tiene un perro; otro porque en su casa hay balcón, y otros cien, por si se alegra ó entristece, por si come ó ayuna. . . . por si vive ó muere. . . . ¡Todo, todo le es permitido, siempre que lo pague todo. . . !

Mucho se espera de lo que el hombre llama su genio: mucho se fia tambien en vista de su semejanza con Dios, en la proteccion especial que Dios le dispensa; pero espantan sus pretensiones, asombra su soberbia, y la osadía con que abusa de sus limitadas facultades. . . !

Se comprende que un soldado vencedor de la muerte en cien combates, y de todo humano obstáculo, llegue como los titanes á querer escalar el cielo: su temeridad es obra de su engrimiento, su fé y la fé de todos en lo sobrehumano de su esfuerzo, estimulan su locura. Pero, ¿qué victorias ha conseguido, qué prodigios ha obrado la sociedad actual que justifiquen sus pretensiones. . . ?

Ha vencido, es verdad, á la fuerza bruta con la fuerza mecánica; ha estrechado la distancia, ha domado la electricidad y simulado el rayo; se afana por parodiar á la Providencia con sus humanitarios desvelos por mitigar las miserias del hombre. . . . Pero ha creado otras miserias mayores: ha matado el sentimiento de la equidad en el corazon; ha confundido la exigencia inmaterial del alma con el apetito grosero del cuerpo; ha sustituido la fuerza del espíritu con la de la materia; y esa falta de equilibrio entre las potencias del alma y los sentidos del cuerpo, en la humana organizacion, dará por resultado la inmo-

derada aspiracion luchando siempre con lo mezquino del esfuerzo, la lucha moral del desencanto que viene y la ilusion que se escapa; el disentimiento perpetuo sobre la manera de ser del individuo en sus relaciones con la sociedad; . . . despues, la disolucion de todo vínculo moral; quedará el vínculo material del interés; . . . pero de ahí al caos no hay más que un paso.

Miéntras, este Hemisferio es la tierra de promision, el puerto de salvamento adonde dirigen su vista los que no quieren incurrir en la maldicion de Dios. . . .

Esta naturaleza vírgen y poderosa, no analizada, no explotada, y por consiguiente no profanada todavía, será el oasis adonde el europeo, fatigado de errar por el árido desierto del escepticismo, restaure los perdidos alientos de su fuerza moral. . . .

Ante esta grandeza, obra exclusiva de Dios, ante este variado é imponente panorama, conjunto de aridez y vegetacion, de lava y oro, de fuego y nieve, de luz deslumbradora y apacibles medias tintas, en que todo es inmensurable, infinito, como el vacío, y que todo se limita, sin embargo, con el colorido múltiple y fantástico de los crepúsculos de la mar, volverá el hombre á ser hombre; esto es, volverá á crear, á esperar y á sentir de nuevo la grandeza de su espíritu,

para no olvidar jamás lo frágil y perecedero de su materia. . . .



Dos razas disímbolas, con elementos encontrados é idiomas distintos, se disputan el señorío del Nuevo Mundo: la una, armada con la lógica del siglo, esto es; con su riqueza material y su inteligencia desarrollada en relacion á lo que exige su inflexible doctrina de progresar á todo trance; pero unida solamente por ese vínculo de interés mútuo, que suele ser fuerte en la prosperidad, y que no siempre subsiste en la desgracia.—La otra, fuerte con su derecho de primacía, su creencia uniforme, su sobriedad y su altivez geniales, y la vasta é inexpugnable extension que domina; pero falta de espíritu práctico, en vez de explotar las inmensas riquezas de su suelo privilegiado, lo ensangrienta en estériles luchas sobre su manera de sér político, ó cuando no, duerme indolentemente embriagada por el perfume de sus jardines, bajo el azul pabellon de su magnífico cielo. Se encuentra como el que posée una gran fortuna y no sabe en que gastarla; como el dueño de un inmenso palacio que, no pudiendo habitarle entero, vacila entre ceder á otros los departamentos que le sobran, ó dejarlos que

se derrumben por la incuria y el abandono de no ser habitados.—Condicion de niño consentido, sentiria celos de que otro toque siquiera sus juguetes sin su licencia, pero llamará su amiguito al que le ayude á jugar con ellos aunque sea haciéndolos pedazos.

¿Cuál de estas dos razas, de estos dos elementos que no pueden amalgamarse ni fundirse, digámoslo así, para un fin comun, será la que prepondere? ¿Cuál de ellas tiene la sávia más poderosa para arraigar con más fuerza las esperanzas del porvenir? “La que posea mejores condiciones locales, tenga más en explotacion sus riquezas, y sea más accesible al trato y comunicacion con el extranjero,” dirán los hombres simplemente utilitaristas.—“La que reuna mejores títulos á la estimacion del mundo por su tradicion gloriosa, por su piedad y dulzura innatas; la que ejerza la hospitalidad por índole y no por cálculo, y habite bajo un cielo que esté en armonía con su carácter,” dirán los que sientan en el alma algo más que el deseo de goces materiales. . . .

Pero como se trata de buscar un refugio contra el hastío y la saciedad de esos goces, porque se supone al que lo busca ansioso de respirar el ambiente regenerador de los puros afectos y consoladoras creencias léjos del foco de corrupcion que abandona, no es razonable creer que desée encontrar en el Nuevo

Mundo el mismo mal que le obligó á abandonar el antiguo.—Buscará, en primer lugar, la homogeneidad de creencia y la afinidad de raza; los mismos defectos, si se quiere, pero algunas de sus olvidadas virtudes, y en segundo, el olvido de su pasado.

Sabido es que las naciones europeas que propenden á destrozarse primero su organizacion social son las de raza latina; y si las de esa raza en América, que poseen la más rica y la más extensa parte en territorio, dotada de cuantos dones puede ofrecer la más privilegiada naturaleza al inmigrante, y de cuantos atractivos puede presentar la más hospitalaria sociedad al expatriado, persevera en mantener la manera de existir que le es peculiar por índole y tradicion; si deponese ese inútil afán de adoptar principios é implantar novaciones opuestas á su natural carácter; si no persiste en introducir prematuramente el caos tambien en sus creencias y la disolucion en sus costumbres, será esa raza, y no su rival, la que prepondere; su elemento el que domine, y su idioma el que trasmita á las edades futuras la mayor gloria entre los poderes humanos.

¿Es preciso algun sacrificio costoso por parte de esa raza para llamar suyo el porvenir?—No, seguramente: bástale querer obtenerle y le obtendrá.—Bástale robustecer sus ya poderosos elementos de

vida con la fusion y alianza, primero, de su raza con-sanguínea que es su elemento moral; despues con las que le son afines, y en ellas hallará su elemento físico.

Abandone esa suspicacia y celo pueril que le hace ver en el extranjero un enemigo.

Corresponda con la grandeza de su corazon á la grandeza de sus destinos. . . .

Olvide-la personalidad para no fijarse más que en la idea, y haga como ha hecho la Rusia, como hacen el Brasil y su raza rival de los Estados-Unidos, un palenque de su privilegiada tierra, donde se convoquen á gloriosa justa á todas las inteligencias del mundo. El que venga, frances, ruso ó noruego, mañana formará una familia americana, y una familia-modelo, por su ilustracion y antecedentes.

No basta proclamar libertades ni conceder franquicias si no hay quien haga buen uso de ellas: es preciso ántes, para que esas libertades y esas franquicias sean un bien práctico, y no un elemento contraproducente, reorganizar el ser moral y social de estos países, desquiciado por las continuas y desatentadas revoluciones de que han sido teatro.

Destruir para siempre por medio de una educacion moral y religiosa, y de una instruccion gradual, práctica, y verdaderamente científica, toda clase de

preocupaciones. Abandonar la idea falsa y exagerada que aquí se tiene del patriotismo, y cerrar la puerta al abuso que se hace de ese sentimiento, no por quien mejor le siente, sino por quien más lo pondera.

Estudiar, por último, el gran libro de la experiencia, y tomar de él con cordura, lo útil, lo adaptable, de lo mucho bueno que entre lo infinitamente malo, han producido las evoluciones del espíritu moderno.

Sentado por principio que el elemento español es la base de estas sociedades, porque no pueden razonable y lógicamente sustituir ese elemento con otro extraño, ni les es dado todavía crearlo propio; probado al mismo tiempo que esa manera de sér, léjos de oponerse al desarrollo de la gran idea que augura para ellas los mas brillantes destinos, favorece de un modo especial, poderoso é infalible, el logro de sus halagadoras esperanzas en el porvenir, natural parecia creer que estas sociedades, en vez de deprimir el elemento que les dió la vida, elevasen su prestigio, aumentasen su fuerza, siquiera para hacer menos trabajosa la obra de su propio engrandecimiento. Pudiera disculparse tan marcada inconsecuencia, con la ignorancia de algunos, la malicia de otros, y con la suspicacia política de los más, que les ha hecho ver un peligro para la patria en toda influencia

española, si no estuviera á la vista la causa que preside tan extraño como inconducente modo de proceder.

Vamos á ver si acertamos á explicarla algo más claramente en prosa que lo hicimos en verso.

II.

La familia del español aquí, es la familia americana rejuvenecida, renovada siempre; tipo especial de gracia y de atractivo irresistible, de una dulzura y sensibilidad exquisitas; gérmen de vida para esta sociedad, que viera sin él degenerar por la acción del clima su principal ornato, en el vigor, la inteligencia y la hermosura connaturales de esa familia, como degeneran visiblemente la planta, el fruto y la flor léjos del suelo de donde son originarios.—Pero esa familia, cuyas virtudes y excelencias no puede por ménos que reconocerse, es no obstante, un inconveniente poderoso que se opondrá á la unidad de pensamiento y de acción; que estorba, digámoslo así, la marcha mancomunada que es necesario seguir en estos países para allanar el camino del porvenir.

Al abrir sus ojos á la luz, siente lo que debe sentir la mariposa al salir de su crisálida, lo que debió sentir la estatua de Pigmaleon al dejar de ser piedra; lo que deberá sentir la alondra remontada á las regiones adonde solo sube el águila: desprecio hácia su origen, desden hacia su especie. . . .

No se digna abrir la historia y estudiar su genealogía: no ve más que el sol deslumbrador que aumenta el brillo de sus galas, y nada escucha más que las brisas embalsamadas que mecieron su cuna, y que murmuran en sus oídos el acento de la lisonja.

El pobre español, de encogidos modales y desaliñado porte, es la crisálida de esas mariposas deslumbradas, la piedra de su origen; y eso que ven con sus aspiraciones de alondra, es su especie. . . . su sociedad. . . .

Mal pueden satisfacer uno y otra la idealidad de esos séres: mitígate, no obstante, por la fuerza de la costumbre, por la ley del ejemplo, y no diríamos mal si agregásemos, por la ley de la necesidad, la instintiva decepcion de sus ilusiones; transígate de algun modo, y se conviene al fin en las capitulaciones siguientes:—“El español, es decir, el autor de la familia, la crisálida de esas mariposas, tendrá por ellas un amor idólatra, irreflexivo, que no le permita discutir, ni consigo mismo siquiera, nada que no sea

conducente á la mayor honra, gloria y regalo de su familia. Será en su casa un huésped, importuno á veces, encargado de subvenir á cuantas necesidades y caprichos invente una fantástica existencia: no impondrá su voluntad como obligacion, ni entrará para nada la consideracion del menoscabo de sus intereses en las exigencias que se le hagan. . . . Recibirá en pago, si cumpliere bien lo estipulado, una deferencia en público que simule un cariño respetuoso."

Si el español no se muere de apoplejía ú otra enfermedad parecida, al persuadirse del papel que representa, segun este pacto, en la última parte de la comedia de su vida, es, en primer lugar, porque cuando llega á efectuarlo, ya su sensibilidad está casi agotada á fuerza de trabajos, miserias y desengaños: . . . despues, porque el resto de sensibilidad que le queda, excitado por la energía de su carácter, enciende en su corazon un amor insensato y exclusivo por esa familia, y se ase á ella como el náufrago á suadero de salvacion que, tal puede llevarle á bienhechora playa como alejarle de ella á ser víctima del hambre y la desesperacion. . . . Por último, no se muere, porque nunca falta en el seno de esa familia su ángel bueno, que se presenta á enjugar sus lágrimas y á fortalecer su espíritu, algunas veces bajo la forma de una compañera fiel y cariñosa, y siempre, siem-

pre, bajo la forma de una hija idolatrada: sin ese consuelo, vería siempre la muerte como un beneficio inapreciable.

Respecto del pacto que hace esta familia con la sociedad en que nace y en la que forzosamente tiene que vivir, no es más lisonjero que el celebrado con su progenitor.—Fuera del círculo de otras familias del mismo origen, la cualidad de compatriota no significa contacto ni amalgama en pensamiento ni en acción para algún fin común. Las revoluciones últimas han hecho penetrar en ese círculo á alguno que otro individuo extraño, que por cierto no hace en él mejor figura que la del español. Al desposeído de fortuna que deserta de ese círculo, aunque no siempre deba su pobreza á motivos honrosos, se le dice: “rehabilita tu fortuna sin pararte en los medios, y cuenta con tu puesto en la sociedad que abandonas.”—No se le dice á ningún sordo.—El agraciado con esta indulgencia anticipada, promueve un motín, hace un pronunciamiento; ó si no, juega legal ó ilegalmente, hace trampas, se inscribe en alguna sociedad secreta, y muy desgraciado ha de ser cuando de tantos arbitrios no saque algún provecho: y cuando ya se juzga en posición, vuelve de nuevo al círculo de donde salió, que le recibe con los brazos abiertos sin el menor escrúpulo.

Si alguno se atreve á motejar esa tolerancia, fundado en algunos apuntes que tiene no muy honrosos para el reconciliado,

—Esas son calaveradas, dicen unos.

—Prueba de que no es tonto, añaden otros.

Y el rehabilitado queda tranquilo en su centro como el pez en el agua, dispuesto á reponer su fortuna del mismo modo cada vez que sea necesario.— Si sale mal en algunas empresas y la justicia tiene que intervenir en sus asuntos, no han de faltarle poderosos empeños que le saquen del tropiezo.

Por lo que hace á las gentes de otra raza, al pueblo, ó gente baja como se dice comunmente, á ese no se le dice nada; se le manda y se le tutea noblemente, sin permitirle nunca observacion ni protesta alguna en contra de lo mandado. . . . No sabemos á punto fijo lo que pensará para sí ese *pueblo*, aunque bien pudiera decírnoslo la saña que en cualquiera desbordamiento muestra contra los españoles, que son el hueso que su familia arroja para calmar la cólera de ese can cuando se enfurece.

En cuanto á la clase média, si la hay es transitoriamente: ó sube con una rapidez pasmosa á hacer coro entre la clase privilegiada, ó baja con la misma rapidez en alas del vicio y la crápula hasta el fondo de la abyeccion.—Las clases aisladas, revoltura de

medianías profesionales, empleados subalternos é industriales de gremio no conocido, no se asocian para nada, y forman, por consiguiente, en las filas que la casualidad los coloca. Esta clase es el medio para todas las cosas: remeda en su traje y modales, aunque grotescamente, á la clase elevada que suele emplearla como intérprete cuando necesita para algun fin particular entenderse con los que no son sus iguales. Por este conducto se desliza el soborno, la difamacion, el agio ruinoso, y la disipacion vergonzosa de las fortunas.

Quédanos otra entidad flotante tambien, pero que tiene su manera de sér, su carácter propio, y forma, á no dudar, un gremio numeroso que podrá no estar inscrito en el padron de los contribuyentes, pero de seguro no ha de faltar en los registros de las cárceles: hablamos del que llaman *lépero* en México, *gaucho* en Buenos Aires, y que en toda la América española tiene la misma tendencia, aunque tenga distintos nombres.

Pretende ejercer en las clases bajas el mismo predominio que ejerce la familia española en las elevadas, y aun á éstas no les perdona un feudo que parecen deberle, y que les cobra en relojes, cadenas, portamonedas y pañuelos, cada vez que tiene oportunidad de hacerlo.

Es la aristocracia de la miseria, y la miseria de la aristocracia: como ella, tiene orgullo y no trabaja: cuando la aristocracia necesita algo, pide, empeña, vende, aunque sea la honra, pero lo obtiene; el lépero que no tiene ni siquiera honra que vender, toma lo que necesita simplemente en donde lo halla: suele empeñar á veces su libertad; pero adonde quiera que lo lleven, en donde quiera que le encierran, tendrá un beneficio de que no disfruta estando libre: un techo que le guarezca de la intemperie, y malo ó bueno, un alimento seguro. Además, la cárcel es el colegio donde el lépero aumenta y perfecciona sus conocimientos, adquiere filosofía y aplomo, y á vuelta de algunos meses á la sombra, sale tan perspicaz como un lince, tan sutil como una zorra, tan escurridizo como una anguila.

En muchas cosas saca una inmensa ventaja á la clase que parodia.—En primer lugar la utiliza para sus escamoteos, mientras que esa clase, ni otra alguna, no han hallado modo de utilizar al lépero para nada; y en segundo, se le sobrepone como sér moral, atendido á que, si el lépero no asciende en la escala social, tampoco desciende nunca del escalon en que ha nacido: suele tropezar y hasta caer, pero cada vez que se levanta está mas firme en ese escalon, sin apelar á influjo ni á valimiento alguno para re-

habilitarse; miéntras que su antípoda en el globo de la fortuna, cuando cae, suele rodar tanto, que no párra hasta los dominios del lépero, quien le recibe sin extrañeza alguna, recordando quizá la filosófica máxima de que *los extremos se tocan*. . . .

No seria difícil hallar en la genealogía de los léperos si fuese posible registrarla, la huella de tantas familias distinguidas que vienen desapareciendo de estas sociedades desde la conquista acá, sin que se sepa su paradero. El tipo y las tendencias del lépero no son seguramente indígenas: se dice que se ha formado de la connistura de las razas; nosotros creemos mejor que procede de la connistura del vicio y la hipocresía, y que se alimenta de la decadencia de las fortunas. De todos modos, no será aventurado asegurar que ese gremio ambulante, ese centro vagamundo y crapuloso, es el abismo, es la cloaca adonde se despeña y se sepulta saltando desde el ocio á la disipacion, desde ésta al vicio y del vicio al crimen, el más bello elemento de vida y porvenir que tienen estas sociedades: la noble raza española. Posible es que otros hayan parado mientes en esta observacion, y aunque se haya pensado en los medios de evitar un mal de tan fatales consecuencias; pero lo cierto es que la propension existe, y nada se hace para estorbarla.



A este cuadro exacto, aunque toscamente bosquejado, de las sociedades hispano-americanas, suele llamarse por los mismos que las forman en primer término, obra de la tiranía, del orgullo y de la ignorancia española. No sabemos en qué argumentos apoyarán su juicio los que así piensan; pero de cierto, que no habiendo en qué fundar esa opinion más argumentos que las deducciones, si nos atenemos á las más naturales, tan solo vemos en pró de ese juicio aquel cómodo expediente de sofistas con el cual se podría si se quisiese levantar un caramillo hasta al mismo Padre Eterno, y que dice: "*El que es causa de la causa, es causa de lo causado.*" No es posible eludir el cargo llevando la consecuencia hasta el extremo que nos permite llevarla esa elástica sentencia, porque no admitimos que Dios haya hecho nada malo, y mucho ménos que haya hecho malos á los españoles; que malos debieran ser si se les probare que son la causa de las desdichas que hoy resienten estas sociedades. Así es que la admitimos, aunque recusando los motivos que lo fundan, porque, como se verá, son ellos, á haber existido, los que hu-

bieran evitado esos males que se deploran. A buen seguro que si los españoles al fundar estas sociedades hubieran sido tiranos, no hubieran permitido á sus hijos sobreponérseles, hasta el grado de llegar á ser deprimidos, vejados y hasta despreciados por ellos: . . . se ve, pues, bajo este concepto, que el verdugo llama cruel á su víctima.

Si hubieran sido orgullosos, hubieran desdeñado entrar á partir su conquista, sus títulos, sus honores y aun su sangre, con la raza conquistada; no hubieran trabajado con el empeño que trabajaron por educarla y elevarla á la altura capaz de hacerla gozar de los mismos derechos que ellos disfrutaban. Compárese la suerte de los indígenas durante el más azaroso período de la dominacion española con la que hoy guardan, y se verá que el lobo llama tirano al cordero.

Si, por último, hubieran sido ignorantes los pobladores del Nuevo Mundo, no hubieran encontrado los que hoy le poseen ese lujo monumental que los envanece, esos tesoros que aun no han podido agotar en medio siglo de derroche, ni esa admirable organizacion social, civil y económica que no han podido disolver cincuenta años de desórden y licencia.

Si los hechos no hablasen más alto que las preocupaciones, todavía quedarían á los españoles otras

armas más poderosas con que defenderse.—¿Qué civilización, qué saber humano, ni qué poder de la tierra, en los tiempos antiguos y modernos, desde la creación del mundo hasta la época con que dejaron estos países de pertenecer á España, cuenta la historia que hicieran en el período de tres centurias lo que hicieron los españoles en este Continente? Puede agregarse, ¿qué conquista pudo jamás amalgamar el elemento conquistado con el conquistador, á tal grado, que la conquista prosperase impulsada por esos dos elementos sin vacilar en el fin ni discrepar en los medios? Aun más todavía: ¿qué país sufrió el yugo extranjero sin pagar además del tributo de sangre, el amargo contingente de esclavos? Pues América tuvo ese privilegio, y fué debido á la *tiranía*, al *orgullo* y á la *ignorancia* de los españoles. . . .

Precisamente por esos tres vicios se han logrado tan esclarecidos hechos, como no los habrán obrado jamás las más prominentes virtudes.

¡Inconsecuencia del juicio humano!

Para merecer la calificación de liberales, de humildes y de sabios, en el concepto de sus descendientes americanos, y el amor y veneración que éstos le niegan tan obstinadamente, debieron los españoles no haber permitido á esos descendientes la menor franquicia; haber reducido sus aspiraciones á marqueses

y caballeros por medio de un trabajo duro y un trato depresivo; haberlos hecho, en fin, colonos simplemente, y no partícipes en sus derechos, herederos de su gloria y dueños de su fortuna.

Debieron haber exterminado la raza conquistada, ó cuando ménos haberla reducido á la esclavitud; y en vez de civilizarla y concederle leyes protectoras para su conservacion y bienestar, haberla degradado más y más, hasta hacerla desaparecer en fuerza de trabajo, abandono ó ignominia.

Debieron, por último, los conquistadores, haber enriquecido á su patria, en vez de empobrecerla como hicieron, llevándose los tesoros que aquí gastaron en fundar esas magníficas ciudades, y en crear todo lo que hoy forma el regalo y el orgullo de sus descendientes.—Debieron haber fundado presidios en vez de ciudades, barracas en vez de palacios, capillas en lugar de catedrales.—Debieron crear obreros y no marqueses, servidores y no amos, y á buen seguro que si esto hubieran hecho, les llamase nadie ignorantes. . . .

Hay cuestiones que se debaten por un verdadero exceso de consecuencia hácia el que las promueve.—Aunque el hijo de América se obstinase en dudar de cuanto la historia dice en contra de su preocupacion, bastaria para desvanecerla la lógica de los

hechos.—¿A qué conduce ese eterno luchar contra la razón, ese prurito de negar la evidencia? Si no lo expresara fielmente el pensamiento de Chateaubriand que sirve de epígrafe á este Apéndice, no nos quedaria otro recurso que atribuirlo á enfermedad mental de quien provoca tales cuestiones.



Triste y desconsolador es, en efecto, el cuadro que presentan las sociedades hispano-americanas bajo el punto de vista de la necesidad que tienen esas sociedades de unificar sus elementos para llegar á un fin cuya consecucion es de tan vital interés para su porvenir.

Porque no puede pensarse razonablemente, que el esfuerzo aislado de alguno de ellos baste para conseguir ese fin, ni mucho ménos que los medios que se emplean para amalgamar el espíritu y la accion de todos sean eficaces; ántes bien nos parece sobre esto último, que esos medios obran en sentido opuesto al que se desea.—Sin desconocer la buena intencion que inspira á los que dirigen los destinos de estos países, ni la necesidad á que ceden de ser consecuentes en la escogitacion de esos medios, con las

instituciones que en ellos imperan, no ménos que á las exigencias de la época; como tratamos de vindicar un principio que se vitupera y restablecer una verdad que se desconoce, permitido nos será borrar de ese cuadro los retoques que manos inexpertas ó maliciosas le han dado en estos últimos años, y presentarle tal como estaba cuando salió de las manos que lo trazaron. . . .

En primer término estaban la autoridad que regia, la ley que mandaba, rodeadas de majestad y prestigio que le daban unos sencillos atributos pintados con severas tintas.—Hoy esa parte del cuadro está alumbrada por un fuego fátuo, á cuya luz brillan, árboles de la libertad, gorros frigos, cadenas rotas, la palabra ley escrita por todas partes, como si se temiese la posibilidad de olvidarla; bustos, carátulas, lazos de union, emblemas de fraternidad é igualdad, la estatua de la fé con los ojos vendados, la mano de la justicia estrechando la de la caridad; genios que ofrecen sonriendo coronas de laurel, de olivo y siemprevivas; y por todas partes banderas, como si una sola no pudiera bastar á cubrir todo aquel mundo de glorias patrias; y por último, instrumentos bélicos, paveses, lanzas, cañones y un bosque de bayonetas, . . . ¡como si todo aquello no estuviese seguro!

En segundo término estaba, de modo que recibiera más inmediatamente el influjo de lo que representaba el primero, la familia española, con modesto traje, y en recogida actitud: el padre de aquella familia, rodeado de sus hijos y de algunos indígenas, al parecer sirvientes, parecía explicar el contenido de un libro que tenía abierto en la mano, en cuya página visible se alcanzaba á leer esta máxima: *Dios quiere igualmente á sus hijos; y si da á unos el privilegio de la inteligencia y de la fortuna, es para que difundan la primera y distribuyan la segunda segun la aptitud y necesidades del desposeido de estos dones.—Hace al privilegiado intermediario de su gracia; pero tambien le hace responsable del mal uso que haga de ella.*¹

Las hijas de aquella familia, y algunas jóvenes huérfanas adoptivas de ella, y otras en traje de sirvientas, se ocupan indistintamente en quehaceres domésticos: la madre que parece dirigir las, sonríe de amor y de satisfacción.

Esta escena de costumbres morigeradas y patriarcales, ha sido sustituida por otra tan difícil de detallar como fácil de comprender.—El venerable padre de aquella familia ha cambiado de traje y de actitud:

1 Fr. Martin del Rio. *De Gratia Dei.*

ahora es un vejete arriscado, vestido de rigurosa etiqueta á la usanza del siglo: en lugar del libro de *Gratia Dei* que ántes tenia en la mano, tiene un periódico; en lugar del duro sillón que ántes ocupaba, está arrellanado en una mullida butaca, y parece discutir acaloradamente con sus hijos, atildados mozalbetes de bigote puntiagudo, que le escuchan con afectada gravedad, un párrafo del *Emilio* que cita por epígrafe el mencionado periódico.—Varios individuos de atezado rostro, que parecerían sirvientes si no vistiesen un traje igual al de sus amos, parecen tomar parte en aquella discusión, y sonreír burlescamente, mirando el gesto desapacible del anciano y la actitud indolente de sus hijos.—Con respecto á las hijas de aquella familia no es ménos la transformación que se ha obrado en ellas. Una, peinada y vestida, imitando el retrato de Mlle. Lavalère, lee las Memorias de esta interesante cortesana; otra, sentada al piano en un *deshabillé* que incita la curiosidad de un pisaverde, que está de pié á su lado, como excitarían la de un escultor las formas de la Vénus de Milo, canta, *sotto voce*, el final de Traviatta; otra arregla los preliminares de un traje de soirée, segun un figurin del "Correo de Ultramar" que tiene delante. . . .

Las criadas figuran entrar y salir llevando y tra-

yendo telas, peinados, cajas de carton, etc.; por último, la mamá départe en un extremo, confidencialmente, con un doctor de veinticinco abriles, á quien parece explicar las inconsecuencias de sus nervios, por no decir las consecuencias de su años.

El fondo del cuadro se dividia en diferentes agrupaciones colocadas como en cuarteles de escudo: en ellos se representaban familias de industriales, tejedores, plateros, etc., todos trabajando desde el niño hasta el anciano, y todos con semblante alegre y satisfecho; casas de comercio donde unos entraban con su artefacto ó mercancía, y salian otros contando su dinero.—Mercados ambulantes donde el cambio de objetos se multiplicaba con una rapidez extraordinaria; grupos de indios labradores marchando al trabajo alegremente; otros escuchando á un venerable religioso que les explica la doctrina, con piadoso recogimiento; otros, en fin, que representaban danzas nacionales, procesiones religiosas, escenas campes- tres, romerías á los santuarios; todo respirando animacion, contento y vida.— En estos grupos estaban constantemente asociadas, lo mismo en el trabajo que en las diversiones, todas las razas, y todas tenian su ocupacion, su centro y su importancia relativa.—No faltaba tampoco el famoso lépero ejerciendo su conocida industria, pero disfrazado de hom-

bre de bien, y usando exquisitas precauciones al hacer sus escamoteos.

El fondo del cuadro ha cambiado como todo lo demás: existen los mismos grupos y cuarteles, y aun algunos más; pero ¡cuán diferentes!

Las familias industriales han disminuido; están andrajosas y melancólicas: sobre su ántes animado taller se ha establecido una fábrica, que si no ha mejorado la clase, ha monopolizado el consumo del artefacto abaratándolo, en razon de haber sustituido con la mecánica el esfuerzo de los brazos.—Una familia acaudalada, sin más industria que tener dinero, es hoy dueña del patrimonio de cien familias verdaderamente industriales. La casa de comercio ya no recibe el artefacto ó mercancía del pobre directamente, por un precio justo y convencional; la recibe más barata de mano de revendedores desalmados que han arrancado á vil precio por la fuerza de la necesidad, aquel artefacto, aquella mercancía de que son ellos los únicos postores.—¡En sustitucion de aquel benéfico establecimiento que se cierra, se han abierto otros con el filantrópico título de *Montes de Piedad!* Los mercados acaban, porque no se producen ya objetos de industria nacional que cambiar, y los traficantes de corta fortuna han desaparecido para dejar lugar al monopolio, que en el tráfico como en la

industria, ejercen los grandes capitales.—Los grupos de indios labradores ó romeros existen; pero los labradores, reducidos á simples peones del tajo, no tienen ya aquel aire de alegría que mostraban al contemplar el halagador estado de sus sementeras de paso que iban á labrar las ajenas: como en todo lo demás, el monopolio ha invadido el campo también. No se nos crea, por las apreciaciones que anteceden, enemigos del progreso material de las sociedades, ni tampoco partidarios de la nivelacion de fortunas; nada ménos que eso; pero creemos que los adelantos no deben imponerse á los pueblos si aquellos no están en relacion con sus necesidades, y que el monopolio es obra de esa impaciencia por introducir reformas y novaciones que acosa á gobernantes inexpertos para quienes la doctrina tiene una importancia superior á la necesidad. De todos modos, como tratamos de formar un contraste entre la oscuridad de ayer y la claridad de hoy, en las tintas de nuestro cuadro, nada hallamos más lógico que esas apreciaciones para sacar la deduccion que nos proponemos. En cuanto á los romeros, se observa que bajo sus viejas frazadas, llevan armas de fuego para atender á su seguridad.—En cambio, los grupos se han aumentado y variado las escenas: además de los que representan al indio labriego y al que va á la ro-

mería, se ven largas hileras de otros que caminan entre filas de soldados, amarrados codo con codo.— Son futuros servidores de la patria que van *voluntariamente* á defender las instituciones que han de hacerlos felices!

Respecto de los que ántes escuchaban con piadoso recogimiento la explicacion de la doctrina, hecha por un venerable sacerdote, hoy escuchan embobados otra doctrina que en forma de alocucion ó proclama les explica un fervoroso patriota: seguramente esta doctrina manda lo contrario que aquella, pues tan distinto efecto produce.

Las danzas nacionales son ahora ejercicios militares; las procesiones religiosas paseos cívicos; los estandartes de la fé, banderas nacionales; los santos, retratos de héroes de la patria; la intencion, conmemorar una batalla, una hecatombe; el santo de la fiesta, un individuo que recibe el incienso á cañonazos, tal vez porque así lo ha ganado; la asistencia, empleados del gobierno; los sacerdotes, los altos funcionarios del Estado; los predicadores, los poetas románticos; los intérpretes de la opinion pública, los redactores de periódicos oficiales; el séquito, un centenar de vagamundos desarrapados y sucios menestrales sin trabajo, que van á oír por la milésima vez que han conquistado todas las libertades, todos los

derechos á ser felices, ricos y considerados, sin embargo de que ven en la práctica que no tienen libertad ni para salir á la calle sin riesgo de una leva, ni más derechos que los que pagan por el escaso alimento que toman, y por los miserables andrajos que visten! Cierra la comitiva, como en todo, una valla de agudas bayonetas. ¡Aquello representa la majestad popular, que dicen ha reemplazado ventajosamente á la majestad del cielo en el culto público. . . !

Las diversiones campestres no se hacen ya en el campo; se trae el campo á la ciudad, y se finge como en todo, que nada se ha perdido; y si no respiran tanta animacion, contento y vida como ántes, respiran más compadrazgo, más conchavo, más. . . *convivialidad*, para fines más *particulares*.

En cuanto á la asociacion de razas, tanto en el trabajo como en las diversiones, por lo visto se ha borrado con el tiempo, y hoy aparecen las razas confundidas sí, pero sin hacer nada, sin divertirse en nada, por lo que no forman círculos, ni tienen importancia alguna.

Cerraba el fondo del cuadro un mar sereno y apacible, poblado de naves empavesadas como para saludar á un puerto amigo.

Hoy, esa mar está agitada, y esos buques, en vez de signos de paz y de alegría, enseñan amenazadoras sus dobles andanas de cañones.

El letrero obligado al calce de todo cuadro antiguo, decia así: "*La justicia, la religion y la moralidad* me hicieron;" hoy dice: "*La licencia, la duda y el espíritu de la novedad*, me retocaron."

¡Y de este retoque se quiere hacer responsable á la dominacion española; lo que es tan lógico como el aforismo de marras, con el que, á la luz de ciertas inteligencias, bien pudiera imputarse á Dios toda la maldad que se imputa á los españoles. . . !

III.

Ahora bien: si los españoles no han podido hacer mal alguno aquí, como queda probado, en cambio pueden hacer mucho bien como se probará; todo consiste en que ese bien se acepte de buena voluntad. El español, como individuo, no necesita ni nunca ha necesitado el mando y el predominio para llenar sus aspiraciones á ser feliz: para labrar su fortuna y criar su familia ha trabajado siempre, como hoy trabaja. Se entiende que hablamos del español inmigrante que venia ántes, como hoy viene, atenido á su honradez y á su amor al trabajo, sin más cre-

dencial que una carta de recomendacion para un pariente ó para uno que fué convecino de sus padres; sin más títulos de terror para los hijos de América que su robustez natural y su carácter poco á propósito para transigir con nadie en materia de honra, patria y decoro personal; porque hoy no hay para qué, ni viene á cuento, hablar de los que traían otro carácter. La carga concejil que ántes podia tocarle, no es de suponer que le diera grande influencia, capaz de causar hoy envidia, en los destinos de la tierra que habitaba: era un simple súbdito como otro cualquiera, con ménos libertad, con ménos fueros que los que hoy tendria si se respetasen sus derechos de extranjero; lo que quiere decir que hoy podria hacer más bien que el que hizo ántes al país en que vive. Antes no era ni amo ni señor, ni nada de eso que se dice; era uno de tantos que se perdia entre la multitud de otros, más ricos, más notables por su posicion oficial, cuyo trato le era vedado, ó cuando ménos embarazoso: hacia lo que hacian todos los de su clase; contribuir á robustecer el elemento de estimacion y respetabilidad que era el único apoyo y garantía que para subsistir y prosperar aquí le era dado proporcionarse.

Sabido es que en aquellos felices tiempos no habia, ni se necesitaban para sostener la tiranía, los cuan-

tiosos elementos militares que hoy son precisos para sostener la libertad.

Como no llamaba sobre sí la atención, sus faltas ó sus virtudes no se hacian tan notorias; y á ménos que las primeras no fuesen dignas de represion, á nada le obligaban unas y otras, á que no estuviese obligado todo el mundo.—En fin, el español entónces era una generalidad, y hoy está obligado á ser una entidad; entidad que le abrumba, porque le hace responsable de su buen nombre, quitándole todos los medios que necesita para serlo: mas no le deja ni la recompensa que en todo tiempo tuvieron sus afanes; la de gozar en el hogar doméstico el amor, el respeto y la estimacion de su familia, unidos á la tranquilidad de espíritu del que ve asegurado el porvenir de los seres que le rodean, que han crecido al abrigo de sus bendiciones, nutridos con el fruto de sus desvelos.—Por lo que se ve, ántes podia hacer ménos, y sin embargo hacia más, porque no vefan sus hijos al abrir los ojos á la razon, escrito ó significado por todas partes un anatema contra el autor de sus dias. El origen de que ántes se vanagloriaban estos hijos, parece reportar hoy un entredicho que recaerá sobre ellos si no separan su pensamiento de las sugestiones peligrosas de aquel padre cuyos consejos no serán para dirigir una juventud inexperta, sino para ins-

pirarles odio á su patria, desdén hácia sus compatriotas. . . ! Por más que repugne creer esto al corazón de aquellos hijos, la insistencia de repetírselo, y más que todo, el ejemplo que cunde, la licencia que convida y esa sed de emancipación que invade á las sociedades primero, y después á los individuos, completan la rebeldía.

Nosotros no comprendemos todavía por qué fué necesario á estos países para establecer su autonomía política, relajar, no ya el vínculo de la sangre que no puede relajarse sin insultar la más hermosa ley de la naturaleza, sino el que unía su nueva existencia con el porvenir. ¿Podíase reemplazar el vínculo anatematizado con otro? ¿Creyóse que surgiera algún otro elemento de vida y de subsistencia más fuerte y vigoroso que el que se proscribía? ¿Y de dónde? ¿O se pensó que podría aquel cuerpo sin cabeza, por milagro especial del cielo, marchar con paso firme por una senda que forzosamente debía estar llena de precipicios? Lo que nos parece es, que los que inauguraron bajo tales auspicios el día más solemne de la patria, si tenían un corazón grande y heroico, como debe ser el de los verdaderos patriotas, debieron llevarle á la tumba desgarrado por todas las furias del remordimiento.



Hoy no puede el español educar á sus hijos, ni hacer de ellos buenos ciudadanos, porque le quitan el valer moral que ántes tenia sobre ellos, y hasta la accion física se le cohibe en cierto modo: temeria al ejercerla, recrudecer el encono de la sociedad que vigila sus acciones, y darle otro pretexto más á los que cree tener para llamarle tirano.—Tiene, pues, que apelar á la dulzura y la persuasion, si no á la súplica, para no precipitar en el ánimo de sus hijos el espíritu de rebeldía, á que sin duda hay marcada propension, destruyendo así más y más el ascendiente paterno, que es la salvaguardia de la juventud en los primeros pasos de la vida, y confirmando con su debilidad forzada el humilde concepto á que lo rebaja la opinion de sus detractores. Unese á esta debilidad que le imponen las circunstancias, otra que le inspira el amor y la conmiseracion que siente por aquellos séres tan queridos, destinados á errar sin apoyo y sin consejo entre los azares de un porvenir incierto.—De nada le sirve el afan con que les ha ganado un patrimonio, que si subsiste á pesar de revoluciones y de los riesgos consiguientes á la desorganizacion política que tantas fortunas arrebató, no

les servirá por lo pronto mas que de cebo á su prodigalidad, de disculpa para aborrecer todo trabajo y eludir toda profesion, y de estímulo para desear su prematura emancipacion.—Esto miétras él viva; despues que muera, ese patrimonio pondrá al alcance de tan inexpertas manos todo lo que una inmoderada é indiscreta libertad permite, sin ruborizar á nadie, á la juventud que no sabemos por qué se llama de buen tono.

Rara fortuna se salva en tales manos: bien lo demuestra la turba de mendigos decentes que buscan en la revolucion, en el juego, y hasta en la estafa, una rehabilitacion imposible.—Acostumbrados á la disipacion, sin ciencia ni fuerza de voluntad que oponer á la desgracia, y sin virtud alguna que les inspire resignacion en ella, descienden insensiblemente por la escala de la degradacion, arrastrando consigo, tal vez, una familia que crearon en mejores tiempos, á ese sumidero, á esa cloaca donde se juntan todas las miserias, todos los vicios, para producir ese gitano nómada, sin nombre y sin origen caracterizado, que se llama lépero.

No es sola la infelicidad de los hijos la que el español presente: las hijas, esos ángeles del hogar que endulzaron sus amarguras y lloraron con él sus presentimientos; si no le duró la vida para establecerlas

convenientemente, y tiene que dejarlas al morir envueltas en el torbellino del mundo frívolo donde se educaron, bajo la sola egida de una madre buena y virtuosa sin duda, pero educada del mismo modo que ellas; inhábil para todo lo que no sea amar con delirio á sus hijos y guardar la fé conyugal; que no presintió nada, y no se preparó para resistir la inmensa desgracia que va á pesar sobre ella, y para conjurar la que infaliblemente espera á aquellos pedazos de sus entrañas; ántes bien se propone acelerarla con las imprudentes condescendencias que aquellos hijos arrancan á su amor; esas hijas, repetimos, en que hay abnegacion hasta el heroismo, darán sin murmurar hasta el último recuerdo de sus riquezas, primero por salvar la honra y el decoro de sus hermanos, despues por no hacer sentir el aspecto de la miseria á su cariñosa madre, y cuando ésta sucumbe honrar su memoria. . . . Luego, como la posicion á que han descendido las inhabilita en el egoismo del mundo para ser distinguidas por sus virtudes, como lo fueron un dia por su fortuna; y su natural dignidad las impide aceptar un esposo incapaz de estimar lo que valen, ni mucho ménos el precio de la deshonra, apelan al único recurso á que le es dado apelar para subsistir á una señora educada en estos países, y aun en España: á coser y

bordar ajeno por un miserable extipendio que apenas basta á alimentar sus enflaquecidos cuerpos y á conservar los mezquinos y deslucidos trajes que aun conservan como recuerdo de su pasado, y con los que encubren en público su desoladora miseria!

Estos séres desgraciados se marchitan lentamente á impulso del hambre y las privaciones que minan su salud, y sucumben despues fatigadas de un trabajo que destroza sus pulmones. . . . La ciencia al inspeccionar sus cadáveres para estudiar una enfermedad desconocida, asegura magistralmente que murieron de tísis.—Nada más le interesa á la ciencia.—En cuanto á la sociedad, esa no inquiere nada. . . .

Además, habrá ya olvidado á aquellos séres que un dia fueron su adorno. . . . ¡Es tan olvidadiza la que aquí se llama buena sociedad. . . ! ¡Se ocupa tan poco del pasado y del porvenir. . . !

¡Será que presiente lo inestable de su posicion. . . ? ¡Verdaderamente que asombra aquí la rapidez con que caen y se improvisan las fortunas! Cada diez años, por término medio, se relevan dos terceras partes de ricos empobrecidos, con otras dos de pobres que se enriquecen. Parece que la inconstancia de la fortuna está en relacion con la de la naturaleza, con la del carácter, en esta tierra. . . .

¡Es obra de las revoluciones que todo lo desquician,

que todo lo atropellan, ó del cansancio y la saciedad de todo?

Pueden muy bien influir ambas cosas.

Los trastornos que las revoluciones ocasionan en las fortunas, están patentes.—Las sociedades que marchan al azar sin un fin prefijado, divagan de emoción en emoción, de novedad en novedad, y necesitan constante pábulo para alimentar su deseo y entretener su existencia, pena de que si les falta, lo busquen en la extravagancia; tal vez en el crimen.

Del mismo modo, el hombre de estas sociedades, de ardiente fantasía y sensual temperamento, siente inmoderada necesidad de placeres; y como todos están al alcance de su fortuna y su tiempo, de que tan libremente puede disponer, pronto agota los que pueden merecer tal nombre. Si su fortuna y su salud resisten, cosa rara, á tan destructora prueba, quedales el gusto pervertido, la sensibilidad gastada, y es preciso para despertarla seguir las exigencias del gusto que, no hallando ya placeres, busca delirios. Lo probable, lo seguro es que más que el capital y la salud dure el apétito, más y más excitado cuanto menores son los medios de satisfacerle.

Sorprende que el hijo del español á quien se supone más enérgicamente contenido en el límite de los deberes, por el carácter recto de su padre, no mé-

nos que por las obligaciones que contrae con la sociedad, visto el derecho de primogenitura que le da en ella su raza, sea quien con más facilidad y más frecuencia atropelle todos los respetos y conveniencias que con la sociedad y consigo mismo le era provechoso guardar; y admira mucho más que esos respetos y esas conveniencias se conserven religiosamente entre las familias que se van separando del tronco genealógico, aunque sin llegar á las últimas ramas.—Esto se explica con la consideracion que dejamos asentada sobre la imposibilidad que el español tiene de ejercer sobre la educacion de sus hijos una influencia política y moral que nadie le estorba ejercer al padre que no es español: además, la energía de la raza, aun no modificada por la accion del clima, esa energía que convenientemente desarrollada produciria el motor más poderoso del progreso en esta tierra, encierra pasiones más fuertes; y no pudiendo esplayar su genio inculto é indomable en provechosas iniciativas de lo que es útil, le esplaya en lo que es supérfluo ó pernicioso. La familia española, lo repetimos, sale á la sociedad como la mariposa á la luz, deslumbrada con el resplandor de la llama sobre sus alas doradas, y va á buscar su centro en el foco de esa llama que principia por atraerla con sus magníficos cambiantes, y concluye por precipi-

tarla despojada de sus adornos, á un fondo de miseria donde llorando un tardío desengaño apura su frágil existencia. ¡Y todo es porque ve su crisálida manchada con el lodo de la difamacion!

La tradicion que salva á las sociedades y la creencia que las unifica, abandonan al hijo del español y van á refugiarse como huyendo de los prismas deslumbradores que seducen á éste, entre la opacidad en que viven los hijos del americano sus afines.

Ocasion hemos tenido de preguntar á más de un hijo de español el lugar donde nació su padre, y se nos ha contestado lacónicamente: "¡toma! en España." . . .

Y no sabe más: . . . y sin embargo, en ese lugar que ignora, porque no tuvo tiempo de preguntarlo al autor de sus dias, ó porque le importaba poco el pasado tal vez humilde de sus ascendientes, existen quizá algunos pedazos de tierra, algunos paredones bajo cuyo techo nacieron sus abuelos; algun solar que le pertenece, y los restos de una familia abandonada que le colma de bendiciones, no obstante que sabe que aquel hijo le robó el amor, el apoyo y la esperanza fundados en el padre que le engendró. . . !



¡Triste destino el del español que viene á América, si hubieran de cumplirse siempre estas terribles sentencias que parecen la voz de la predestinacion...!

“¡Hijo eres, padre serás!” “¡Con la vara que midieres serás medido.” . . !

¡Oh, y algunas veces se cumplen, no hay duda.— El español, ni ántes, ni ahora, ni nunca ha sido, ni es, ni será feliz en esta tierra. . . !

Cumplirá una mision: llenará la necesidad del cuerpo, esto es todo; pero no satisfará jamás las necesidades del alma.

Habrá momentos en que creará ser feliz rodeado de los favores de la fortuna, del respeto de la sociedad, y de las inocentes caricias de unos hijos que idolatra; pero la desapiadada voz de sus recuerdos, interrumpirá aquella instantánea felicidad gritándole desde el fondo de su conciencia: . . . “¿qué has hecho de tus padres? El miserable pedazo de pan que “de tu opulenta mesa les arrojabas de tarde en tarde, acompañado de cuatro secos y lacónicos renglones, como para librarte de las cariñosas cartas con “que distraían tu respetable atencion; y en que, sin “embargo, te abrumaban de caricias, de sanos con-

“sejos, de amorosas protestas por tu felicidad; en que
 “te daban interesantes detalles de todo lo que hacian,
 “de todo lo que pensaban; en que te incluían una
 “cinta, un escapulario, testimonios de las promesas
 “hechas por tu felicidad á la Virgen á cuyo amparo
 “encomendaron tu niñez; y en que, en fin, nada te
 “pedian, . . . nada más que tu recuerdo que veían
 “entibiarse y desvanecerse, matando la esperanza de
 “volverte á ver algun dia: ese miserable y tardío so-
 “corro, no bastó para salvar á los restos de esos an-
 “cianos padres, que empeñaron tal vez su miserable
 “hacienda para hacerte *indiano*, de la fosa comun
 “donde yacen confundidos y olvidados, esperando
 “una resurreccion gloriosa por premio del martirio
 “que por tí sufrieron.” . . !

¡Con la vara que midieres serás medido. . . !

Esta es la voz del porvenir que le habla tambien,
 desvaneciendo el encanto que siente al contemplar
 las gracias de sus inocentes hijos; voz que le llena
 de temor porque responde á la voz de sus recuerdos,
 y despierta en su corazon todas las amarguras que
 presiente en el porvenir de aquellos hijos.

Es la pena del Talion: ojo por ojo; diente por dien-
 te.—El español la acepta, porque la cree justa.—No
 supo eludirla á tiempo, porque nadie escarmienta en
 cabeza ajena. Cuando quiso enmendar su error, cuan-

do volvió á recorrer, para pedir á sus recuerdos la fé que empezaba á faltarle, el jugo del alma que empezaba á secarse, puesto que no llegaba ya sin esfuerzo hasta sus ojos, aquellas cartas, capaces de reanimar los alientos de un moribundo y las esperanzas de un condenado, no tenían ya para él ni un consuelo, ni una esperanza de reparacion.—Solo habia allí una posdata que traducian así sus remordimientos: “¡Ya es tarde!”

Quisiera volver la vista en medio de aquella tribulacion que sobrecoge su espíritu, de aquella soledad consigo mismo que le anonada, para pedir, no ya una absolucion que es imposible, sino el consuelo indulgente de una voz amiga.

¿Pero dónde hallarla? ¿Buscará ese consuelo en algun amigo, en algun compatriota?

El español rico, no tiene amigos: tiene socios, corresponsales ó dependientes, á quienes da por fórmula el título de amigos, pero no lo son.—La atmósfera positivista que le rodea, y la disciplina mercantil que rige entre los que respiran esa atmósfera, exigen la indiferencia de todo lo que no sea negocio.

Respecto del compatriota, si es rico tambien, porque debe serlo para merecer aunque sea por fórmula el título de amigo, si bien será el único sér capaz de comprenderle, lo probable es que sienta y oculte

el mismo mal que se le confía; y que necesite también para sí el consuelo que se le pide.—No hay, pues, más remedio que encerrar en el fondo de aquel pecho, depósito ya de mortales congojas, esa congoja más.

Por fortuna, en ciertas organizaciones enérgicas hay siempre el recurso de sacar fuerzas de flaqueza, y la del español tiene casi siempre este privilegio.—La contrariedad le empeña y estimula, como empeña y estimula á otros la ocasion propicia.

IV.

Respecto á la importancia social que creen algunos se da al español en estos países por un resto ó reminiscencia del servilismo que durante su dominacion les impusieron, haríamos una ofensa al buen sentido de los americanos, dándola á una opinion que, además de estar reducida á cierto círculo que no descuellan por su saber é imparcialidad, se ve desmentida aun por el más trivial de los argumentos que se le opongán. No obstante, como no escribimos solamente para gentes leales y completamente ilustradas, ni

hay nada escrito hasta hoy que fije de un modo definitivo el criterio de las masas extraviado adrede durante tanto tiempo, sobre la cuestión que nos ocupa, bueno será dejar indicados los más visibles é irrefutables motivos que dan al español esa importancia á que estamos seguros no aspira deliberadamente para sí, y que si la acepta sin protestar, es en nombre del decoro de su patria y del bienestar de su familia; la una, porque le ha encomendado aquí sus honrosas tradiciones, y la otra, porque le exige la supremacía social á que por espíritu de raza cree tener derecho.

La importancia del español, viene, en primer lugar, de la misma preocupacion que le persigue. Dad en la manía de que teneis el gérmen de una peligrosa enfermedad, y cualquiera dolencia insignificante tomará en vuestra imaginacion y en la del que escucha vuestros temores, una importancia extraordinaria.

Tanto se ha exagerado lo pernicioso de la influencia del español como entidad política, y ha venido á fijarse la atención tanto en él por esa causa, que se le ha hecho una entidad social como individuo; además, siempre nos merece una estimacion involuntaria, y un respeto instintivo un enemigo leal que vencido no se humilla ni vencedor se ensoberbece.— Esto, en la consideracion de los que puedan creer se-

riamente por una alucinacion lamentable, que es preciso ser enemigo del español para ser buen patriota y buen americano; que para los que no lo creen, ó lo dudan, hay otros títulos en la importancia concedida al español que satisfacen y llenan un positivo interés moral, político y social, en bien de estas sociedades.

En el carácter activo é industrioso, no ménos que independiente y popular del español, tienen los hijos de América el mejor estímulo, siquiera sea obra de la emulacion que se despierta entre gentes que no quieren conceder superioridad á sus rivales, para librarse de la molicie á que incitan el clima y las costumbres de un modo tan marcado; tienen un censor mudo de sus acciones, como correctivo de una educacion poco morigerada y ménos práctica para vivir en estos países ricos y fértiles sin duda, pero cuyas riquezas no pueden obtenerse de otro modo que extrayéndolas del seno de la tierra, merced á un trabajo ímprobo y á una constancia ejemplar. El tráfico, las artes y la industria, no han llegado todavía á ser en la América española elementos infalibles para asegurar el porvenir de los que se dedican á carreras profesionales: es preciso trabajar casi materialmente y aventurar la salud, arriesgar la vida tal vez, en climas insalubres, bajo soles ardorosos; luchar con

el bandido ó con el salvaje, vencer la supersticion y la molicie de los que han de ser brazos auxiliares de una empresa; sacar de la imaginacion, que goce en vencer obstáculos, recursos para suplir esa falta de todo, con que se tropieza ante la indiferencia y apatía del trabajador americano, único capaz de resistir el trabajo material en estas ardientes zonas; pero que duerme tranquilamente en el duro suelo bajo el cual sabe que hay una mina de oro, y que come con delicia algunas frutas silvestres y hasta inmundos insectos y sabandijas, sobre una tierra capaz de producir con poco trabajo los frutos más exquisitos para el regalo y nutricion del hombre; que viste, en fin, un traje miserable, bastante apenas para cubrir su desnudez, sin echar de menos el abrigo y compostura que, por otra parte, no necesita en el clima abrasador en que vive, ni para el trabajo fatigoso en que se emplea.—Se necesita esa fé en sí mismo que tiene solo el español para no desmayar ante estas dificultades y otras que son comunes en países que por sus circunstancias especiales no pueden garantizar de un modo eficaz la vida, y mucho menos los intereses de los que viven léjos de los grandes centros de poblacion, y que tampoco pueden establecer mercados fijos que den regularidad al fruto del trabajo por medio de un consumo infalible, y á la especulacion

mediante garantías y franquicias que recompensen lo frecuente de los riesgos y penoso de las distancias.



Sin extendernos á más que á estas consideraciones sobre la importancia puramente utilitaria que tiene el español en los destinos de América, creemos dejar destruidas cuantas inculpaciones ha aducido la malicia para desvirtuar esa importancia y apartar del sentimiento de estos pueblos el legítimo ascendiente que el español debe ejercer sobre ellos. Conocidos son los motivos que impulsan á los traficantes en política de todo el mundo á desprestigiar los elementos conservadores que hacen á las sociedades amar su manera de sér: además, eso es la manía de la época, y no nos sorprendería ver hacer aquí lo que se hace en todas partes, si aquí no se cometiese un monstruoso desacato proclamando el desprestigio y disolución de vínculos cuyos lazos intermediarios son los hijos y los padres. ¡Increíble parece que hayan podido por tanto tiempo hallar eco en corazones humanos inculpaciones que afrentan á la familia, calumnias que matan la sociedad, y sugerencias que insultan á la naturaleza; y más increíble parece to-

avía que, aun destruido el pretexto ostensible que sirvió para atenuar, bien ó mal, tales aberraciones, haya americanos, hijos ó nietos de españoles, que se dicen ilustrados, y sin embargo, proclaman en la tribuna y en la prensa las excelencias de tal proceder!

Al español se le vitupera porque no se le comprende, y deja de comprendersele porque un exceso de amor propio le impide mostrarse ante esas sociedades tal cual es.

Su exterior revela una calma y un bienestar que está lejos de tener; una entereza, un aplomo y suficiencia que en realidad no posee; un aire brusco, y en cierto modo altanero, que no se aviene con su bondad natural; y en fin, hasta suele hacer bastante bien el papel de hombre feliz, cuando andan siempre la felicidad y él por terrenos antípodas.

Pues bien: esa calma y bienestar en medio de la tormenta que ruge sobre su cabeza, se toma por desprecio á los elementos que producen esa tormenta; por eso á veces se le ha mandado el rayo. Esa entereza, ese aplomo y esa suficiencia, se miran como un reto temerario á todo poder que se le atreva, como una protesta constante contra los que quisieren imponerle la ley del vencido; en ese aire brusco y altanero, se creen ver humos de señorío sobre un país

en donde mal ó bien es extranjero, y por último, en esa felicidad que representa, parece revelarse una indiferencia egoísta hácia las públicas miserias y un desdén insultante, no ménos que un reproche mudo hácia los que no saben ó no pueden como él ser felices en medio de la desgracia general.

El roce íntimo que es indispensable para favorecer los intereses sociales en que tan interesado está el español como el americano, disipará la duda y restablecerá la verdad como base de sus relaciones futuras. Para que los hombres se amen es preciso que se estimen en lo que valen, y para que se estimen es preciso que se conozcan.

El hijo de la América española que es generoso por índole, no puede persistir en sostener una aversión mezquina, cuando con ella, además de contrariar las leyes de la naturaleza, sacrifica los intereses de la patria.

Las causas que podían justificar esa aversión están destruidas, y aunque no lo estuvieran, serían niñerías comparadas con el bien que reportaría destruirlas.

Toda comparación es odiosa y engendra la rivalidad; pues bien, cesen de compararse el español y el americano y dejarán de ser rivales. Estimúlense noblemente á hacer cada uno en su esfera el mayor

bien posible á la sociedad en que viven, y hagan de la emulacion una virtud en este sentido, única lucha que cumple sostener hoy á séres que forman una familia civilizada.

V.

Vamos á concluir, resumiendo nuestra idea.

Ya hemos dicho en malos versos, que

¡A qué padre desagrada
La grandeza de sus hijos!

Y esto lo dijimos como el último y más concluyente de los argumentos que nos ocurrieron para probar el natural interes que el español tiene en el engrandecimiento de la patria de sus hijos, no ménos que para destruir la ignoble imputacion que se le ha hecho de querer prolongar su dominio en ella á todo trance, estorbando la marcha del progreso y la reforma, única valla que en el sentir de algunos debe oponerse á su perniciosa influencia.

Hemos procurado determinar, lo mejor que hemos podido, las causas que sin él pretenderlo le dan esa influencia, y los títulos que tiene para merecerla, así como los beneficios que esa influencia reportaria

si de buena voluntad se le permitiese ejercerla, al progreso moral y positivo de estas sociedades; puesto que el solo ascendiente que el español reclama sobre ellas no lleva otro objeto que el de fortalecer la base en que se apoyan, única en nuestro juicio que puede sustentar el edificio de su futura y sólida grandeza. Bien entendido, que esa influencia, ese ascendiente, como lo hemos probado también, más que vanagloria y beneficio, reportan el español en América una verdadera é ineludible carga impuesta por la más imperiosa ley de la naturaleza, y la más apremiante exigencia de la sociedad.

Si á él se le considera irreprochable como sér moral, y si como sér social tiene excelencias que aquí nadie le niega, ¿qué peligro ni qué inconsecuencia hay en que desée ver reproducidas esas prendas en séres que él ha creado y que ama más que á sí mismo? Monstruoso fuera creer que pretende influir en los destinos de sus hijos para pervertirlos. . . . y solo así sería perniciosa la influencia del español; pero así y todo, tendría el derecho de ejercerla.

La educacion de los hijos es en todo el mundo un deber sagrado para los padres, y el fuero extraordinario que las leyes divinas y humanas conceden á éstos para ejercer su mision, con el nombre significativo de patria potestad, es una prueba inequívoca

de que solo los padres pueden ejercer una benéfica influencia en el ánimo de los hijos.

El prestigio que, además del fuero, rodea á la paternidad, no puede ser vulnerado por interes alguno de circunstancias sin que la sociedad que eso permite deje de resentir al momento una herida mortal. En ninguna parte hay ejemplos más palpables de esta verdad que en las Américas españolas. A pesar de que una inmensa mayoría de sus hijos no ha desconocido jamás ese principio sagrado, han sido bastante las manifestaciones oficiales de la política para obrar una serie de infortunios que no cesarán mientras no cese del todo la causa que los produce. Hánse querido remedar aquí las salvajes convulsiones de las viejas sociedades europeas, sin más objeto que imitar, en unos, y en otros, el de ver si tales convulsiones producian alguno de esos fenómenos de genio é inspiracion que han hecho en Europa tan buenas cosas, capaz de dar á estos países un nuevo sér, una luz siquiera para encontrar el camino de la prosperidad, perdido desde los primeros pasos que dieron por el de la independencia. ¡Vana esperanza! Lo que en el Viejo Mundo produjo esos genios fué la necesidad que para salvar la vida impulsa al hombre á hacer prodigios: fué la exasperacion que produce la fiebre, excitada, aguijoneada mejor dicho,

por un elemento poderosamente opresor. . . . Aquí no habia esas causas; no debian esperarse tampoco aquellos efectos.

Lo repetimos hasta la saciedad: la educacion morigerada y esencialmente práctica de la familia española en este Continente es, y no otra, el mejor garante de su hermoso porvenir. Esa familia debe ser el modelo y no el escándalo, el estímulo y no la rémora de la sociedad hispano-americana: debe inspirar respeto y simpatía en vez de miedo y repulsion á las demas familias inferiores á ella en raza y posicion social; porque es preciso no hacerse ilusiones: por más que las leyes de los gobiernos modernos se empeñen en nivelar ante su fuero á todos los hombres, á todas las razas y á todas las condiciones humanas, la naturaleza, más poderosa que los gobiernos, y la necesidad, tan poderosa como ella á veces, hacen imposibles todavía aquí los efectos de esas leyes, á tal grado, que puede decirse sin exagerar nada, que los legisladores americanos de esta época se ocupan en legislar para sus biznietos, calculando prudentemente el tiempo que en plena paz y en una positiva vía de civilizacion podrán tardar estos países en estar aptos para recibir con fruto la accion benéfica de esas leyes.

Miéntras, dígase lo que se quiera en contra, no

hay franquicia ni represion que obren saludablemente en la masa de los pueblos hispano-americanos, como puede obrar el buen ejemplo partiendo de las clases de la sociedad que han recibido de la naturaleza, ó de la preocupacion, para no disgustar á los sectarios de la nivelacion humana, el privilegio de la superioridad.

No pretendemos reclamar para esas clases privilegios ante la ley: Dios nos libre de tan extemporánea exigencia; pero no nos parece absurdo proponer que se impongan á todos las mismas obligaciones, ya que todos han de disfrutar de los mismos derechos. Esto es justo á no dudar, y entendemos que el legislador de buena fé no pudo proponerse otra cosa. . . . Pues bien: supongamos que un hombre, emprendedor atrevido, á fuerza de trabajo y constancia ha hecho una fértil campiña de lo que ántes era un desierto, ó ha introducido una industria útil al país: para una cosa ú otra ha necesitado emplear obreros y dependientes de la tierra donde habita, y enseñarles, por consiguiente, un nuevo oficio, importante y socorrido por lo mismo que es nuevo: ¿evitaréis que ese hombre ejerza sobre sus operarios ó colonos, un dominio casi absoluto, no solo físico, sino moral? ¿Qué correctivo puede ponersele? Solamente el de su conciencia y el de los respetos que debe á una

sociedad que le distingue. Tratad de ponerle otro, y aquella industria dejará de explotarse, ó aquel campo floreciente volverá á ser un desierto. . . . Pero tolerad, por equiparar los derechos de todos, á un rabadán baladron y grosero, que debe su título de mando á su crueldad más que á su inteligencia, el mismo predominio sobre sus subordinados, y el resultado será que al quedar la ley satisfecha, sus efectos habrán sido tan diferentes como el mal y el bien: miéntras el primero de los beneficiados educa, porque está en su interes el hacerlo, obreros adictos y subordinados que, si sometidos á su dominio por la ley de la superioridad moral y científica carecen de accion y hasta de voluntad propias, tienen al ménos la subsistencia y el porvenir asegurados, el segundo embrutece, exaspera ó pervierte á los que le obedecen: para los unos hay tarde ó temprano una emancipacion posible, pues hay una profesion y la habitud del trabajo y las buenas costumbres, miéntras que para los otros no hay más que la degradacion en el presente y la miseria en el porvenir. Pues si no puede haber la misma tolerancia entre dos individuos que ostensiblemente ejercen el mismo dominio sobre sus semejantes, razonable es que no haya tampoco las mismas prohibiciones.

Las circunstancias especiales de estos países les

impiden amoldarse á las severas prácticas judiciales y gubernativas que son necesarias en las viejas sociedades.

La conquista moral de América no está consumada absolutamente, ni lo estará mientras su heterogénea poblacion no tenga otro vínculo para asociarse que el de la ley: es preciso que tenga el de las creencias y el de la utilidad para que llegue á tener el del pensamiento.

Creemos firmemente que, sin un aumento rápido de poblacion europea, ó cuando ménos, sin una alianza estrecha de la que aquí existe procedente de ese origen, cada paso que den estos países por la senda de una civilizacion refinada, los separa más de su objeto de engrandecerse unificándose. La pequeña parte de poblacion ilustrada que hoy tiene, si ha bastado hasta aquí para sostenerse preponderante sobre la relativamente inmensa parte que permanece en la ignorancia ó la abyeccion, no bastará por cierto cuando esta última haya adquirido el valer moral que hoy le falta, si permanece desunida como hoy está. No creemos que el aumento de poblacion europea se obtenga tan rápidamente como se necesita; pero confiamos en que la cordura que no ha huido jamás ante la seduccion ni ante el peligro, del fondo de la buena sociedad hispano-americana, sabrá

prevenir el mal, haciendo que esa sociedad se robustezca con el apoyo unánime de todas sus afinidades. La más poderosa es, sin duda, la inmigración española que le trae la regeneración de su sangre y la reproducción siempre joven de sus recuerdos tradicionales: esa inmigración vendrá siempre, en buena ó mala suerte, á saludarla y reconocerla por reina y soberana de este Hemisferio: será la primera que aplauda su grandeza, y la última que deje de llorar sus desgracias. . . .

Pero nos parece que el remedio urge: si el organismo de esa buena sociedad subsiste, es solo en su manera de ser moral; más la conciencia de sus individuos está adormecida; su fé debilitada, y si pasa el tiempo en inútiles divagaciones creyendo hallar medios de salvarse en una contemporización imposible con los elementos disolventes que hoy la atacan, el remedio puede llegar tarde. La inanición se apodera del cuerpo social por falta de fé como se apodera del cuerpo individual por falta de alimento.

Puede llegar á faltar la voluntad de vivir; ese suicidio moral que mata lenta pero seguramente las más vigorosas organizaciones, y que produce esa especie de catalépsis, intermedio lúcido entre la vida y la muerte, en que los grandes destinos que así sucumben adquieren la doble vista para ver toda la

enormidad de sus errores y sentir todo el peso del remordimiento. . . ; para percibir toda la gloria que se les escapa y toda la ignominia que dejan sobre sus cadáveres.





INDICE.



¡A LAS INDIAS!

PRIMERA PARTE.

	PÁGINAS.
El hogar.....	7
Retratos de familia.....	15
Cuestion doméstica.....	21
La cuestion se hace pública.....	37
Preliminares.....	54
Preámbulo de sentencia.....	60
Sentencia parabólica.....	63

SEGUNDA PARTE.

La promesa.....	73
A Santander.....	87
El autor por su cuenta.....	101
La partida.....	106
¡Ya se va!.....	112
¡Ya se fué!.....	118
Conclusion.....	121

EL ESPAÑOL EN AMERICA.

	PÁGINAS.
PRÓLOGO.....	III
INTRODUCCION.—A mi hijo Gonzalo.....	1

PARTE PRIMERA.

Representacion social, política y civil del español en América.

Su origen.....	15
Su recuerdos.....	19
Su ingreso en la vida social.....	24
Su iniciacion política y civil.....	36
El patriotismo.....	47
Carácter político que se le supone.....	51
Cargos sociales.....	59
Síntesis.....	70

PARTE SEGUNDA.

Falla y expiacion.

Introduccion.....	77
Deberes á sus recuerdos.....	86
¡Extranjero!.....	106
Deberes mútuos.....	113
A México, oda dedicada á la distinguida Sra. D ^a Guadalupe Prieto de Arrijoa.....	123

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

Por mal ó por bien, á los tuyos te atén.

	PÁGINAS.
Consideraciones generales.....	137
Otra vez el veneno de la política.....	142
Aberraciones de la preocupacion.....	154
Homeopatía política.....	158
¡Idos!.....	163
Pague quien deba.....	165
Por mal ó por bien, á los tuyos te atén.....	168
A ESPAÑA, canto.....	179
Recitativo.....	199

PARTE CUARTA.

Introduccion.—Aquí y allá.—Algo sobre amor patrio.—A D. Casimiro Collado.....	205
Probable porvenir de la sociedad: I.....	219
II.....	225
Moral de la historia de España.—A D. Anselmo de la Por- tilla: I.....	230
II.....	234
III.....	237
IV.....	241
V.....	245
VI.....	249
VII.....	257

EL ESPAÑOL EN AMÉRICA.

	PÁGINAS.
Recapitulacion: I.....	261
II.....	265
III.....	268
IV.....	272
V.....	277
VI.....	282
CONCLUSION.....	285
APÉNDICE: I.....	299
II.....	314
III.....	335
IV.....	349
V.....	356



ERRATAS NOTABLES.

¡Á LAS INDIAS!

Página 52. Donde dice: "*Tan á la mano, hija mía!*"

Léase: Tan á la mano, María!

„ 69. Donde dice: "*Y muchos son y espinosos!*"

Léase: Si muchos &c.

„ 100. Donde dice: "*De rico tahalí colgada!*"

Léase: En rico tahalí llevada

„ 105. Donde dice: "*Porque, aquí en confiansa,*"

Léase: Porque, aquí en confidencia.







This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please return promptly.

42730.